
Agustín Millares Torres

Benartemi

O

El último de los

canarios



ediciones

el museo canario



Benartemi o El último de los canarios

Arcón Canario.

Colección dirigida por Pedro Schlueter Caballero.

**N.º 1 Crónica de la conquista de la isla de Gran Canaria.
(Crónica lacunense).**

**N.º 2 Agustín Millares Torres: Benartemi o El último de
los canarios.**

2863
1158
1096-cj.3

**Pedidos: Constantino, 8
Las Palmas de Gran Canaria**

Ediciones
EL MUSEO CANARIO

BENARTEMI
O
EL ULTIMO DE LOS CANARIOS

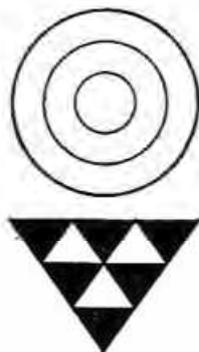
DE AGUSTIN MILLARES TORRES



LAS PALMAS
1976

EL MUSEO CANARIO
INCORPORADO AL C.S.I.C.

Patronato José María Quadrado
Doctor Chil, 25
Las Palmas de Gran Canaria



© EL MUSEO CANARIO (Quinta edición), 1976

Imprenta Pérez Galdós
Buenos Aires, 38
Dep. Legal G.C. 698 - 1976
I.S.B.N. 84-00-03569-0
Las Palmas

INDICE

Comentario inicial	9
Benartemi o El último de los canarios	
Introducción	17
I. La puerta de Triana	19
II. El viaje	23
III. El marino	31
IV. La novia	37
V. El istmo de Guanarteme	45
VI. El billete	55
VII. La aparición	63
VIII. La promesa	69
IX. La emboscada	75
X. Un protector	81
XI. El pacto	89
XII. La prisión	101
XIII. La evasión	107
XIV. La roca de Benartemi	113
XV. Una sorpresa	119

COMENTARIO INICIAL

En esta breve nota introductoria queremos dar a conocer las diferentes noticias que poseemos sobre esta obra.

La primera de ellas nos la facilita el propio autor, quien, en su diario, dice textualmente:

“1858. Escribo el último de los canarios con el título de *Benartemi* y lo publico en el folletín de *El Omnibus*.”

Gracias a la labor recopiladora que realizó doña Angelina Hernández Millares a lo largo de varios números de la revista *Millares* en torno a la producción de don Agustín Millares Torres, ampliamos el dato anterior indicando que fue publicada en el citado folletín del 2 de enero al primero de mayo de 1858.

Siguiendo con la información aparecida en el n.º 2 de la revista *Millares* diremos que en el mismo año de 1858 se imprime en la imprenta Collina de Las Palmas en un tomo, bajo el título de *Benartemi, leyenda canaria*.

La siguiente edición, con el título de *El último de los canarios*, es refundición de la novela *Benartemi* y se publicó, dentro de la colección *Biblioteca de autores canarios*, en Las Palmas y en la imprenta de Francisco Martín en 1875.

En el diario de don Agustín Millares Torres aparece el siguiente comentario sobre esta edición:

“1875. Octubre 18. Hago una refundición de mi novela *Benartemi* y la publico bajo el título de *El úl-*

COMENTARIO INICIAL

En esta breve nota introductoria queremos dar a conocer las diferentes noticias que poseemos sobre esta obra.

La primera de ellas nos la facilita el propio autor, quien, en su diario, dice textualmente:

“1858. Escribo el último de los canarios con el título de *Benartemi* y lo publico en el folletín de *El Omnibus*.”

Gracias a la labor recopiladora que realizó doña Angelina Hernández Millares a lo largo de varios números de la revista *Millares* en torno a la producción de don Agustín Millares Torres, ampliamos el dato anterior indicando que fue publicada en el citado folletín del 2 de enero al primero de mayo de 1858.

Siguiendo con la información aparecida en el n.º 2 de la revista *Millares* diremos que en el mismo año de 1858 se imprime en la imprenta Collina de Las Palmas en un tomo, bajo el título de *Benartemi, leyenda canaria*.

La siguiente edición, con el título de *El último de los canarios*, es refundición de la novela *Benartemi* y se publicó, dentro de la colección *Biblioteca de autores canarios*, en Las Palmas y en la imprenta de Francisco Martín en 1875.

En el diario de don Agustín Millares Torres aparece el siguiente comentario sobre esta edición:

“1875. Octubre 18. Hago una refundición de mi novela *Benartemi* y la publico bajo el título de *El úl-*

timo de los canarios, agotándose en el mismo mes la edición. La revista *España*, en su tomo n.º 48, publicó sobre esta novela lo siguiente: Forma parte este libro de una *Biblioteca de Autores Canarios* digna de todo elogio, pues demuestra el movimiento literario de aquellas islas, no obstante su apartamiento de los centros de actividad intelectual. La novela en cuestión, que recuerda un tanto en su forma a algunas de las que tan justa fama han dado al norteamericano Fenimore Cooper, está, como muchas de éstas, inspirada en los recuerdos de independencia de los hijos del país y en su lucha con los conquistadores. El último canario es un gallardo mancebo, nieto del último rey de la Gran Canaria y que oculta su nombre indígena de Benartemi, con el cual, y al frente de una banda de astutos, valientes y fuertísimos naturales, que niegan su vasallaje al español vencedor, trae revuelta la isla y pone en cuidado y aún en temor a los conquistadores. A sus conatos de independencia y aún de soberanía se agrega la amorosa protección que dispensa a Isabel, nieta también del postrer soberano insular y prometida de un viejo guerrero, gobernador de la isla. De lo dicho, nacen los incidentes y sucesos que dan sabrosa lectura a la novela, que revelan aptitud y aún pericia en el autor. Es reducido el tamaño del libro y breve y sencilla su acción, que no obstante interesa al lector de suerte que lo obliga a no dejarlo hasta terminar la lectura.”

La siguiente edición, con el título de *El último de los canarios, novela*, fue hecha en la tipografía del Diario en 1926 en la colección *Biblioteca de Autores Canarios*. Constaba que era la segunda edición de la obra, verificándose ya fallecido su autor, cuya muerte se produjo en la madrugada del día 17 de mayo de 1896, en la casa n.º 25 de la calle de la Gloria, que luego se llamó de Agustín Millares. Contaba setenta

años de edad.

La última edición conocida data de 1940. Con el título de *Benartemi*, se imprimió en Madrid en la *Novela Ideal*. Se hace constar que es la cuarta edición.

Treinta y seis años después, la colección *Arcón Canario* se enorgullece presentar esta obra para todas aquellas generaciones que no conocieron a don Agustín Millares Torres ni la magnitud de su obra.

Precisamente de su *Benartemi* o *El último de los canarios* conozcamos algunas opiniones.

NESTOR ALAMO

La idea de editar, de dar actualidad a esta bella obra del ilustre Millares Torres la estimo de sentido hondísimo. Con ello se contribuye, en este instante inquieto de nuestra juventud, al conocer de la propia tierra; si se me admite, a *canarizarla*, cuando tantos andan en el afán feroz de todo lo contrario. Para mí don Agustín Millares tendió siempre a darle esa dimensión propia, tan obligada a cualquier pueblo, sin permitir que esa actitud suya se viera esterilizada por aldeanismos suicidas: universalizar; esa fue su meta.

El último de los canarios contribuye a ese idealismo inteligente en el ámbito de su influencia social y artística. Me lo parece porque uno ha experimentado análogo sentir dentro de su esfera mínima; sí, creo que fue esa cota de tanto anhelo la que intentó alcanzar el gran Millares en esta bellísima obra suya. La imagen de la tierra con la del autor de esta narración histórica debiera estar presente hasta más allá

del tiempo en todos los hogares del país; de nuestro país.

JOSE MIGUEL ALZOLA

Estas páginas se inspiran en un acontecimiento cierto: el acto heroico, el gesto numantino del gran-canario que prefirió morir lanzándose al abismo, desde lo alto de un risco, antes que someterse a las tropas invasoras y perder para siempre su libertad, como les estaba sucediendo a muchos hermanos de raza que sufrían esclavitud en la Península.

Don Agustín Millares Torres, apoyándose en este hecho, teje una historia en la que Benartemi, personaje central de la narración, queda sublimado por su sagacidad, heroísmo y por el don de saber estar presente allí donde ha de corregir un entuerto o resolver una situación apurada. El autor, que tanto amó el pasado insular, no se atrevió, no tuvo valor para hacerle morir y en el último momento salva la vida del capitán de la guerrilla de aborígenes que ha tenido en constante zozobra a la Guarnición del Real de Las Palmas.

En este delicioso relato romántico triunfa la virtud y el amor, que siempre brillan en el bando canario, y es castigada la crueldad que anima a los conquistadores. Pero unos y otros, los *buenos* y los *malos*, terminan reconciliándose, perdonándose y descubriendo los lazos de sangre que les une entre sí. Su planteamiento y desenlace son la fiel proyección de toda una época de nuestras Letras y por eso nos parece un gran acierto el incorporar este título a la colección *Arcón Canario*.

JUAN RODRIGUEZ DORESTE

Su ingenua gracia de viejo cuento romántico, con sus heroicas peripecias a lo Walter Scott, incluso a lo Mayne Reid en donde los indómitos salvajes fueran sustituidos por canarios aborígenes, realza más que menoscaba los méritos de esta narración de don Agustín Millares Torres, el verdadero fundador del linaje. Hay que pensar que se publicó en el folletón de *El Omnibus* en 1858. Todavía en aquella época los ecos del mundo llegaban a las islas, no sólo amortiguados, sino con tardía y lenta asimilación. La inspiración y el estilo pueden ser románticos, pero el impulso resulta original. Por primera vez un legendario personaje indígena protagoniza una obra literaria en la que, en torno a unos verídicos datos genealógicos, la fantasía del autor teje asechanzas y lances que llegan a tener vislumbres rocambolescas. Se trata, pues, del primer intento de exaltar el heroísmo, la nobleza y valentía de un aborígen, de mitificar a un canario primitivo, de iniciar la creación de un Olimpo para nuestro uso privativo, al menos una especie de areópago en el que viven y meditan eternamente aquellos seres que dan sustento y savia, lustre y vigor a una de las muchas raíces étnicas, la de más hondo calado sentimental, que nutren nuestro bien conocido y secular mestizaje. No recuerdo si el *Mencey Loco* de don Ramón Gil Roldán es estrictamente contemporáneo o posterior. También se inscribe en esta misma preocupación. Ambas toman origen en el anhelo, que apuntaba en los mejores espíritus del archipiélago, por descubrir y fijar los rasgos de nuestra identidad. Eran difíciles de aprehender en los episodios de una historia breve, apenas teñida de gestas menores. Todavía no se había entrevisto la posibilidad de que nuestro sello específico se vinculara a otros elemen-

tos, el mar, la isla, la nostalgia, el horizonte abierto, el sueño de evasión, la intimidad. Había que buscar un asidero más antiguo, una inserción más remota. Los héroes guanches, con su nimbo de leyenda y misterio, eran excelentes paradigmas. Benartemi, con su audacia y valor, se convierte así en el prototipo de la raza, digno sucesor de aquellos caudillos que entrevemos fugazmente, apenas perfilados, en los incompletos y fragmentarios relatos de nuestros viejos cronistas.

BENARTEMI

O

EL ULTIMO DE LOS CANARIOS

INTRODUCCION



Bañada por las olas del océano, acariciada por los suspiros de la brisa, perfumada por el aroma de los naranjos, con un cielo de un azul purísimo por toldo y un vergel de jazmines y de rosas por alfombra, llevando en su seno el germen precioso de todos los frutos y de todas las flores que producen los más opuestos climas, con arroyos cristalinos que riegan sus risueños valles y bosques de eterna verdura que coronan sus azules montañas, se levanta, desde el fondo del Atlántico, la isla de la Gran Canaria, en medio del grupo a quien da nombre, dejando rodar graciosamente hasta sus playas el verde manto de su espléndida vegetación tropical.

Si pudiéramos contemplar la isla a vuelo de pájaro, se nos aparecería, sin duda, como una enorme montaña circular, que, desde las profundidades del océano, brotara un día de improviso por efecto de una poderosa convulsión volcánica y que, en progresivos escalones, fue luego ascendiendo lentamente hasta formar las altas cimas del Bentaiga, del Nublo y del Saucillo, coronadas de nieve en la rápida estación de los hielos.

Al imprimir los siglos, los unos en pos de los otros, su profunda huella sobre la volcánica superficie de la Gran Canaria, llegó a convertir en tierra vegetal sus lomas de redondeados contornos y sus montañas de negra lava.

El progreso se dejó sentir hasta sobre las negras escorias sembradas en todas direcciones por las edades prehistóricas, como un eterno recuerdo de su primitiva formación.

Se cubrieron primero sus valles de espesos bosques, que, trepando luego a mayor altura, fueron insensiblemente invadiendo los terrenos más áridos, llegando, por fin, a ocupar extensas llanuras y hermo세ando con su verde follaje los oscuros barrancos, que se abren en el fondo de sus apagados cráteres, y los precipicios que se forman sobre los desgarrados flancos de su cordillera central.

En medio de esos frondosos pinares, de esas selvas vírgenes, donde crecían confundidos el lentisco y el nogal, el drago y el olivo, el álamo y la palma, se distinguía, como una maravilla de la naturaleza, la selva de Doramas, recuerdo admirable de aquellos mágicos jardines, que el Taso soñó para su Armida.

En un radio de más de cuatro leguas, que abarcaba los feraces distritos de Moya y Arucas, de Firgas y Teror, se extendía ese bosque espléndido, donde el sol jamás penetraba, donde las aves cantaban sin descanso y donde las flores perfumaban el ambiente, cubriendo los altos collados y las orillas de los arroyos, que, entre guijas, rodaban por el fondo de sus escondidos valles.

¡Hermosa selva, cuyo recuerdo queda hoy tan sólo en la memoria de todos los canarios!

Nueve años antes del descubrimiento de las Américas, se rindió la isla a las armas españolas, teniendo el honor de que, en su puerto de Las Isletas, fondearan las tres carabelas, que el genio de Colón guiaba al través de las brumas del Atlántico en busca de un nuevo mundo.

La católica Isabel llevó a los canarios la luz del Evangelio y la civilización de la vieja Europa.

Pero una nube de aventureros cayó entretanto sobre la conquistada isla, como bajan desde los desiertos del Sahara los innumerables enjambres de langostas y devoran cuanto a su paso encuentran.

La raza indígena desapareció bajo esa abrumadora nube y los vencidos fueron presa segura del vencedor.

El archipiélago afortunado se consideró, desde entonces, como uno de los más bellos florones de la corona de Castilla.

I.—LA PUERTA DE TRIANA

Sobre la costa oriental de la Gran Canaria, y en medio de una deliciosa y fértil vega que se extiende al pie de una cordillera de montañas de corta elevación, se levanta la ciudad de Las Palmas, antigua capital de las Canarias y cuna de la civilización isleña.

Elegida esta población, desde la conquista de la isla, para ser la reina de las Afortunadas, el centro de su gobierno y el emporio de su comercio; favorecida por la naturaleza con un cielo magnífico, un aire puro y embalsamado y un suelo alfombrado de mil flores; colocada en una posición que, por un lado, tiende su mano a Lanzarote y Fuerteventura y por el otro a Tenerife y Palma; con una hermosa rada, que el arte pudiera a poca costa mejorar; y dotada, en fin, de una feracidad inagotable, que le valiera desde entonces el envidiable título de granero y jardín de las Canarias, la ciudad de Las Palmas, contando en su seno las autoridades principales y orgullosa con la protección de sus monarcas, crecía en riqueza y esplendor desde el día en que Pedro de Vera había tremolado sobre sus nacientes muros el triunfante pendón de Castilla.

Mucho se había de engañar, sin embargo, el que, después de visitar en nuestros días la población de que hablamos, creyera encontrar en ella el menor vestigio de lo que era en 1506, época a que se remonta nuestra verídica narración; porque si bien comparada con Santa María de Betancuria, Teguise o La Laguna la ciudad de Las Palmas era una bonita población, fácil es comprender que, llevando sólo veintitrés años de existencia, sus calles, plazas y edificios públicos no ofrecerían belleza ni regularidad alguna.

En efecto, los cimientos de su magnífica catedral acababan apenas de abrirse, bajo la dirección de Diego Alonso Motaude, famoso arquitecto sevillano, y tan sólo se veían algunas casas aisladas en la plaza principal de Santa Ana y en las tortuosas calles del barrio de Vegueta, donde los primeros y más nobles conquistadores habían escogido sitios para establecerse.

Desierta estaba, pues, la llanura, que al norte de la ciudad se extiende, descollando únicamente sobre una pe-

queña eminencia, que el tiempo ha hecho desaparecer, el convento de San Francisco con algunos grupos de casas, medio ocultas entre frondosos higuerales, álamos, dragos y palmas, de cuyas rústicas viviendas unas se levantaban siguiendo la curvatura de la costa y otras se escondían entre los árboles, como bandadas de aves en un bosque.

En vano hubiéramos buscado entonces la antigua muralla, que rodeó más tarde la ciudad, ni menos el muelle, el dique, ni la puerta de Triana con su foso, rastrillo y puente levadizo; allí sólo se descubría un pequeño arrecife o marisco, a flor de agua, donde luego se construyó el fuerte de Santa Ana, centinela avanzado de la naciente capital.

Sobre la arenosa playa, que servía de límite por este sitio a Las Palmas, y en el mismo lugar en que, como hemos dicho, se elevó después la puerta de Triana, que a su vez ha desaparecido también bajo el torrente demoledor del siglo, se veían una tarde del mes de septiembre del citado año de 1506 varios grupos de personas, que, en lo diferente de sus vestidos y actitudes, daban sin dificultad a conocer la clase a que cada uno pertenecía. De estas personas, unas se mantenían en pie y otras sentadas sobre algunas piedras, que, esparcidas, cubrían el seco cauce del barranquillo que por allí atraviesa.

El grupo que se hallaba en pie, y el cual por su bulliosa alegría atraía primero la atención, se componía de seis hombres, fuertes y vigorosos, de atezado rostro y bigote retorcido, con anchos sombreros de fieltro, ropilla y jubón de gamuza y botines de cuero, llevando cada uno en su mano una ballesta con su correspondiente provisión de venablos y un cinto del que pendía un largo cuchillo de monte.

Más allá, dos robustos mocetones en cuyo semblante se descubría, desde luego, el hermoso tipo de los indígenas canarios, tendidos con indolencia sobre la arena, tenían de la brida dos magníficas mulas, uncidas a una ancha y vieja litera herméticamente cerrada; mientras dos venerables dueñas, que frisaban ya en los sesenta, con sus tocas y negros mantos y un anciano escudero de afeminado rostro, sentado junto a ellas, los tres, a una respetable distancia de los ballesteros, completaban el cuadro que vamos ligeramente bosquejando.

Aunque la tarde estaba serena y el cielo despejado,

soplaba la brisa con bastante violencia, agitando la superficie del mar, que, en levantado oleaje, venía a estrellarse con ronco estrépito sobre la vecina playa. Era, sin embargo, el ruido de sus olas menos atronador que la algazara y risotadas de los seis desalmados ballesteros, quienes, sin cuidarse del cielo ni de la tierra, sostenían entre sí un escandaloso diálogo con grande enojo de las dueñas y del viejo escudero.

—Sí —decía uno con burlona sonrisa—, apostaría doble contra sencillo que el día de sus bodas nuestro valiente capitán va a conocer por primera vez el miedo.

—Con sesenta y cinco años —replicaba otro— es grave empresa la que trata de acometer.

—Y tan grave —añadía un tercero con sarcástica seriedad—, que tengo entendido que estarán de guardia sus bravos ballesteros, mientras transcurra tan peligroso día.

Aquí las carcajadas estallaban de nuevo con irresistible ímpetu, sin que tratarasen de disimular el objeto que las motivaba.

Calmada un tanto la hilaridad, tomó la palabra el primero que había hablado, mozo dispuesto y atrevido, y dijo a sus compañeros:

—Cuentan que es linda la novia.

—Como un serafín —le contestó otro, que aún no había intervenido en la conversación—; figuraos, amigos míos, que la señorita doña Isabel de Mendoza apenas ha cumplido los dieciocho años, que es blanca como la espuma del mar, esbelta como un palmito, graciosa como una andaluza, con unos cabellos más negros que el alma de su futuro marido, con unos ojos que dan escalofríos y luego unas manos, unos brazos, un talle, una gentileza, que cualquier cristiano vendería por ella su parte de paraíso.

—¡Diablo! Ya tengo deseos de conocerla.

—¿Y la has visto tú, amigo Nuño?

—Toma, como os estoy viendo a vosotros.

—Es cierto; ya recuerdo, tú fuiste el encargado de llevar los regalos de boda a La Laguna.

—Y allí, donde la señorita ha vivido reclusa desde la muerte de sus padres, me presenté a ella y le entregué la misiva de nuestro capitán con los presentes, que, en su locura, ha hecho venir de Flandes.

—¿Y no te preguntó por su futuro? ¿Y no te propuso que le describieras, aunque sólo fuese aproximadamente,

su interesante fisonomía?

—Creo que se reserva esa sorpresa para esta tarde.

—En efecto, si no miente la seña que se ve al tope, la barca que en este momento fondea en el puerto de Las Isletas conduce a su bordo a la novia de nuestro ilustre capitán don Pedro Carvajal y Trejo y a la muy noble y reverendísima señora doña Úrsula, su hermana, que expresamente ha ido a buscarla a Tenerife y que sin duda la traerá dentro de alguna urna de cristal.

—Todo es posible de semejante beatona —exclamó con desenfado el más joven de los ballesteros.

—Pero, entretanto, el tiempo pasa y no llega el novio.

—Estará con el glotón de su cuñado, engulléndose el producto de la sangre de sus pobres soldados.

—Calla, que nos oyen las dueñas.

—¿Qué importa?

—Podrían delatarnos...

—¡Bah...! Sería curioso que, semejantes brujas, se atrevieran a hablar de un balletero.

—Peligrosillo sería en efecto...

—¡Y tanto! Vamos, vamos, si ya deseo que suceda, nada más que por tener el gusto de ensartar en mi alabarda algunos de esos asquerosos bichos, que han dado en llamarse dueñas y que yo tengo para mí no son otra cosa que diablos, disfrazados con tocas y monjiles...

—¿Y la santa inquisición?

—¿Y el señor Tribaldos?

—¡Bah! Soy cristiano viejo, sin mezcla alguna de sangre mora, judía ni canaria; no así esas dueñas, cuyos parientes han sido quemados en Sevilla por el reverendísimo e incansable Tomás de Torquemada, honor y gloria de todos los buenos españoles. ¡Puf! ¡Cómo huelen a chamuscón!

A tan atrevidas suposiciones, lanzadas con un descaro sin igual, las dueñas y el escudero hicieron fervorosamente la señal de la cruz y tornaron a alejarse gran trecho de tan peligrosa compañía, maldiciendo entre dientes a los seis soldados y jurando ocuparse de ellos a la primera ocasión que el señor don Bartolomé Tribaldos, primer inquisidor de la isla, les proporcionara.

La delación era en aquellos buenos tiempos un medio seguro de venganza.

II.—EL VIAJE.

En estas y otras pláticas, los ballesteros se vieron de pronto sorprendidos por el rápido galope de dos caballos, que, a todo escape, se acercaban a aquel sitio.

Montaban estos corceles los dos viejos capitanes, que habían sido objeto de las burlas poco corteses de sus soldados y que, con aquella numerosa comitiva, se dirigían al puerto de Las Isletas a recibir a la joven desposada.

Antes de pasar adelante, nos parece conveniente decir algunas palabras acerca de estos personajes a quienes tendremos necesidad de citar con frecuencia en nuestra humilde y verídica narración.

Se llamaban los dos hidalgos, el uno, Pedro Carvajal y Trejo, castellano de la Torre de Gando; y el otro, Gonzalo de Segovia, asentista o proveedor del presidio de la ciudad, que así se apellidaba entonces la guarnición que la custodiaba. Nobles ambos y de un valor a toda prueba habían adquirido, después de la conquista, una buena porción de tierras y aguas en las mejores vegas de Telde y Satautejo y envejecían entonces tranquilos y felices a la sombra de los laureles conquistados durante su borrascosa juventud.

Habían llegado ya estos bizarros campeones a aquella edad en que el hombre no tiene más porvenir que sus recuerdos. El capitán Carvajal, según habían dicho con mucho acierto los ballesteros, pasaba de los sesenta, acercándose el asentista a ellos, no sin maldecir la rapidez con que el tiempo transcurría, especialmente desde aquel dichoso instante en que había principiado a gustar los placeres de una vida holgada y sedentaria. Ambos, sin embargo, se conservaban con una salud envidiable y una inclinación muy pronunciada a repetir las locuras de su primera edad; y decimos esto, porque habiendo sido el capitán muy enamorado intentaba ahora casarse con una niña de dieciocho años; mientras su compañero, aficionado al vino y a la buena mesa, pasaba sus días inventando nuevos manjares con que saciar su apetito y reuniendo en su bodega los mejores vinos que entonces se conocían en Europa.

Unía a estos personajes una amistad muy antigua, que se había estrechado doblemente con los lazos del parentesco casándose el asentista con doña Úrsula de Carvajal,

hermana de su amigo y señora muy recomendable, a pesar de las reflexiones poco cristianas de los ballesteros, tanto por su sincera piedad, como por sus austeras costumbres. No dejará, sin embargo, de parecer extraña a nuestros lectores esa amistad cuando les digamos que sus caracteres eran diametralmente opuestos, originándose de aquí entre ellos continuas disputas y furiosas riñas.

Por consiguiente, no bien el capitán intentó casarse con doña Isabel de Mendoza, cuando su amigo y cuñado le pintó con los más vivos colores las desagradables consecuencias de esos matrimonios desiguales, en donde los celos del marido, las travesuras de la esposa y las risas del pueblo hacen del hogar doméstico un infierno anticipado. Mas, a estas razones, contestaba el capitán que él conservaba aún la suficiente energía para imponer su voluntad a una niña caprichosa, caso de que lo fuera, sin contar con algunos restos de hermosura, que el tiempo había sabido respetar y que podían serle sumamente útiles ante la inocente inexperiencia de una joven, educada lejos de toda sociedad.

A tales reflexiones, que Carvajal hacía con la mejor buena fe, era de ver la transformación que se verificaba en el burlesco semblante del asentista; se inflaban sus carrillos, se abrían sus pequeños ojos, se dejaba caer en un sillón y, en medio de un diluvio de graciosas exclamaciones, reía sin descanso hasta que la grotesca seriedad de su amigo se convertía en enojo, el enojo en cólera y la cólera en tempestad deshecha; entonces reñían con voces destempladas, separándose con furor y jurando no volverse a ver; hasta que, llegando el día siguiente y sin acordarse de la escena de la víspera, tornaban a saludarse con el mismo cariño que desde su infancia los había unido.

Nosotros, ahora, a fuer de fieles narradores, diremos que en la cuestión del matrimonio tenía razón de sobra el asentista. La figura de don Pedro no era la más a propósito para agrandar a una joven de dieciocho años, aunque ésta no hubiese salido jamás de las oscuras paredes de la casa de su tutora. Hay en nosotros cierta idea innata de la belleza, que no nos permite equivocarnos tan fácilmente los juicios que sobre ella formulemos. Estamos, pues, seguros de que nunca en sus sueños de niña pudo Isabel considerar como el bello ideal de un esposo a un hombre de sesenta y cinco años, de tez morena y apergaminada, con

ojos grises medio envueltos en unas cejas espesas y en continua anarquía, con una boca sin dientes y un cuerpo alto y enjuto, que hubiera entonces recordado a don Quijote, si su inmortal autor lo hubiera producido un siglo antes.

Y ya que hemos bosquejado el retrato del capitán, diremos de paso que el de su amigo no sólo era el reverso de la medalla en la parte moral, sino en la física; pequeño de cuerpo y alegre de rostro, con la sonrisa siempre en los labios y el placer en los ojos, se lo veía continuamente ser el alma de todas las reuniones a pesar de que su franqueza, que muchos llamaban mordacidad, hacía su conversación demasiado temible para todos. Poseía, sin embargo, una cualidad excelente, y era, una completa indulgencia respecto a los vicios que afligen a nuestra triste humanidad, por la sencilla razón de que, habiendo recorrido su extensa escala, los conocía en sus menores detalles. Tal vez por eso, al llegar a la vejez, había elegido la gula como el único pecado que satisfacía sus necesidades presentes y futuras.

Para dar la última pincelada a estos retratos, diremos que en la conquista de la Gran Canaria, concluida en abril de 1483, habían ambos combatido como buenos españoles, mandando un tercio de tropas, levantado a sus expensas en las montañas de Burgos en unión de Miguel de Trejo, hermano mayor del mismo capitán y caballero que luego casó con Masequera, sobrina del Rey de la isla, don Fernando Guanarteme, según cuentan todas nuestras antiguas crónicas isleñas. De este matrimonio quedó sólo un hijo, huérfano desde su más tierna edad por la prematura muerte de sus padres, y que fue asesinado a los diez años en una de las excursiones que hacían los indígenas insurrectos en los pueblos que fundaban sus vencedores, viniendo a aumentar esta herencia el patrimonio ya considerable del viejo capitán.

Nos resta decir, para que nuestros lectores conozcan perfectamente esta familia, que uno de sus parientes, llamado Hernando de Guzmán, natural de Toledo y conquistador también de la isla, casó al mismo tiempo que el difunto Miguel de Trejo con Guayarmina, hija del Guanarteme, joven que en el bautismo tomó el nombre de Margarita y de cuyo matrimonio nació Isabel de Guzmán, prometida esposa de don Pedro y heredera de los bienes de sus padres, muertos en 1496.

Huérfana, hermosa y rica, creyó doña Úrsula, a quien se le había confiado la tutela, que el mejor y más seguro medio de afianzar la futura felicidad de su pupila era traerla de la respetable casa donde se había educado en La Laguna para casarla con su hermano, cuya severa elegancia, religiosidad y buenas costumbres eran para ella un objeto de continua admiración, sin duda por el contraste que formaba con los defectos de su marido el asentista.

Estas señoras, a quienes luego daremos más detenidamente a conocer, eran las mismas que, aquella tarde, iban a ser recibidas por la numerosa comitiva, reunida a la entrada de la ciudad.

En efecto, a las cuatro de la tarde se pusieron en movimiento los diversos personajes que allí aguardaban y se prepararon a recorrer los arenales, que, por espacio de una legua, se extendían entonces desde aquel sitio hasta el puerto de Las Isletas.

Abrían la marcha los dos jefes de la expedición, que habían arreglado el paso de sus corceles al andar de sus sirvientes; los seguían los dos esclavos indígenas, conduciendo las mulas con la litera; venían inmediatamente las dueñas y el escudero y cerraban la comitiva los soldados, que habían sido llamados a servir de escolta por la poca seguridad que ofrecían los caminos, infestados de rebeldes isleños.

De este modo avanzaban todos siguiendo la orilla del mar, que presentaba un piso más firme que el de las movedizas arenas, cuando, de repente, un prolongado silbido, salido al parecer de un bosquecillo de tarahales, que a pocos pasos de la ermita de Santa Catalina se descubría, detuvo instantáneamente a los viajeros.

¿Qué significación tenía este silbido que así conseguía detenerlos?

Procuraremos dar sobre ello una explicación satisfactoria.

Conquistada la isla por las armas españolas en 1483, se habían rendido y bautizado todos los canarios, que de alguna manera podían inspirar sospechas de resistencia a los invasores; pero esta sumisión no fue, sin embargo, tan completa, que no quedasen algunas partidas de isleños en lo más escabroso de las sierras, dispuestos a preferir su libertad natural a los goces con que les brindaba la civilización europea. Semejante conducta, atentatoria a los de-

rechos de los vencedores, no podía quedar consentida; así es que éstos, rompiendo las hostilidades, los acosaron como fieras, mientras los indígenas, con sus atrevidas excursiones, incendios y continuos robos, se vengaban de sus enemigos, devolviéndoles con creces el daño que recibían. Esta era la razón por la que los dos hidalgos llevaban consigo los seis ballesteros y se habían detenido con sorpresa al oír el silbido inesperado, que les recordaba una de las señales con que daban principio al combate sus atrevidos adversarios.

Pero transcurrió un largo rato y nada de esto sucedió; ninguna aparición extraña vino a inquietar a los viajeros. En vano los soldados, obedeciendo las órdenes de su capitán, exploraron el bosquecillo en todas direcciones y los alrededores de la ermita de Santa Catalina, situada entonces junto al cerro de Guanarteme, al pie de un barranquillo que las arenas habían cegado después; nada hallaron que pudiese indicar la presencia de un ser viviente, por lo que, sin más examen, continuaron su camino siguiendo siempre la línea caprichosa que trazaba el mar sobre la playa.

—Me parece —dijo uno de los ballesteros, rompiendo el silencio que había seguido a la interrupción anterior— que no le agradaría mucho a nuestro jefe tener en estas circunstancias un encuentro con el Diablo de las montañas.

—El Diablo ha muerto —contestó el que había llevado los regalos de boda a La Laguna y que respondía al nombre de Nuño.

—Pues hay quien asegura haberlo visto hace poco en el valle de Tirajana.

—Si eso fuera cierto, preciso era creer que es, en efecto, el diablo en persona.

—Explicaos.

—Ya recordaréis vosotros que la última vez que salimos a batirlo, en número de trescientos hombres entre caballeros y peones, pasamos a cuchillo a todos sus secuaces, trayéndonos su cadáver a la ciudad.

—Válgame Santiago, nuestro santo patrón —exclamó el más joven de los soldados—, eso parece cosa de hechicería.

—¿Y quien lo duda? —repuso Nuño con acento de profunda convicción—. Benartemi no pertenece a nuestra es-

pecie... Y si no, decidme, ¿por qué nuestras armas no han podido nunca herirlo? ¿Por qué nuestras ballestas no han conseguido jamás alcanzarlo?

—Si no creyera molestaros, señor Nuño, os suplicaría me diéseis algunos pormenores sobre tan extraño personaje —tornó a replicar el mozo—. Ya sabéis que acabo de llegar de Sanlúcar.

—Lo haré con sumo placer— se apresuró a responder el balletero, que, entre otros defectos, tenía el de agradarle bastante los cuentos de duendes y aparecidos, especialmente si era él el narrador.

Y enseguida, atusándose el bigote y arreglando su paso el de su curioso compañero, continuó hablando de este modo:

—Habéis de saber, amigo Bertrán, que ese Benartemi, o lo que sea, es descendiente en línea recta de los reyes de esta isla, si es que estos bárbaros han podido tener verdaderos reyes; pero en fin, sea de ello lo que quiera, así los llamaban y con ese título fueron hechos prisioneros.

—Entonces —interrumpió Bertrán, asiendo del brazo a su camarada—, ese canario debe ser pariente muy cercano de la novia, supuesto que ésta, como todos sabemos, es nieta del último rey don Fernando Guanarteme.

—Así debiera ser —contestó el narrador—, si estuviera bien comprobada su filiación; más yo no puedo creer que un hombre que hace armas contra su señor natural y huye de su salvación, rehusando el santo bautismo, proceda nunca de tan nobles ascendientes. Pero, en fin, noble o plebeyo, hombre o diablo, lo que puedo asegurar es que, al poco tiempo de conquistada la isla por nuestros valientes compatriotas con el gloriosísimo deseo de extender y propagar nuestra católica religión, única verdadera, nos apresuramos a despojar a esa raza de gentiles de todos los derechos que creían tener sobre el país conquistado y procuramos extinguirla de mil maneras, ya haciéndole el honor insigne de mezclarla con la nuestra, ya enviando la gente más peligrosa a la conquista de las vecinas islas de Tenerife y Palma.

—¿Pero recibirían antes el agua del bautismo?

—Ya, ya, nuestros buenos frailes no se descuidaban en aumentar su rebaño, siquiera fuese de tan escaso valor.

—¡Santos varones!

—Prosigo, pues.

—Os escucho.

—Entre los canarios que aquí nos quedaron había algunos, por desgracia nuestra, que no quisieron acostumbrarse a servirnos de esclavos.

—Bribones...

—Ni a trabajar por la salvación de sus almas y fueron poco a poco desertando y huyendo a los más enriscados montes, donde intentaron hacerse fuertes y romper el yugo que les habíamos impuesto para labrar, se entiende, su felicidad en este mundo y en el otro.

—¡Ceguedad inaudita!

—No se concibe tamaña ingratitud; pero la verdad es que cuando ya todos nos creíamos en paz y seguridad, he aquí que, de repente, aparece una partida de treinta bandidos, capitaneados por ese Benartemi, y con sin igual audacia bajan a los valles, saquean los ingenios, destruyen los sembrados y roban cuanto encuentran al paso, asesinando sin piedad a todo el que lleva en sus venas la pura sangre española y en su frente el signo augusto de la redención.

—¡Qué perversidad!

—Conmovida la colonia, corre en masa a las armas y, distribuyendo sus tropas en pequeños escuadrones, se lanza a los montes y da caza a esos bandidos, como si se tratara de exterminar una manada de lobos.

—Feliz comparación.

—Yo era uno de esos españoles que tuvieron la honra de llevar a cabo tan gloriosa empresa, y digo empresa, porque a pesar de nuestras armas, de nuestra táctica y de nuestro valor, nos costó mucha sangre, mucho tiempo y mucho dinero. Figuraos que ellos, como conocedores del terreno y más ágiles que cabras, se dispersaban tan pronto fuerzas superiores les ofrecían el combate o caían sobre nuestras partidas cuando éramos iguales o inferiores en número. Finalmente, conducidos una noche por un espía, que a fuerza de oro pudimos sobornar, los atacamos en un sitio donde era imposible escaparse y allí, después de un combate encarnizado, quedaron todos tendidos sobre el campo de batalla, incluso su maldito jefe.

—¿El temible Benartemi?

—El mismo. Ya comprenderéis ahora, amigo Bertrán, cuan grande habrá sido nuestra admiración al saber que ese mismo Benartemi, cuyo cadáver acribillado de heridas fue conducido en triunfo a la ciudad, haya de nuevo apa-

recido con otra numerosa tropa de salteadores atrevidos, astutos y valientes, como lo son siempre estos malditos insulares.

—Entonces es fácil creer o que vosotros equivocásteis las facciones del jefe canario con las de otro de sus guerreros o que el diablo lo ha hecho resucitar.

—Tal vez tenga razón este mancebo —observó a la sazón el cabo Fernández, viejo soldado que mandaba la escolta—, pues, aunque todos creíamos reconocer en aquel cuerpo el del terrible capitán a quien todos odiábamos, ninguno lo conocía personalmente.

—Pero ese Benartemi, sea hombre o demonio, tardará poco en caer en nuestras manos.

—Por la fuerza nunca, por traición tal vez.

—¿Tan poderoso es en esta isla?

—Es el ídolo de todos los isleños y con todos trata secretamente, alimentando en ellos, con su resistencia, ilusorias y culpables esperanzas de independencia.

—¿Y es joven?

—¿Quién lo sabe? Unos lo creen niño, otros viejo; las versiones son tan contradictorias, como invisible su presencia.

—Ardo ya en deseos de combatirlo.

—Si no mienten mis noticias, pronto satisfaremos ese deseo, porque nuestro gobernador Alonso Escudero no es hombre que se duerme sobre el peligro.

En este momento, la conversación se interrumpió, porque habían llegado al sitio en que sus jefes, echando pie a tierra, se disponían a trasladarse en una pequeña lancha a bordo de la barca que estaba ya fondeada y en cuyos palos ondeaban una multitud de banderolas y gallardetes, señal cierta de agradables nuevas.

III.—EL MARINO.

El puerto de Las Isletas, en la época en que nuestra relación principia, no contaba con otro vecindario que la choza ambulante de algún pescador o la tienda de campaña de algún que otro puesto de soldados, que vigilaba el desembarcadero, mientras se construía el castillo, que luego se llamó de La Luz.

Sin embargo, aquella tarde se veían, además de estos huéspedes cotidianos, algunos marineros de atezado rostro, tendidos sobre la arena a la sombra de dos lanchas, que estaban varadas en la playa. De estas lanchas, una se hallaba allí por orden del capitán y su cuñado y otra pertenecía a una pequeña urca, anclada a poca distancia, cuyo patrón se paseaba solo y con marcada impaciencia a lo largo del estrecho istmo de arena, que une Las Isletas con la Gran Canaria.

La fisonomía de este individuo, vestido groseramente como el más pobre marinero del país, aunque con escrupuloso aseo, revelaba, desde la primera ojeada, una persona notable, tanto por la nobleza y regularidad de sus facciones, cuanto por el desarrollo intelectual que se reflejaba en su ancha y despejada frente.

Lo que más llamaba la atención en este desconocido eran sus negros y rasgados ojos, cuya profunda mirada, aunque envuelta, por así decirlo, en cierto tinte melancólico, anuncio siempre de las tempestades del corazón, penetraba hasta lo más recóndito del alma, cuando con intención los fijaba sobre determinada persona; su tez, que debiera haber sido de un blanco pálido, se mostraba ahora tostada por el sol y empañada por el contacto de las brisas marinas o por el polvo ardiente de los desiertos africanos. Pero estos elementos, destructores de toda belleza, no habían conseguido alterar la forma griega de su nariz, ni el suave contorno de su boca.

Si intentáramos fijar su edad y observáramos para ello la seriedad de su rostro y la calculada lentitud de sus movimientos, diríamos que contaba ya sus treinta años; al paso que, una atención más detenida, rectificaría en breve nuestro juicio, dándole tan sólo de veinticuatro a veintiséis. Y en efecto, a pesar de la huella que precoces cuidados o desgracias profundas habían dejado impresa sobre el sim-

pático semblante del marino, se revelaba en él, sin embargo, esa edad feliz en que el hombre, olvidándose de lo pasado y pensando poco en lo presente, lo espera todo del porvenir.

Desde la llegada de la comitiva al puerto, el desconocido, que no la perdía de vista, se acercó lentamente a su lancha y, con aire al parecer de indiferencia, cambió algunas palabras con los marineros, que dentro de ella lo aguardaban, en un dialecto armonioso, aunque ininteligible a todo oído español; y luego, con la misma aparente tranquilidad, se alejó de nuevo, continuando sus paseos a lo largo de la playa, si bien en un sentido inverso al istmo.

Entretanto, los dos viejos capitanes se disponían, como ya hemos dicho, a trasladarse al buque, que se balanceaba sobre el agitado mar a poca distancia de la orilla, viéndose un grupo de marineros afanados moverse en torno del bote, que rodaban a fuerza de brazos, mientras preparaban los remos, el timón y la vela.

El novio, más impaciente que su amigo, corría de la lancha a la litera, impulsando a unos con sus gritos, examinando la otra con pasión y deteniéndose extasiado a contemplar el buen aspecto de las mulas y el de los esclavos que las custodiaban, presente que sin duda destinaba a su futura.

En medio de sus observaciones y del grato recuerdo que ellas traían a su memoria, un pequeño desarreglo en los arneses que cubrían su mula favorita vino a desencadenar repentinamente una tempestad furiosa sobre el pobre mozo que la conducía.

Dispuesto siempre don Pedro Carvajal a soltar las riendas a su genio brusco y colérico, y acostumbrado a tratar a sus subalternos sin miramiento alguno, se acercó al esclavo y, sacudiéndole con la contera de la pesada lanza que llevaba en la mano, le dijo rojo de cólera:

—Pícaro isleño, miserable esclavo, ¿crees acaso que has de burlarte impunemente de mis órdenes? ¿Ese es el cuidado que tienes con lo que se te confía? Y en que ocasión —añadió mirando hacia el buque—, cuanto más necesidad de toda la prudencia y atención de mis criados... tentaciones tengo de ahogarte...

Y tal vez lo hubiera hecho, si a este tiempo el asenista, que con los ballesteros se había avanzado atraídos por el ruido, no lo detuviera entre burlón y risueño.

—Calma, Pedro, calma —le dijo sujetándolo por el brazo—, no es de gente noble maltratar de ese modo a sus servidores.

—Llévete el diablo a ti y a tu nobleza; yo hago lo que quiero.

—La falta de ese mozo no merece que ejerzas hoy el oficio de verdugo.

—Guarda tus sermones para mejor ocasión y déjame en paz.

—Si por tan insignificante descuido vas a detenerte, te dejo solo y me marchó; Isabel nos aguarda.

El nombre de la desposada, recordado tan a propósito por el asentista, serenó un poco el adusto semblante del maligno viejo, pero sin que llegara a hacerlo desistir por completo de sus deseos de venganza.

—Consiento —dijo— en no ahogarlo como merecía, pero en cambio haré castigar su negligencia de una manera ejemplar para que sirva de escarmiento a sus compañeros.

Y volviéndose hacia el grupo que formaba la escolta, añadió, alzando la voz:

—Cabo Fernández, haced de modo que, mientras nosotros vayamos a bordo, reciba en mi nombre este mocito cincuenta buenos latigazos, que le aplicaréis con las cuerdas más gruesas de vuestras ballestas. ¿Queda entendido?

—Sí, mi capitán.

—Que todo esté concluido antes de mi vuelta.

—Sí, mi capitán.

—¡Misericordia! —exclamaba entretanto el pobre mozo, arrastrándose de rodillas sobre la arena—. ¡Misericordia, señor!

Y en su descompuesto semblante se retrataba tan al vivo el terror, que don Gonzalo aventuró todavía una nueva súplica para ver de ablandar el rigor de su amigo.

—¿Sabes —le dijo— que el espectáculo de este infeliz, martirizado de un modo tan cruel por tan frívolo descuido, va a entristecer a nuestra joven primita y producirle una impresión poco favorable a tu persona?

—¿Quieres no romperme la cabeza con tus necedades? Cualquiera al oírte creería que mi futura anda a caza de impresiones para cumplir con su deber.

—Su deber, todavía, no es quererte.

—¿Qué te atreves a decir?

—Que mires bien lo que haces, porque ella es libre, joven, rica y hermosa.

—No parece sino que estás celoso de mi buena fortuna.

—¿Celoso yo?

Y el asentista soltó una sonora carcajada, que los ecos de la playa repitieron en todas direcciones.

—Eres un animal.

—Y tú un maniático.

—¿Quieres callar?

—Ay, pobre Pedro, pobre Pedro, amores a los sesenta es negocio del infierno.

A estas palabras, que aumentaron como era de esperar el furor del viejo soldado, soltó un horrible juramento, volvió la espalda y, separándose de su cuñado, se acercó a la playa temblando de rabia.

Esta escena había tenido un espectador silencioso, que parecía haber sido atraído allí por una coincidencia enteramente casual e imprevista.

Apoyado en el borde de su lancha, y oculto casi en la sombra que ésta proyectaba, el marino, cuya ligera descripción hemos hecho poco antes, había seguido con creciente interés los diversos incidentes del diálogo, notándose en su semblante las emociones que sucesivamente lo iban agitando.

Al ver la injusta cólera del capitán, la indiferencia de los soldados y la humillación del isleño, el odio, la piedad y una indignación mal reprimida se revelaron a la vez en el fuego de sus ojos, en la contracción de sus labios y en la palidez de su rostro.

Por eso, y obedeciendo a una resolución súbita, salió al fin del sitio en que estaba y se avanzó hacia el capitán, que, contemplando el buque, esperaba con impaciencia el momento de su embarque.

De pronto, don Pedro Carvajal sintió que una pesada mano se dejaba caer sobre su hombro y atónito se volvió instantáneamente.

—Dispensad si os interrumpo —le dijo el desconocido, atreviéndose de aquel modo a llamar su atención.

El viejo, sin volver de su estupor, lo midió con la vista de los pies a la cabeza, frunciendo terriblemente el ceño.

—Tengo que proponeros un buen negocio.

Nuevo silencio de parte del capitán, que no podía aún

creer semejante audacia.

—¿No me respondéis?

—¿Sabes con quién hablas? —prorrumpió al fin don Pedro, dando salida a sus palabras por entre sus apretados dientes.

—Con el noble castellano de la Torre de Gando, conquistador de la isla y regidor perpetuo de su ilustre ayuntamiento.

—Pues has de saber, miserable, que ese castellano no ha permitido jamás que personas de tu estofa le falten al respeto.

—¿Y me podrá decir el señor capitán —repuso el joven con su más graciosa sonrisa— en qué se le ha podido ofender?

—Basta y retírate pronto, si no quieres trabar estrechas relaciones con la pesada cuerda de mis ballesteros.

Y, diciendo esto, le volvió la espalda, acercándose de nuevo a la escolta en medio de la cual el mal aventurado isleño era despojado brutalmente de sus vestidos con una algazara infernal.

El marino no se dio por vencido, ni manifestó en su rostro el menor signo de emoción; con firme y seguro paso siguió al feroz castellano y continuó diciéndole con sereno acento y perfecta calma:

—No ha sido mi intención ofender al noble y valiente Carvajal, a quien respeto y venero como a un buen y seguro servidor de sus Altezas, sino proponerle la venta de ese esclavo, antes de que sufra un castigo que va a inutilizarlo por mucho tiempo. Os doy por él, caballero, cincuenta doblas castellanas de buen quilate.

Y pronunciando estas palabras, sacó de sus bolsillos una abultada bolsa de cuero e hizo brillar a los ojos del viejo el reflejo deslumbrador del oro.

Una proposición tan ventajosa, y hecha por un hombre tan humildemente vestido, hizo que don Pedro diera un paso atrás y mirara con desconfianza al tenaz marino. Éste añadió:

—Contad el dinero.

—Pero ¿es en efecto oro lo que ahí llevas?

—Miradlo vos mismo.

—¿Diantre! Esto es inaudito.

—¿Aceptáis?

—¿Y para qué quieres mi esclavo? —repuso vacilan-

te todavía.

—Para tripular mi barca.

—Muy cara compras tu tripulación.

—Comercio con la vecina costa de África y soy rico.

—¡Hereje! —murmuró entre dientes don Gonzalo.

—¿Cerramos el trato?

—Vengan las cincuenta doblas y el esclavo es tuyo.

—Gracias.

—¿Quieres documento?

—Me basta vuestra palabra.

—No es tonto este patrón —añadió el viejo, visiblemente alagado de la confianza que inspiraba y del buen negocio que acababa de realizar; y sin más dudas dio orden a los ballesteros de que soltaran al isleño y se lo entregasen a su nuevo amo, en tanto que él, después de cobrar su dinero y guardarlo cuidadosamente en su escarcela, se dirigía deprisa a la orilla, donde ya don Gonzalo lo esperaba, sentado en el sitio más cómodo del bote.

IV.—LA NOVIA.

Mientras los dos nobles conquistadores se dirigían a bordo del buque, que conducía desde el puerto de Añaza a la linda desposada, el joven esclavo, que de una manera tan extraña había cambiado de dueño, se acercaba con timidez hacia aquel hombre, que providencialmente se había interpuesto entre la cólera de don Pedro y las cuerdas de los ballesteros.

El sol, acercándose entretanto a su ocaso, inundaba con sus rayos la montaña de Gáldar. A lo lejos, se dibujaba el Teide en el fondo azul del firmamento, destacándose sobre la oscura silueta que proyectaba la isla de Tenerife con imponente majestad. Más lejos, algunas cenicientas nubes, impulsadas por un fresco viento del norte, se amontonaban formando un ancho semicírculo, que interrumpía La Isleta con sus altos conos volcánicos, pero cuyas cabezas principiaban ya a asomar, agitando las olas de los dos opuestos mares a que sirve de dique el istmo de Guanarteme.

El desconocido examinó, por un momento, con la vista ejercitada de un experimentado marino, el mar, el cielo y la dirección del viento y, después de algunos instantes de reflexión, se acercó precipitadamente a sus marineros, les dio una nueva orden, que ellos oyeron con respetuosa atención y, dirigiéndose al esclavo, le hizo seña de que lo siguiese.

Ya hemos dicho que en 1506 no existían el castillo, las casas, ni la ermita que hoy se ven en el puerto de La Luz; la playa, con sus caprichosas ondulaciones, se extendía sin interrupción hasta las rocas que forman la punta de Barreto.

Hacia ese lado se dirigía el joven marino, con la vista siempre fija en el mar, cuando de pronto se detuvo y mirando atentamente al mozo, que en silencio lo seguía, le preguntó con acento breve.

—¿Eres canario?

—Sí, señor.

—¿Y desde cuándo esclavo?

—Desde que nací; mis padres murieron bajo el látigo de Pedro de Vera.

Frunció las cejas el desconocido y permaneció pensati-

vo; pero luego, como si se contestase a sí mismo, murmuró:

—Bien; Carvajal o Vera, todos son iguales... ¿tienes familia?

—Una hermana.

—¿Dónde está?

—Es esclava de doña Úrsula.

El joven volvió a quedarse pensativo y enseguida replicó:

—Necesito que vayas a la ciudad, veas a tu hermana y le digas que has recobrado ya tu libertad.

—¡Mi libertad! —y el semblante del mozo se tornó profundamente pálido.

—Sí; desde hoy no tienes amo.

—¿Será posible!

—Puedes convencerte, alejándote ahora mismo de aquí y dando cumplimiento a mis órdenes.

—Pero ¿quién sois vos? Decidme al menos vuestro nombre para poderlo bendecir toda mi vida.

—¿Qué te importa?

—¿No creéis en el agradecimiento?

—Ya lo sabrás.

—¿Me lo juráis?

El joven se sonrió con dulzura.

—No dudes nunca de mi palabra.

—¿Os volveré a ver?

—Silencio... estamos perdiendo un tiempo precioso. Corre sin tardanza a la ciudad; busca a tu hermana y, después de anunciarle, como ya sabes, tu libertad, me esperas a su lado y le añades que esta noche me aguarde en el sitio que ella sabe.

A tan extrañas palabras, el canario miró con asombro al joven y, creyendo descubrir en esto algún peligro oculto que amenazara a su pobre hermana, manifestó su repugnancia, contestando con generoso desprendimiento.

—Prefiero, señor, la esclavitud, si de llevar ese mensaje puede resultar algún perjuicio a Mariana.

—Ve sin temor; ella me conoce y sabe quien te envía.

—Pero...

—No lo dudes; un poder invisible vela por nosotros y extiende su brazo protector sobre todo lo que nos rodea.

Y diciendo esto, se inclinó hacia el mozo y, en el mismo dialecto desconocido en el que poco antes hablara a

los marineros, pronunció algunas frases en voz baja.

El efecto fue instantáneo; se cruzaron sus brazos en ademán de profundo respeto, levantó sus ojos al cielo, como poniéndolo por testigo de su fidelidad y, sin pronunciar una sólo palabra, desapareció en dirección al Real de Las Palmas.

El joven quedó solo y, con la cabeza inclinada, continuó sus paseos por la parte más oculta de la playa.

Se hallaba la tarde muy avanzada, cuando el bote que conducía a los viajeros se desprendió de la barca y surcó las agitadas olas, no sin grave peligro de zozobrar.

Se efectuó, sin embargo, la travesía con toda felicidad, pisando al fin las señoras y sus nobles acompañantes la arenosa orilla, gracias al celo desplegado por el patrón, conocedor de la bahía y sus peligros. Y era que en aquella tarde, a causa de una de esas grandes mareas equinociales tan frecuentes en septiembre y a impulsos del viento norte, se había convertido en un extenso lago la playa comprendida entre el istmo y sitio donde hoy se levanta el fuerte de Santa Catalina.

Los ballesteros, obligados a perder continuamente terreno por el movimiento progresivo del mar, habían retrocedido hacia La Isleta, observando con un asombro mezclado de terror la invasión continua del agua, que hacía desaparecer a impulsos de su repetido e incesante oleaje la estrecha lengua de tierra que une el puerto con la ciudad.

Este fenómeno, raro en nuestros días, difundió la alarma entre aquellos bravos soldados y entre la pequeña guarnición y los pescadores, creyendo sin duda alguna que iba a repetirse aquella noche el diluvio universal.

La llegada de los viajeros distrajo un poco a todos de aquel peligro y, deseosos de ver a la novia, se adelantaron en tropel, aunque respetuosamente, formando círculo en torno de su viejo capitán.

Entretanto, éste y su cuñado habían ofrecido a las señoras por asiento un tosco banco de madera, que por casualidad se encontraba entre los muebles de la guarnición y sobre el cual se dejaron caer ellas con manifiestas señales de cansancio.

Entonces pudieron todos satisfacer la curiosidad que allí los había atraído y contemplar a su antojo el semblante de la joven desposada, comparándolo con el tosco,

pero animado retrato, que les había delineado el balles-tero aquella misma tarde.

Isabel tenía, en efecto, dieciocho años y sus facciones, alteradas algún tanto por el sufrimiento del viaje marítimo, reflejaban, sin embargo, toda la pureza y castidad de su alma. Negros eran sus ojos, como había dicho muy bien el soldado y su boca, que conservaba aún los suaves y graciosos contornos de la niñez, se entreabría con frecuencia para dejar aparecer una sonrisa triste y melancólica, que prestaba a sus facciones un encanto indefinible. Podía decirse que aquella sonrisa era un vago presentimiento del porvenir que le aguardaba. Su estatura, más bien pequeña que elevada, su color, blanco y sonrosado, su cintura, delgada y elegante, hacían de Isabel una de esas mujeres que a veces soñamos en nuestros delirios de poeta, pero que pocas veces descienden a la tierra para tomar una forma corporal.

En cuanto a la vieja tía, esposa del asentista, sólo diremos que era una señora muy respetable, cuya edad frisaba en los cincuenta, con una cara enjuta y huesosa, que recordaba a una legua las duras y angulosas facciones de su hermano el capitán. De rígidas costumbres y austeras virtudes, inspiraba a todos en la colonia respeto y veneración, pero nunca cariño y amistad. No era el suyo uno de esos caracteres simpáticos que se adhieren a todo lo que encuentran y se asimilan todos los sentimientos con el poder expansivo de su privilegiada naturaleza; era por el contrario una mujer de una devoción exagerada y supersticiosa, pueril en su vida privada, orgullosa con sus iguales, soberbia e intratable con sus inferiores; refractaria al lenguaje de las pasiones, porque nunca las había conocido e inflexible con toda clase de debilidades, porque su defectuosa organización la había puesto al abrigo de las tempestades del alma.

Sentadas estas dos mujeres en el banco de madera, que dominaba la inundada playa, iluminados sus semblantes por los últimos rayos del sol poniente, podían recordarnos las dos estaciones opuestas del año; el frío y árido invierno con sus escarchas y sus negras nubes y la hermosa primavera con sus flores, su horizonte azulado y sus ricos tesoros de esperanza y porvenir.

Inútil nos parece consignar que todas las miradas se detenían, curiosas y satisfechas, sobre la deslumbradora

y simpática belleza de la joven isleña, envidiando unos la suerte del viejo soldado y sonriéndose otros malignamente al recuerdo, no siempre halagüeño, de las escenas que ofrece diariamente un matrimonio desigual.

El asentista fue el primero que distrajo a todos de esta silenciosa contemplación, manifestada, sin embargo, con las formas más respetuosas, indicando a las señoras la inundación del istmo.

—Jamás creí que pudiera suceder esto —exclamó sin perder un sólo momento su tono zumbón—; los dos mares se han unido y si nuestro buen amigo Pedro no posee el don de separar las aguas como Moisés tendremos que pasar aquí la noche.

—Sin que apelemos a ese poder sobrenatural —contestó don Pedro atusándose el bigote y afectando un aire juvenil y petulante—, me parece que conseguiremos trasladarnos a la ciudad.

—¿Qué dices, hermano? —prorrumpió con voz chillona doña Úrsula—. ¿Quieres ahogarnos?

—Tal vez intente volvernó a embarcar o llevarnos por los aires —añadió con socarronería el asentista.

—Oh, señores —exclamó entonces la joven, hablando por vez primera y juntando sus manos en actitud suplicante—, no me condenéis al martirio de pisar otra vez un buque.

—Nada temáis, Isabel —dijo el capitán adelantándose con aire protector—, mi pensamiento es otro, como lo vais a ver. Ese brazo de mar, que ocupa ahora el sitio del istmo, apenas tiene dos pies de profundidad y, de consiguiente, puede vadearse sin peligro no sólo a caballo sino a pie.

—Pero, ¿y quién nos servirá de guía? —observó la vieja con desconfianza.

—Sí, ¿quién nos enseñará el vado? —añadió su marido, sonriéndose con malicia.

—¡Bah! No se necesita guía para eso.

—¿Y los hoyos?

—¿Y la marejada?

—¿Y las corrientes?

—Bien, bien, callaos, que se buscará el guía.

El capitán, comprometido ya a llevar a cabo su proyecto, miró en torno suyo, como si tratase de encontrar entre los marineros uno que le inspirara la suficiente confianza para tan arriesgado servicio, cuando sus ojos trope-

zaron con los del joven marino, que, a cierta distancia del grupo, miraba alternativamente la inundación con aire preocupado y al capitán con sombrío ceño.

—Ya tengo el hombre que buscaba —murmuró por lo bajo el enamorado viejo.

Y sin detenerse encaminó sus pasos hacia el sitio que ocupaba el desconocido.

—Hola, buen hombre —le gritó desde lejos—. ¿Quieres acercarte?

El joven lo miró con fijeza y se acercó, adelantándose con marcada lentitud.

—Dime —prosiguió aquel luego que estuvo a poca distancia—, ¿conoces el país?

—No os comprendo.

—Quiero decir, si eres práctico en estas costas.

—Diez años hace que las recorro como piloto.

—¿Te atreverías entonces a guiar mi litera con seguridad completa, al través de esa inundación y conducir a esas señoras a la ciudad?

—Ah, ¿es esa vuestra pretensión?

—Ya ves que es bastante honrosa para ti.

—Indudablemente.

—Tengo en ello un gran empeño y puedes contar desde este momento con mi protección y generosidad.

El joven se sonrió ligeramente y, antes de contestar, miró con gravedad el mar, los buques, las nubes y la dirección del viento; meditó un instante y como si de pronto hubiese tomado una resolución definitiva:

—Vamos —dijo—, os conduciré a la ciudad.

—Espera... nos faltan aún las condiciones.

—Las acepto todas de antemano.

—Es que si hubiese el menor peligro me respondes con tu cabeza de la vida de los viajeros.

—Respondo.

—En ese caso estamos de acuerdo.

El joven, sin darle más contestación, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y principió a andar en dirección al grupo.

El capitán lo observó con cierto resto de desconfianza, se detuvo, miró a su alrededor y luego, levantando los hombros con un movimiento de desprecio bien marcado, que era sin duda respuesta a alguna muda interrogación, se apresuró a seguir los pasos de su improvisado guía, que,

con aparente tranquilidad, avanzaba por la movediza arena indiferente a las sospechas que su aspecto parecía despertar en el ánimo del viejo conquistador.

Se conocía que el miedo no había tenido nunca entrada en el corazón del atrevido marino.

V.—EL ISTMO DE GUANARTEME.

Según iba disminuyendo la distancia que separaba a nuestros dos interlocutores del grupo formado por los viajeros y hacia el cual, como hemos dicho, ambos se dirigían, el patrón acortaba la extensión de sus pasos, mientras la aumentaba el capitán. De este doble movimiento resultó al fin, lo que naturalmente había de suceder, esto es, que don Pedro llegó al banco donde con impaciencia era aguardado, cuando todavía el marino se encontraba a mucha distancia de aquel sitio.

En aquel momento, ambos se detuvieron: el capitán, enfrente de las señoras, el patrón, junto a la litera, situada casualmente en la línea que seguía.

—¿Has encontrado ya a tu Moisés? —le preguntó su risueño amigo.

—Sí; y espero que nos satisfaga a todos... es un guapo mozo...

—¿Tienes en él la suficiente confianza, hermano? —se apresuró a añadir la vieja, quien a pesar de su santa vida no quería tomar posesión aún de su parte de paraíso.

—Creo tenerla... por lo tanto, no nos detengamos que la noche se acerca.

—¿Dónde está el mozo para interrogarlo?

El capitán volvió los ojos, admirado de que el joven no lo hubiera seguido, pero, al verlo junto a la litera, comprendió o creyó adivinar su discreción y, señalándolo a la atención de doña Úrsula, contestó:

—Allá nos aguarda, examinando sin duda los arneses de las mulas; en marcha, hermana; vamos, hermosa prima.

Y uniendo la acción a la palabra dio él mismo ejemplo, adelantándose de nuevo hacia el piloto.

Lo seguían de cerca las señoras con el asentista, cubriendo la retaguardia los ballesteros y soldados.

A los pocos momentos estaban todos reunidos, rodeando, como era natural, al que iba a servirles de guía al través del inundado istmo, cuyas opuestas olas se entrechocaban ya.

El capitán fue el primero que tomó la palabra, diciéndole al desconocido:

—Henos aquí ya, patrón, dispuestos a poner nuestras vidas en tus manos.

El joven se inclinó con ademán respetuoso, pero no contestó.

Entretanto, la colocación del grupo era la siguiente. El asentista observaba con curiosidad la creciente invasión de las olas y los reflejos de púrpura, que el sol poniente lanzaba sobre los dos extensos mares. Los ballesteros, por instinto militar, callaban cerrando el círculo y esperando con filosófica resignación la voz de mando de sus jefes. Isabel contemplaba la litera con aspecto de una persona que piensa en otra cosa y que mira sin ver; mientras doña Úrsula y su hermano se acercaban solos hacia el patrón, que, medio oculto en la sombra, esperaba con cierta inquietud el interrogatorio a que iban a someterlo.

—Este es el mozo —le dijo el capitán luego que llegaron—. ¿Qué te parece, hermana?

—Veamos, patrón —repuso la anciana señora con su acento duro e imperativo—, repetidnos, si lo tenéis a bien, las seguridades que habéis dado a mi señor hermano.

—Le he dicho, señora —contestó el joven en voz baja e inclinándose sin afectación—, que guiaré la litera sin riesgo ni peligro alguno y con la ayuda de Dios al través del inundado istmo.

—¿Conocéis la responsabilidad que de esa manera aceptáis?

—La conozco.

—¿Y no teméis arrostrarla?

—No la temo.

Estas breves palabras pronunciadas con seguridad y energía, como las de un hombre acostumbrado al mando, produjeron diversas impresiones en las personas que las oyeron. El capitán se contoneó satisfecho y orgulloso del buen éxito de su comisión; doña Úrsula hizo una inclinación de cabeza, manifestando su completo asentimiento; don Gonzalo se volvió con curiosidad y examinó un momento, visiblemente complacido, las expresivas y varoniles facciones del piloto, en tanto que Isabel, bruscamente despertada de su silenciosa meditación por el sonido de aquella voz extraña, dio un paso adelante y fijó sus grandes ojos, interrogadores y admirados, sobre el semblante del improvisado guía.

La inspección fue rápida como un relámpago, pero produjo en ella una emoción, que en vano trató de disimular. Una ráfaga de fuego subió de su corazón a la frente y des-

cendió a sus mejillas, cubriéndolas de color amapola, que desapareció instantáneamente, sucediéndole una palidez mortal. Se detuvo un momento, se apoyó en la litera y se llevó la mano al corazón como si tratara de ahogar sus latidos; todo esto pasó en menos de un segundo y sin que ninguno de los circunstantes notase esta súbita transformación, si se exceptúa el joven marino, que, con afectada indiferencia, seguía sus menores movimientos.

Doña Úrsula, que no encontraba ya objeciones que oponer a los proyectos de su hermano, cortó el diálogo empezado, diciendo:

—Supuesto que no hay peligro, entremos en la litera y colocaos junto al ventanillo; quiero teneros cerca de mí.

—Descuidad, señora, allí estaré.

—Vamos Isabel, desecha todo temor; este honrado marinero nos promete un buen viaje.

—¿Teme algo esta señorita? —repuso él entonces, acercándose a la joven, que, pálida aún y apoyada en la litera, no se había movido de aquel sitio.

—Isabel nada teme teniéndome a su lado —contestó con cierta aspereza el capitán, mientras inspeccionaba nuevamente los tiros y arneses de las mulas.

El desconocido, sin cuidarse de esta brusca interrupción, se aproximó más a la joven y, cuando estuvo a su lado, quitándose el sombrero, tejido de hojas de palmas que cubría su cabeza y dejando flotar al viento sus cabellos, añadió con voz respetuosa, acompasada y dulce:

—Señorita, subid sin temor, yo respondo de todo.

Y subrayando, por decirlo así, el yo por medio de la entonación particular con que lo pronunciara, miró tranquilamente a Isabel, que, muda de asombro, parecía una estatua. Pero de pronto y por una transición inesperada, ella, que tan tímida se manifestaba, levantó sus hermosos ojos, tornó a ruborizarse y, con una voz que revelaba todavía un resto de emoción, le contestó:

—Estoy dispuesta, mandad...

El marino se estremeció y un reflejo de suprema dicha iluminó rápidamente su semblante; se inclinó como para dar las gracias y murmuró en voz tan baja que apenas ella pudo oírlo.

—Dejad caer vuestro pañuelo.

En este momento, ya fuese porque deseara el capitán

apresurar el viaje a la ciudad, ya porque instintivamente sospechara de todos los que se acercaban a su futura, ello es que se interpuso entre él y la joven y, ofreciendo a ésta su mano, añadió en voz alta:

—Nuño... los caballos.

Mientras se ejecutaba esta orden, doña Úrsula se instalaba en la litera, siguiéndole luego Isabel, guiada siempre por su futuro esposo; pero, antes de cerrar la portezuela, los ojos de la joven se volvieron hacia el piloto, que se había detenido a dos pasos de distancia y, después de fijarlos un momento sobre aquella noble y franca fisonomía, los bajó en silencio y dejó caer sobre la arena su pañuelo.

Inmediatamente, el desconocido, que sin duda esperaba este movimiento, se precipitó sobre el codiciado lienzo y, alzándolo con respetuoso ademán, lo entregó a la hermosa niña, acompañando esta devolución con una muda y significativa ojeada, que revelaba la existencia de un importante secreto entre ambos.

Sin duda la mirada fue comprendida, porque el pañuelo, en vez de quedar abandonado sobre los cojines que servían de asientos a la litera, permaneció entre las manos de la joven.

¿Qué secreto era éste? Observemos con atención la inquietud que aparece en sus facciones, el rubor que enciende su frente y el temblor convulsivo de sus manos, cuando tropieza con un pequeño pergamino, cuidadosamente enrollado y envuelto en los dobleces del pañuelo y entonces nada más fácil que resolver el problema.

¿Qué hacían, entretanto, don Pedro y doña Úrsula? ¿Habían adivinado la diestra y atrevida maniobra del desconocido patrón? En cuanto a don Pedro podemos desde luego asegurar que nada sospechaba; demasiado orgulloso para suponer una infidelidad en su prometida y acostumbrado a mirar como cosas y no como personas a sus inferiores, estaba lejos de pensar que un oscuro marinero se atrevería a levantar sus ojos hacia la noble descendiente de los Mendozas y Guanartemes. No diremos lo mismo de doña Úrsula, porque con aquella perspicacia, natural a las mujeres excesivamente devotas y que afectan rígidas costumbres, todo lo observaba con desconfianza y de cualquier acción, por insignificante que fuese, deducía alarmantes y funestas consecuencias. Al ver la caída del pañuelo, su in-

mediata entrega y rubor de su pupila, dedujo que algo extraordinario tenía lugar en aquel momento, si bien no podía alcanzar su objeto y trascendencia. Se propuso, pues, como mujer prudente, disimular sus sospechas y, cerrando la portezuela, dio a su hermano la orden de marcha, mientras fijaba su mirada astuta sobre Isabel, que, inmóvil y con los ojos clavados en el suelo, oprimía convulsivamente entre sus dedos el oculto billete.

La litera, en tanto, se había puesto en movimiento, seguida de toda la comitiva y guiada por el joven marino, que marchaba a su frente en dirección al istmo.

Largo rato reinó entre todos un profundo silencio, interrumpido sólo por el acompasado movimiento de los soldados y el ligero pisar de los caballos sobre la movediza arena.

No descansaba, sin embargo, la imaginación de la vieja señora, más y más alarmada, según iba analizando los síntomas que la inexperiencia de su sobrina le suministraba sin trabajo alguno.

Demasiado astuta para abordar de frente la solución de aquel enigma, pero contando con la sencillez de su adversario, le dirigió de repente, y como si dijéramos a quemarropa, la siguiente pregunta, que acompañó con una ambigua sonrisa.

—Veamos, Isabel, ¿qué te parece nuestro guía?

La joven, que no esperaba semejante interpelación, levantó la cabeza, se estremeció y, fijando sus hermosos ojos con cándida admiración sobre su maliciosa parienta, le contestó:

—¿Lo conocéis, tía?

—No... ¿y tú?

La niña vaciló algunos momentos antes de responder y luego, inclinando de nuevo la cabeza, dijo con voz temblorosa:

—No sé.

—Ah... ¿no sabes?

—Me parece... creo... su voz...

Y la joven, encendida siempre como una amapola, no pudo concluir su frase.

La vieja reflexionó un instante. El enigma era más curioso de lo que ella misma había al principio sospechado.

—Vamos —añadió, acompañando a sus palabras con una indulgente sonrisa—, serénate hija mía... no parece

sino que has cometido algún pecado y temes confesarlo. Si has visto en otro sitio a ese mozo, nada encuentro en ello que sea digno de censura... Tal vez sea uno de esos patrones, que nos traen de Génova y de Liorna esos bonitos trajes de brocado que tan caros nos venden...

—No, no, imposible... jamás lo he visto vestido de marinero.

La dama, al oír estas palabras pronunciadas con un acento de verdad que alejaba toda duda, dio un salto en el asiento y, reconcentrando en sí misma toda la atención de que era capaz, replicó:

—Niña, ¿estás segura de lo que dices?

—Segura, no... pero...

—Explícate, Isabel, nada de reticencias; mira que es muy grave lo que acabas de confesar.

—No os asustéis, tía —contestó la joven, procurando serenar su semblante y dar a su voz una entonación más firme—, pues si bien creo reconocer en sus facciones las de otra persona que he visto en La Laguna en uno de los momentos más críticos de mi vida, también lo es que no podría fijar ahora su identidad... De todos modos, si es la misma, nada tenemos que temer, porque es incapaz de ofendernos.

—Me asustas con tus circunloquios, Isabel, y hay motivos para estarlo; si no veamos ¿quién es esa persona que no conozco, que se disfraza con un vestido que no es el suyo, que nos espera en esta solitaria playa, que se acerca y te habla a media voz, que te recoge el pañuelo como pudiera hacerlo un noble y que parece espiar tu semblante para hacerte, sin duda, alguna seña?

La joven, temblando por su billete, oprimió el pañuelo contra su corazón, que desordenadamente latía bajo su magnífico vestido.

—No sé —dijo— si he obrado con ligereza al hablaros de ese modo; hay ocasiones en que es muy fácil engañarse. ¿No es cierto, tía, que hay en el mundo semejanzas asombrosas?

La vieja movió la cabeza como si no le satisficiera esta explicación y repuso con cierta impaciencia:

—No seas tonta, niña; esa cara no es fácil confundirla con otras, aunque transcurran muchos años. Hay demasiada nobleza en su frente, demasiado fuego en sus ojos, para que esa frente y esos ojos pertenezcan a un oscuro mari-

nero. Preciso es que recojas tus recuerdos y me expliques eso. ¿Cuándo has visto por primera vez a ese mancebo?

—Pero, si no estoy segura...

—Basta que yo lo esté.

—Creéis pues...

—Creo que ese joven, de quien misteriosamente me acabas de hablar y el marinero que nos sirve hoy de guía, son una sóla y misma persona.

—¡De veras!

Y el semblante de la joven se iluminó con un rayo de suprema dicha, que no pasó inadvertido a los perspicaces ojos de la vieja.

—No lo dudes, niña, el disfraz es evidente; cuéntame, pues, esa historia, que debe ser curiosa.

—Al contrario, señora, es muy sencilla...

—Ah, tú crees... bien; nada importa, curiosa o sencilla, deseo conocerla. Veamos el secreto.

—Estáis equivocada, tía; en lo que voy a contaros no hay secreto alguno.

—Sea así, pero habla pronto.

—Os obedezco...

—Empieza.

—¿Os acordáis, señora, de aquel horroroso incendio que consumió en La Laguna la casa en que vivía? ¿Os acordáis de que yo entonces estuve expuesta a ser presa de las llamas y que sólo debí mi salvación al arrojamiento de un desconocido?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, querida tía, ese desconocido se parece mucho al marinero que conduce la litera.

—Comprendo.

—Ya veis que en todo esto no hay ningún misterio.

—¡Ya...! ¿Y no lo has vuelto a ver antes de esta tarde?

—Oh, sí, señora, lo he visto muchas veces.

—¡Dios nos tenga de su mano!

—Pero, cuando he deseado hablarle y repetirle de nuevo la expresión de mi eterna gratitud, ha desaparecido siempre, sin que nadie haya podido jamás darme noticias de su nombre y profesión.

—¿Y cuál era su vestido?

—Sencillo, rico y elegante.

—¿Y jamás te ha hablado?

—Jamás, señora.

—¿Y escrito?

La niña titubeó, porque sin duda era la primera vez que la idea de decir una mentira se presentaba a su imaginación. Sin embargo, hizo un esfuerzo y acordándose de la mirada suplicante del extranjero, contestó, como pudiera hacerlo el más hábil casuista:

—Nunca he visto su letra.

La vieja guardó silencio por algunos instantes y luego repuso:

—¿No recuerdas ninguna otra aventura que tenga relación con ese misterioso joven?

—Mi vida era muy retirada. Bien lo sabéis, señora.

—Eso no impedía que alguna dueña o sirviente pudiera llevar recados o billetes...

—Imposible, tía; tal proceder me hubiera ofendido, lejos de vuestra presencia. La voluntad de mis padres fue que vos eligiéseis el hombre que ha de ser mi esposo; la elección se hizo y desde aquel instante ya no me juzgué libre.

—Me complace oírte hablar así. Eres un modelo de virtud y obediencia. Esto no impide que me cause asombro la audacia de ese extranjero, que, con tal perseverancia, nos sigue hasta Canaria. Preciso será arrancarle su disfraz.

—¿Y si no fuera el mismo?

—Lo juraría.

La joven enmudeció, porque no encontraba razones bastante sólidas que oponer a la opinión de su tía, de que instintivamente participaba.

Al llegar a este momento el diálogo se interrumpió bruscamente por un fuerte sacudimiento de la litera, que, lanzando a la vieja de su asiento, la arrojó sobre el que ocupaba su sobrina, no sin que ambas prorrumpieran en un grito de espanto.

—¿Qué había sucedido?

Ya hemos dicho que la comitiva, alineada detrás de la litera, excepto las dueñas y el escudero que se habían quedado en el puerto hasta el día siguiente, seguía, en medio de la inundación, el camino que le trazara el misterioso aventurero.

Estaba ya próxima la ermita de Santa Catalina, que como hemos dicho antes se levantaba en aquella época a la entrada del istmo, pero en un sitio más elevado, cuando la

mula delantera, hundiéndose hasta las cinchas, comprometió con este movimiento la seguridad de las damas.

Inútil es decir que el capitán, lanzando su caballo hacia el lugar del peligro y en medio de espantosos juramentos, trató de vengarse del guía, atribuyendo aquella desgracia a su inexperiencia o mala fe; pero antes de que pudiera acercarse al joven, éste, con un movimiento que revelaba una fuerza y destreza poco comunes, obligó a la mula a salir del atolladero y, cambiando diestramente la dirección de la litera, la condujo sin más tropiezos al pie de las murallas de la ermita.

Satisfecho con este resultado, el enamorado viejo olvidó sus malos propósitos y se apresuró a abrir la portezuela, deseoso de tranquilizar a las damas, que, en brazos la una de la otra, creían encontrarse ya en medio de los mares.

Restablecida al fin la calma, tranquila la comitiva y seguros todos de llegar felizmente a la ciudad, doña Úrsula recordó con creciente desconfianza las revelaciones de su sobrina y, llamando a un lado a su hermano, le habló en secreto un breve rato.

El capitán, después de oírla con atención, montó a caballo y se alejó con prontitud en busca del guía. Pero como la noche había cerrado y el sitio donde estaban ofrecía algunos inconvenientes, el capitán, acosado por el asentista y viendo que eran inútiles todas sus pesquisas para encontrar al desconocido, dio orden de continuar la marcha, redoblando al mismo tiempo las precauciones, porque en el estado en que se hallaba la colonia no era difícil que una banda de forajidos bajase de los montes y tratara de asesinarlos en aquellos desiertos arenales.

Los soldados, pues, estrechando sus filas y preparando sus armas, se agruparon todos en torno de la litera, que, en silencio, emprendió de nuevo su viaje a Las Palmas.

VI.—EL BILLETE

A pesar de tan siniestras predicciones, la comitiva llegó sin el menor peligro a la ciudad, cuyas solitarias calles atravesó con rapidez, hasta llegar junto a la puerta de la casa de doña Úrsula, donde se hizo alto.

Se hallaba situada esta casa en el barrio, que, ya desde entonces, se llamaba de Vegueta y a orillas del riachuelo que cruza la población. Por el lugar que ocupaba, era su posición una de las más amenas y pintorescas de la naciente capital, dominándose desde sus ventanas y balcones el valle de San Roque, las vegas de San José y San Lázaro, la bahía, el puerto de La Luz y La Isleta, con sus cinco montañas de azulados reflejos.

La fachada no correspondía, sin embargo, a tan ventajosa situación, ni a las comodidades que se observaban en sus departamentos interiores, pues, según el gusto dominante de la época, se componía tan sólo de algunas aberturas desiguales, que mal pudiéramos llamar ventanas, diseminadas con suma economía y a caprichosas distancias en un lienzo de pared de treinta varas de largo por diez de alto.

Daba entrada a la casa un largo y oscuro portal, cerrado a todas horas con anchas y dobladas puertas, desde el cual se llegaba a un patio de colosales dimensiones, donde se elevaban todavía, majestuosas y esbeltas, algunas palmas, resto del bosque que cubría los alrededores del campamento español. Se subía a la izquierda por una escalera de anchos y descansados peldaños, en la que se habían prodigado hasta el exceso las más exquisitas maderas de la isla, desembocando luego en una galería de desmesurada extensión, que rodeaba los cuatro ángulos del patio.

Esta parte de la casa, a pesar de su buena luz, era sin embargo triste y sombría, si se comparaba con el departamento que miraba al norte y cuyas ventanas recibían los dulces perfumes de las flores y ofrecía la agradable vista de muchos árboles, que se extendían hasta las márgenes del Guiniguada.

A este sitio fue donde, después de una cena, cuyos honores hizo el asentista con su buen apetito y elevados conocimientos gastronómicos y a la que también asistió don

Pedro, se dirigieron doña Úrsula y su pupila, seguidas de las dueñas y doncellas, que la vieja señora destinaba al servicio de la huérfana.

Luego que ambas llegaron a un extenso salón abovedado, cuyo techo de talladas molduras parecía, a la escasa luz de las lámparas, más largo y más sombrío, doña Úrsula se detuvo, le dio un estrecho abrazo, le deseó una buena noche y, dejándola con las dueñas, se retiró a su aposento a descansar sin duda de las fatigas de tan penoso viaje.

Se quedó, pues, la joven acompañada sólo de las dos respetables matronas, que al principio de esta relación hemos visto sentadas a la orilla del arroyo, junto a la puerta de Triana, las cuales acababan de llegar del Puerto conducidas por el viejo escudero.

Hubo un momento de silencio, durante el cual miró con instintiva repugnancia los angulosos semblantes de las dueñas, que, a su vez, la examinaban con curiosidad. Se resolvió, al fin, a preguntarles donde estaba su dormitorio.

—Seguidnos, señorita— contestaron ambas, apoderándose con viveza de las lámparas que alumbraban débilmente el salón y dirigiéndose hacia el fondo, cuyo límite no permitía descubrir la oscuridad.

Una puerta ancha y baja con grotescas molduras, sobre la cual se destacaba sobre un fondo oscuro un cuadro, representando el martirio de San Lorenzo, se abrió al empuje de las dueñas, que, respetuosamente, se detuvieron, señalando a la huérfana el término de su viaje.

Isabel entró por la puerta que se le designaba y se encontró agradablemente sorprendida al verse en un pequeño dormitorio, adornado con cierta elegancia, desconocida hasta aquella fecha en la casa de doña Úrsula.

Una ancha y elevada cama se alzaba en el fondo; asientos, mesa y reclinatorio de severas formas se veían diseminados con cierta armonía por la pieza, cuyo suelo cubría una alfombra, mientras las paredes se hallaban ocultas por ricos tapices, representando asuntos bíblicos.

En un hueco, abierto expresamente en la pared, se alzaba un pequeño altar, donde la piedad de la respetable señora había colocado una Virgen de los Dolores, ante la cual ardía constantemente una lámpara. El aposento no tenía más huecos que una ventana y dos puertas, cerradas

en aquel momento, y que no se atrevió la joven a examinar, contentándose con echar una rápida ojeada sobre los diversos objetos que acabamos de describir. Se detuvo luego un instante y, dirigiéndose a las dueñas, que en pie, junto a la puerta, esperaban sus últimas órdenes, las despidió con un afectuoso movimiento de cabeza, manifestándoles que ya no las necesitaba.

—¿No duerme la señorita? —se atrevió a preguntar la más anciana, profundamente admirada de que así se las despidiera.

—Estoy acostumbrada a servirme por mí misma.

—De modo que...

—Podéis desde luego retiraros.

—Si algo necesitare la señorita, puede tocar el timbre que está sobre su velador. Nosotras dormimos en la cercana pieza y estaremos siempre dispuestas a acudir a la primera señal.

—Gracias.

Y la joven, acercándose a la puerta, la cerró tras las dueñas, que, haciendo profundas reverencias y pesarosas de tener un ama tan poco comunicativa, se retiraron murmurando a su aposento.

Al fin Isabel se encontró sola. Ya era tiempo. La pobre niña, rodeada de personas desconocidas que iban a ejercer sobre su destino una influencia tan decisiva, buscaba ansiosa la soledad y el silencio donde elevar a Dios sus oraciones y pedirle el valor y la resignación necesarias para conformarse con su triste suerte. Así, pues, no bien estuvo sola, cuando se dejó caer de rodillas junto al altar de la Virgen, cuya lámpara de dudosa luz iluminaba débilmente el dormitorio, y oró allí largo rato con religioso fervor.

Ya hemos dicho que Isabel había quedado huérfana desde sus más tiernos años, habiendo sido confiada su educación a la esposa del asentista, tanto por el cercano parentesco de ésta con los padres de la niña, como por sus austeras y ejemplares costumbres.

Aunque nacida en Canaria, la educación de Isabel se había perfeccionado en La Laguna, de donde doña Úrsula, celosa de la influencia que podrían ejercer sobre su pupila, acababa de traerla, fijando para siempre su destino con la elección definitiva de esposo.

Ahora bien, ¿la aflicción de la niña era el resultado de

algún recuerdo de familia, de alguna ausente amistad o de algún amor perdido? Difícil sería contestar a esta pregunta. Tal vez ella misma no lo supiera. Hay momentos en que se llora, sin que nos sea fácil analizar la causa de nuestras lágrimas; momentos en que el corazón se siente oprimido, sin que podamos adivinar la causa que sus latidos precipita. Entonces se llora y el llanto, como un rocío del cielo, viene a calmar nuestra amargura.

Isabel lloró y se sintió aliviada; su oración subió pura al cielo y allí, sin duda, fue atendida, porque una dulce serenidad se reflejó en su semblante. Se levantó del reclinatorio, recorrió con la vista el aposento y fue a sentarse en un ancho sillón de cuero, que se alzaba enfrente del nicho de la Virgen, permaneciendo entregada a una silenciosa meditación.

Transcurrió así una hora. ¿Qué pensamientos eran los que entonces la agitaban, que así olvidaba el cansancio del camino y la fatiga que debía experimentar su delicada organización después de tan penoso viaje? Lo ignoramos; pero sí podemos asegurar que eran de distinta naturaleza que los anteriores, porque sus ojos, nublados por el llanto, se iluminaron con un dulce resplandor y su pecho, antes agitado, se movía ahora con cadenciosa regularidad.

¿Qué sucedió luego?

La joven, después de dudar un momento, tendió con timidez una mirada investigadora a su alrededor, se alzó con lentitud, se acercó al nicho donde ardía la lámpara, desdobló temblando un pequeño pergamino oculto y enrollado en su pañuelo y leyó lo que sigue.

"Perdonad, Isabel, a un hombre que os es desconocido en vuestra existencia. En otro tiempo, cuando érais todavía una niña, conocí a vuestra madre y le juré en su lecho de muerte velar constantemente por vos. Para cumplir mi promesa os seguí a La Laguna y luego a Canaria, donde permaneceré invisible a vuestro lado, aunque dispuesto siempre a acudir en vuestro auxilio, si os amenazare el menor peligro. En todas ocasiones y cualquiera que éste sea, nada temáis, Isabel, porque estáis bajo mi protección. He sabido que, dentro de pocos días, vais a desposaros con el hermano de doña Úrsula; si ese matrimonio no os conviene y quisiérais romperlo, llamadme desde luego que yo sabré deshacerlo y devolveros vuestra completa libertad. No os asustéis, no; es un hermano que acude al

socorro de su hermana; porque nosotros, Isabel, somos hermanos por el aislamiento, por la orfandad, por el dolor. Tened confianza en mí; confianza ilimitada. Cuando el llanto os ahogue, cuando la angustia oprima vuestro corazón, abrid el nicho de esa Virgen que tenéis en vuestro dormitorio, alargad la mano y encontraréis en el fondo un cordoncillo; tirad de él sin vacilar y, cualquiera que sea la hora en que esa señal me indique vuestro deseo, me encontraréis al momento a vuestro lado. Desde este instante podéis estar tranquila; el porvenir os pertenece."

Fácil es comprender cual sería la sorpresa que esta carta singular produciría en el ánimo de la joven.

Impresionada vivamente por la protección invisible de que era objeto, asustada con el agente misterioso que velaba por su existencia y porvenir y dispuesta a creer, según las preocupaciones de la época, en un poder terrible y sobrenatural que pondría en peligro la salvación de su alma, sintió correr por sus venas un frío glacial, que paralizó todos sus movimientos. De pie, pálida y convulsa, miró alternativamente las dos puertas, esperando ver, por momentos, aparecer en el umbral la figura de su desconocido protector.

Solemne era el silencio que en toda la casa reinaba; se oía sólo a intervalos el ruido de las palmas que el viento agitaba en el jardín con sacudimientos desiguales y el monótono caer del agua, que en las fuentes desbordaba para correr luego al mar por el cauce del barranco. Excepto estos sonidos que hacían la soledad más misteriosa, el aislamiento era completo. La noche, con su austera solemnidad, parecía pesar sobre el oscuro aposento. Sus sombras medrosas, que crecían y menguaban al resplandor oscilante de la lámpara, presentando los muebles con fantásticas formas y dando a las figuras del tapiz dimensiones colosales, eran bastante para inspirar un terror profundo a un corazón menos decidido y para arredrar la voluntad más firme y la más enérgica resolución.

Presas de estas emociones, sin valor para combatir las, con el pergamino en una mano y la vista extraviada, la huérfana continuaba siempre en pie, semejante a una hermosa estatua, que reprodujera exactamente la imagen del terror.

Su angustia, pues, crecía por momentos y, sin atreverse a dar un sólo paso para llamar a las dueñas, ni con

fuerzas para moverse de aquel sitio, sus ojos, casi cerrados por el miedo, se fijaron casualmente en el semblante de la Virgen, que, sonriendo, parecía dirigirle en aquellos momentos una mirada compasiva y protectora; entonces, cayendo de rodillas, cruzó sus manos con santa resignación y oró de nuevo fervorosamente, implorando el auxilio de aquella, que, desde el cielo, la miraba con indulgente benignidad.

La oración, sin duda, le devolvió el sosiego, porque al levantarse su mirada era más firme y su andar más seguro.

Se dirigió luego a las puertas, recorrió varias veces y en todas direcciones el dormitorio y, abriendo otra vez el billete, tornó a leerlo con lentitud y como si procurara adivinar el sentido oculto de cada frase.

Esta segunda lectura produjo en ella un efecto contrario al que esperaba. Las palabras que antes la habían intimidado, le parecieron ahora respetuosas; el nombre de su madre, invocado con tanta oportunidad, le inspiró confianza; y ya que como fieles narradores debemos decir siempre la verdad, añadiremos que no era extraño a este cambio el recuerdo del gallardo marinero.

Si el misterio que lo rodeaba podía inspirar sospechas en otras circunstancias y a personas de mayor experiencia, la joven vio en ese misterio un nuevo y más poderoso motivo de tranquilizar su espíritu, halagando su orgullo de mujer. Además, ¿qué podía temer de un hombre que, con tanta abnegación, le había salvado la vida y que ahora le ofrecía una libertad completa para disponer del porvenir?

Estas ideas cruzaron rápidas y confusas por su exaltada imaginación.

Nada debía ya temer; velaba por ella un amigo de su madre y la Virgen la acompañaba desde su solitario nicho, tendiéndole su invisible protección.

Podía, pues, dormir tranquila.

Un pensamiento, sin embargo, la inquietaba; ¿sería cierto lo que en su carta aseguraba el desconocido? ¿Existiría en el sitio designado el mágico cordoncillo que atestiguaba su poder?

Fácil era averiguarlo, pero la joven temió en aquel momento que su corazón volviera a flaquear y, dejando para el día siguiente la solución de este enigma, se dirigió

al lecho y se acostó enseguida, quedando al poco tiempo entregada a un profundo y agitado sueño, que nadie vino, sin embargo, a interrumpir.

VII.—LA APARICION.

Algunos días han pasado desde aquel en que han tenido lugar los acontecimientos que hemos referido en nuestros capítulos anteriores.

Doña Úrsula, a pesar de su rígido carácter y de sus austeras costumbres, ha consentido en abrir sus salones a los parientes y amigos, que desean felicitar y conocer a la futura desposada.

Inútil será observar que, concedido el permiso, la curiosidad, tan poderosa en las pequeñas poblaciones, ha tenido constantemente asediada la casa, repitiéndose las visitas de la mejor sociedad de Las Palmas sin interrupción alguna. Las jóvenes envidian la hermosura de Isabel y procuran atribuirle defectos que no tiene; los mancebos quisieran arrancarle su buena suerte a don Pedro y se afanan por ridiculizarlo a los ojos de la huérfana.

Por algunos días el combate ha sido encarnizado; miradas, señas, billetes, serenatas, todo se ha puesto en juego para triunfar de la indiferencia de la joven y de la astucia de la vieja; pero estos ataques, conducidos con mayor o menor habilidad, han venido a estrellarse ante la maquiavélica diplomacia de doña Úrsula. Con una constancia a toda prueba, con una tenacidad admirable, la vieja señora, sin dar a conocer que trata de vigilar a su pupila, no se aparta un sólo momento de su lado.

Las miradas y las señas amorosas las traduce al oído de la joven por galanterías despreciables, propias sólo de la corrupción del siglo o, hablando su místico lenguaje, por lazos de Satanás. Los billetes son todos interceptados antes de llegar a su destino; y en cuanto a las serenatas desde luego debe suponerse que no puede oírlas Isabel, durmiendo en el apartado aposento que ya hemos descrito a nuestros lectores.

Ahora bien, escudado con semejante centinela, el viejo capitán ha creído que puede descansar tranquilo en la vigilancia de su hermana y en la palabra de la joven, fiel a las prescripciones de su difunta madre. Por esto ha visto sin cólera y sin celos el himno de alabanzas que, en torno a su futura esposa, han entonado todas las familias de la naciente capital.

Preciso es, sin embargo, añadir que además de las cau-

sas ya indicadas hay una muy poderosa que ha contribuido, más que ninguna otra, a tranquilizarlo y a hacer que mire con desprecio las insinuaciones amorosas de la juventud isleña; y es la profunda indiferencia con que Isabel ha recibido estas galanterías; indiferencia que todos han podido observar, que ha desalentado a los más audaces y que ha llenado de júbilo el corazón del apasionado caballero.

Paulatinamente, las austeras costumbres de la casa, trastornadas por la llegada de la joven, han vuelto a recobrar su imperio; las reuniones han disminuido y los galanes, cansados de su inútil insistencia, van dejando el campo libre al afortunado capitán.

Este es el momento en que los dos hermanos, de acuerdo entre sí, porque el asentista no ha querido intervenir en el asunto, señalan el día de la boda, que ha de celebrarse sin fausto ni pompa alguna en el castillo de Gando, fortaleza situada a cinco leguas de la ciudad y de la cual es castellano el mismo don Pedro.

Arreglado todo en esta forma y obtenido el consentimiento de la huérfana, Carvajal deja la población y se traslada a Gando, donde se ocupa con afán en disponer lo necesario para recibir dignamente a la que ha de llevar en breve el apellido de sus abuelos.

Tranquilos y monótonos corren en tanto los días en la pacífica población, sin que ningún incidente haya llegado a turbar la quietud de que disfrutaban sus moradores.

El rumor de nuevas excursiones emprendidas por las bandas de canarios insurrectos, que aún existen en algunos sitios escarpados de las cumbres, se han ido poco a poco desvaneciendo.

Nada anuncia su presencia ni la del temido Benartemi, cuya reaparición en los montes de Canaria se hubiera, sin duda, revelado por alguna empresa arriesgada y feliz sobre los indefensos pueblos del interior. De consiguiente, hasta los más suspicaces deponen todo miedo, se entregan confiados a sus diarias ocupaciones, sin cuidarse de otro asunto que de aquel que les presta en abundancia, como pasto a sus murmuraciones, los preparativos de la boda anunciada.

Entretanto, ¿qué pensamientos agitan el alma de Isabel?

Entregada sin defensa a las interesadas sugerencias de

doña Úrsula, sin conocimiento del mundo, sin familia y sin amigos, ligada por una palabra imprudente de su difunta madre a la voluntad caprichosa de su tutora, ¿accederá con gusto al enlace desigual que se le ofrece? ¿No se rebelará su corazón de niña ante el negro porvenir que le aguarda? ¿El acartonado semblante de su futuro, presente a todas horas a su imaginación, no despertará por un momento su energía inspirándole alguna idea salvadora?

Veámoslo.

Conduciremos de nuevo a nuestros lectores al dormitorio de la hermosa joven; a aquel mismo aposento en donde la hemos visto la noche de su llegada, poseída de una inquietud devoradora implorar de rodillas el auxilio de la Virgen.

También ahora es de noche y precisamente es la misma que precede al día en que se ha de verificar el viaje de toda la familia a Gando.

Pocas horas la separan de aquella en que va a decidirse para siempre su destino.

El aposento, descrito anteriormente, se halla alumbrado en esta ocasión por la misma temblorosa lámpara, que arde de continuo en el nicho de la Virgen; pero hay, además, otra luz que lucha con ésta por iluminar el dormitorio; esa luz es la de la luna, que penetra por una ventana, abierta sobre el jardín de la casa, situada, como ya sabemos, a orillas del Guiniguada.

La joven se apoya, en el momento en que la presentamos a nuestros lectores, en el alféizar de la ventana, medio inclinada hacia el jardín, en una actitud de gracia y abandono, con la mano izquierda en la mejilla y la derecha descansando en los almohadones, que suavizan la aspereza del borde de la barandilla. De vez en cuando, sus negros ojos, en los que brillan como perlas algunas lágrimas, se elevan al cielo, fijándose con una expresión de melancolía indecible en el plateado disco de la luna, que, sin nubes, recorre majestuosamente la azulada bóveda indiferente a todas nuestras miserias.

Su semblante revela, desde luego, el dolor que oprime su corazón.

Ahora que sola y sin testigos puede dar rienda suelta a su llanto; ahora que sola y en silencio puede dirigir al cielo su oración, busca en otra parte un consuelo a sus

pesares, un remedio al terrible porvenir que le espera. ¿Es así como una joven aguarda el día venturoso de sus bodas?

A este recuerdo, que cruza punzante por la mente de Isabel, su palidez aumenta, sus lágrimas corren con más abundancia, su cuerpo tiembla como débil junco y sus labios murmuran de nuevo una oración, que la brisa recoge anhelante en sus alas perfumadas para elevarla con cariño al cielo.

La pobre niña, sin parientes, sin amigos, sola en un mundo que le es desconocido, no encuentra un corazón en quien depositar su confianza. Sus gratos ensueños, sus hermosas ilusiones han desaparecido al soplo helado que parece desprenderse de aquella casa; su dulce sonrisa, su infantil alegría, han sido ahuyentadas por la adusta mirada de la vieja tutora. ¿Dónde refugiarse?

En vano ha implorado un día y otro día la protección de la Virgen; en vano ha llamado en su auxilio esa virtud que llaman resignación; la memoria de su madre, el cumplimiento de sus deberes: estos recuerdos tan sagrados para ella se desvanecen ante la inmensidad del sacrificio, que está obligada a consumar.

Por algún tiempo ha esperado con la perseverancia propia de un condenado a muerte, que aguarda a cada instante su perdón, a que cualquier acontecimiento, feliz o desgraciado, venga a interrumpir la monótona regularidad de los días y retardar el plazo de su viaje. Pero esta esperanza, que hasta aquel día la ha sostenido, se desvanece también al llegar la noche.

Pocas horas la separan, pues, de aquella en que, obediendo a doña Úrsula, ha de seguirla al castillo de Gando. Este pensamiento, presente siempre a la imaginación en toda su odiosa realidad, le da fuerzas para tomar al fin una resolución suprema, único recurso que le resta en su angustiada situación.

Con paso firme y seguro se dirige al sitio donde se encuentra la venerada imagen de los Dolores, se inclina un momento ante ella e implora en voz baja su protección. Enseguida, enjugando sus lágrimas y conteniendo con una mano los latidos de su corazón, introduce la otra en el nicho y, apoderándose de un cordoncillo que en sus profundidades se oculta, tira de él con febril exaltación y cae de rodillas, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Un largo silencio sucede a este movimiento, durante el cual puede escucharse su agitada respiración, parecida casi a un sollozo.

De pronto se oye a lo lejos un débil ruido; el entarimado cruje débilmente al través de las macizas paredes; suenan débilmente unos pasos que se acercan con creciente rapidez; la puerta del aposento se abre sin ruido y el desconocido y apuesto marino aparece en el umbral.

VIII.—LA PROMESA.

Imóvil como una estatua, Isabel no había cambiado de posición. De rodillas y con el rostro oculto entre sus manos temblorosas, sentía, sin verla, la mirada ardiente de su incógnito protector.

Una timidez invencible, cuya causa en su inocencia ignoraba, la retenía clavada en aquel sitio, sin dejarle fuerzas para levantarse e invocar el auxilio que, en un momento de suprema angustia, había creído fácil implorar.

Sin embargo, preciso era vencer aquella timidez que la impedía asirse al único apoyo que, en el naufragio de todas sus ilusiones, se le presentaba. De su serenidad iba a depender tal vez su dicha futura.

Entretanto, el misterioso personaje, que de aquella manera casi sobrenatural se le aparecía vestido modestamente al uso del país, sin armas, capa ni sombrero y como si estuviera en su casa, permanecía en el dintel, contemplándola en silencio.

Una sonrisa triste y fugitiva iluminaba su pálido semblante, en el que se reflejaba un alma fuerte y varonil.

Después de unos cortos instantes de muda indecisión, sacudiendo la cabeza como si quisiera desechar tristes recuerdos, avanzó lentamente hacia la joven y, deteniéndose a su lado, le dijo con acento armonioso, pausado y solemne:

—Nada temáis, Isabel. La persona que os habéis dignado llamar está ahora en vuestra presencia, dispuesta a obedeceros como el más sumiso de todos los esclavos. No os intimide el medio extraño que he elegido para acercarme a vos, ni me atribuyáis poderes sobrenaturales de que absolutamente carezco; suponed más bien que, no teniendo amigos en la casa y siéndome hostiles sus dueños, he adoptado este medio como único recurso para hablaros y ofreceros el auxilio eficaz y desinteresado de mi respetuosa amistad.

Más tranquila la joven al oír el simpático acento de aquella voz, que tantos recuerdos traía a su memoria, alzó del suelo su vista y, fijando por la primera vez sus ojos sobre el varonil semblante de su extraño protector, le respondió con acento conmovido:

—Perdonad mi atrevimiento... a nadie conozco aquí... me encuentro sola, aislada, sin un amigo a quien pedir consejo y acudo a vos, no sólo porque me habéis salvado la vida con generosa abnegación, sino porque habéis oído las últimas palabras de mi madre y vuestra presencia me tranquiliza, como el santo recuerdo de ella.

—Tenéis razón, Isabel, vuestra pobre madre, al morir, me legó el cuidado de velar por vuestra felicidad y, desde entonces, aunque niño, no dejé un sólo instante de tener presente tan sagrada promesa.

—¿La habéis conocido?

—Venid... sentaos junto a esta ventana, silenciosa testigo de vuestras oraciones y todo lo sabréis. De hoy más, vivid sin temor; soy bastante fuerte para aniquilar a esos despreciables enemigos, que tan cobardemente se complacen en atormentaros. Venid, Isabel, el porvenir es vuestro.

La joven, muda de asombro, obedeció sin vacilar, dejándose conducir hacia un sillón, de alto y tallado respaldo, que se hallaba colocado junto a la ventana.

Se sentó allí, dejando vagar su mirada atónita y vacilante sobre las oscuras copas de los árboles, que se balanceaban con suave murmullo al leve movimiento de la brisa, mientras la luna derramaba su blanca claridad sobre su angélico semblante, dándole los contornos vaporosos e indecisos de una aparición sobrenatural.

El desconocido, en tanto, permanecía respetuosamente en pie, apoyado en el respaldo del asiento. Su actitud revelaba silenciosa adoración. Se adivinaba en sus ojos, fijos con reprimida emoción sobre la inclinada frente de la joven, la incansable solicitud de un padre, la ciega sumisión del esclavo, la irreflexiva idolatría del amante.

Hubo un momento de solemne silencio. Isabel miraba las estrellas, el desconocido a Isabel.

Entretanto, la noche avanzaba con todos los encantos de una verdadera noche tropical. Brillaba la luna sin nubes en el transparente azul y la brisa, tibia y perfumada con los aromas del jardín, penetraba por la entreabierta ventana, saturando de voluptuosas esencias la atmósfera del dormitorio. Todo hablaba de amor con ese lenguaje eterno de la naturaleza, que inflama los sentidos y embriaga el corazón.

El desconocido fue el primero que rompió tan dulce silencio:

—Vuestra situación me es conocida —dijo con la intención sin duda de ahorrarle a la joven una confesión penosa—. Sé que no sois feliz y que no esperáis serlo en lo sucesivo. El esposo que os destinan no es digno de vuestro amor y respeto y, aunque habéis luchado contra esa repugnancia instintiva con todo el valor que podía inspiraros la postrera recomendación de vuestra madre, el corazón, rebelde siempre, os ha negado la victoria. Ahora bien, ¿debéis en cumplimiento de aquella promesa uniros a un hombre a quien no amáis? Tal es el problema que venís debatiendo con vos misma desde vuestra llegada a esta ciudad y para cuya solución os habéis dignado consultarme, ¿no es verdad?

La admiración de la joven había crecido al escuchar estas palabras. Aquel hombre extraordinario no sólo velaba por su existencia, siguiéndola invisible a todas partes, sino que también adivinaba con una exactitud asombrosa sus más ocultos pensamientos.

Sin que ella misma pudiera darse cuenta de lo que pasaba en aquellos momentos en su alma, es lo cierto que el misterioso desconocido ejercía sobre ella una fascinación poderosa e irresistible.

La belleza varonil de su semblante, el encanto de su voz y la respetuosa franqueza de sus palabras, producían simultáneamente su mágico efecto sobre la delicada organización de la huérfana, colocada por la misma fuerza de las circunstancias en una situación enteramente excepcional, que hacía más decisiva aquella influencia. No era posible, pues, sustraerse a ella, aún cuando semejante idea hubiera cruzado su sobreexcitada imaginación.

Además, entre la dura alternativa de casarse con don Pedro o de oír al hombre, que de una manera tan extraordinaria la había hecho entrever la posibilidad de romper aquel compromiso, no dudaba ni podía dudar. Lo escuchaba, por consiguiente, conmovida y agitada, pero sin que su presencia le produjese temor ni desconfianza. Le parecía que no era un extraño para ella, sino que, en otra época que apenas recordaba, lo había visto a su lado, velando su sueño de niña y dirigiéndole dulces palabras de amor.

Fuese ilusión o realidad, fascinación o simpatía, la joven tornó sus bellos ojos hacia el incógnito marino y, con aquella confianza que sólo puede inspirar un padre cariñoso e indulgente, le contestó:

—Adivináis, señor, mi pensamiento. No amo a don Pedro Carvajal, como se debe amar a un esposo. Si me preguntáis ahora en que consiste esta repugnancia os diré sencillamente que lo ignoro.

—No necesitamos indagar sus causas —le contestó el joven, procurando siempre evitar a la huérfana toda sensación penosa—; desde luego se comprende que, cualesquiera que ellas sean, ese enlace no puede hacer vuestra felicidad.

Un suspiro fue la contestación de Isabel; su protector continuó:

—Y por consiguiente preciso es que no se verifique.

—¿Y cómo evitarlo? Mi palabra está empeñada y doña Úrsula, recordándome la promesa de mi madre, me exige su cumplimiento.

—Decidle entonces con todo el respeto posible, pero con la energía y franqueza propias de vuestro carácter leal, que no amáis a su hermano, ni os encontráis con fuerzas para hacer su felicidad.

—Cuando me he atrevido a llamaros, debéis suponer que todos mis recursos están agotados.

—¡Ya! Le habéis dicho...

—Que no amo a don Pedro, ni quiero ser su esposa.

—¿Y qué contestó?

—Que el amor no era necesario a mi dicha, porque es una pasión infernal que provoca Satanás como medio infalible de perder las almas.

—¿Y no os intimida esa amenaza?

—¿Y por qué me ha de intimidar? Yo no amo a nadie con esa pasión desenfrenada y culpable de que habla doña Úrsula y, si algún día amara, mi amor sería justo y legítimo como el de toda mujer honrada.

—Tenéis razón, Isabel, vuestro corazón es noble y digno como el de vuestra madre.

—Habladme de ella, ¿la habéis conocido?

—Era muy niño cuando ella murió. Sin embargo, recuerdo sus últimos momentos. Tenía yo entonces catorce años y me llamó a su lado antes de expirar.

—Luego, ¿os conocía?

—No personalmente; pero sabía mi nombre de familia y quiso conocerme. Los que entonces me servían de padres, porque yo también soy huérfano —añadió con un suspiro—, me condujeron secretamente a su lado y allí

pude recoger su postrera recomendación. Allí os vi tranquilamente dormida sobre lujosa cuna y allí, a pesar de mis pocos años, juré consagrarme a hacer vuestra felicidad en cuanto pudiera depender de humanas fuerzas.

—¿Perteneceís a mi familia? —preguntó la joven con mal disimulada ansiedad.

—Esperad todavía algunas horas y ese secreto, que me pertenece exclusivamente, os será por mí mismo revelado. Entonces sabréis mi verdadero nombre.

—Pero ya no estaré aquí —exclamó Isabel con un acento involuntario de tristeza, que iluminó con un rayo de satisfacción el semblante del desconocido.

—No importa; sea cual fuere el lugar en donde estéis, allí estaré yo.

—¿Y doña Úrsula?

—Será impotente entonces y se doblegará ante vuestra decidida voluntad.

—¡Imposible!

El joven se sonrió y, dejando el sitio que ocupaba en el respaldo del sillón, vino a colocarse junto a Isabel, casi a sus pies, y con una voz en que se revelaba una profunda emoción vivamente contenida le dijo:

—Escuchad mis palabras y grabadlas bien en la memoria. Ese matrimonio no se efectuará. No puedo en este momento revelaros los medios que he de emplear para conseguirlo, pero os juro que serán vigorosos y decisivos. No os opongáis al viaje proyectado; seguid a vuestra tía hasta el castillo de Gando y esperad tranquila los acontecimientos.

—Esperaré.

—No será por mucho tiempo, Isabel. Yo me encargo de abreviar el plazo. Ahora dormid sin temor; nadie vendrá a interrumpir vuestro sueño.

—¿Os vais?

—Quisiera no separarme jamás de vuestro lado, porque sólo en esos rápidos instantes he conocido la verdadera felicidad.

La joven se sonrojó, bajó los ojos y contestó con acento conmovido:

—Ya que sois feliz, no os alejéis... Vuestra presencia me tranquiliza y me hace también dichosa.

—Gracias, Isabel —replicó el desconocido pálido de emoción—; el recuerdo de vuestro cariño es la mayor

recompensa que espero en este mundo.

Y como si hubiese dicho más de lo que a su parecer debiera, se dirigió a la puerta, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo para apartarse de aquel sitio.

La voz de Isabel lo detuvo de nuevo, cuando ya tocaba el umbral.

—Un último favor y os viviré enteramente reconocida.

El marino tornó a fijar sus ojos en aquella niña encantadora, cuya poderosa atracción le era imposible dominar y se detuvo sin atreverse a responderle. Parecía absorto en una muda contemplación, que a la vez embarcaba su voz y sus sentidos.

—Desearía —continuó ella con tímido acento— saber vuestro nombre para unirlo al de mi madre en todas mis oraciones.

El desconocido titubeó un momento, como si dudara concederle tan sencilla gracia, y avanzando luego con rapidez y tomándole una mano que ella le abandonó sin resistencia, la llevó a sus labios y pronunció en voz baja el nombre de Fernando. Enseguida retrocedió y, sin atreverse a volver atrás la vista, desapareció por la puerta del salón, perdiéndose a lo lejos el eco de sus pasos.

IX.—LA EMBOSCADA.

Todo está en movimiento desde el amanecer del siguiente día en la casa de doña Úrsula. Los esclavos y criados arreglan el equipaje y el asentista, que ha permanecido en la ciudad para acompañar a su esposa y a su pupila, reúne la escolta que el gobernador de la isla le ha ofrecido con el objeto de garantizarles de toda sorpresa, si por desgracia se realizan los vagos rumores que circulan relativos a la aparición de Benartemi.

El viaje debe emprenderse al mediodía, pues se calcula con razón que la comitiva se encuentre antes de anochecer en las playas de Gando, a pesar de lo escabroso del camino y del pesado movimiento de la litera.

Doña Úrsula corre con afán de un lado a otro, activando e inspeccionándolo todo; abre cien veces los baúles, examina de nuevo su contenido y riñe a la menor omisión que en ellos advierte. Sin embargo, su principal atención se dirige siempre al aposento que ocupa su pupila, en el cual penetra con frecuencia, no porque sospeche la oposición que se prepara a sus planes, sino por el gusto de ejercer su suspicaz vigilancia.

Nada advierte, empero, que le haga temer un cambio perjudicial a sus proyectos; la joven permanece resignada y tranquila, más bien absorta en su propio pensamiento, que preocupada con la agitación que la rodea. Indiferente a todo, ve cruzar a las dueñas por su aposento, oye la voz estridente de doña Úrsula, escucha sus pasos que de vez en cuando llegan hasta la puerta del dormitorio, pero nada de esto la conmueve, nada consigue arrancarla a su cavilosa distracción.

Por fin, la misma doña Úrsula viene a anunciarle que todo se halla preparado y que sólo se aguarda por ella para emprender el viaje; a cuyas palabras la joven se levanta con precipitación y, lejos de manifestar en su semblante la emoción que la domina, se dispone casi alegremente a seguirla.

En aquel momento el patio principal de la casa ofrecía a la vista del espectador un cuadro lleno de vida y movimiento. Una vistosa comitiva de jóvenes españoles, hijos de los principales fundadores de la colonia, deudos y amigos de ambas familias, montados en briosos corceles,

esperaban la llegada de la novia para saludarla y ofrecerle sus respetos. A otro lado, los sirvientes y dueñas se alineaban en torno de las acémilas, que llevaban el equipaje, formando el bagaje de este pequeño ejército; mientras en la calle daba el asentista sus últimas órdenes, cabalgando con aire marcial en su viejo caballo de batalla, a los veinte ballesteros que componían la escolta.

La joven bajó al fin acompañada de doña Úrsula al sitio donde la esperaba la litera, siendo su presencia anunciada por un murmullo de admiración, que brotó espontáneamente de los labios de la noble comitiva. La saludaron todos los concurrentes con afectuosa deferencia, a pesar de que entre ellos se contaban muchos de los que se habían visto desairados en sus pretensiones amorosas; pero el sentimiento de su derrota no los podía obligar a ser injustos con una mujer tan hermosa.

En general, todos atribuían la sumisión de la joven a la influencia de su religiosa educación, dirigida y vigilada por la austeridad y rigidez de doña Úrsula y casi se hallaban más dispuestos a compadecer su suerte que a censurar su indiferencia.

Cambiados los primeros saludos, la comitiva se ordenó, saliendo a la ancha plazuela que se extendía entonces enfrente de la casa señorial. Reunidos allí, don Gonzalo dispuso que marchasen al frente seis ballesteros como exploradores, que a éstos siguieran luego las acémilas con el equipaje, conducido y vigilado por numerosos sirvientes armados de espadas, mosquetes y partesanas, viniendo enseguida la litera, escoltada por otros seis ballesteros y, cerrando la marcha, el mismo don Gonzalo a la cabeza de los ocho restantes.

Los jóvenes que habían acudido a saludar a la desposada y que deseaban acompañarla hasta Jinámar o Telde se formaron en alas en torno de la litera, que podía en aquel momento considerarse como el paladium de aquel pequeño ejército.

Se había determinado con anticipación que el viaje se verificara por el Monte Lentiscal, bajando en dirección del Pico de Bandama hacia el valle de Jinámar y penetrando luego en las deliciosas vegas de Telde.

Creemos inútil advertir a nuestros lectores que el aspecto del país era entonces salvaje e imponente. Una vigorosa vegetación cubría los valles y las montañas, de-

jando apenas entre los zarzales una estrecha senda que hacía toda comunicación peligrosa y difícil. El camino desde la capital a Telde, siguiendo la orilla del mar, no existía en aquel tiempo, de modo que la dirección convenida era la que presentaba mayores probabilidades de buen éxito. Por todas partes se veían grupos de palmas colosales, de frondosas higueras y hermosos dragos y al subir la meseta de Tafira un bosque inmenso de lentiscos, que se extendía hasta perderse de vista.

La comitiva no encontró serias dificultades sino al descender a Jinámar, pues el camino que daba entrada al valle tenía que costear una montaña en toda su salvaje aspereza; por fin este paso se venció a fuerza de trabajo y perseverancia y penetraron todos en un camino abierto sobre la lava de un antiguo volcán, que el tiempo había cambiado en menuda arena. Después de una hora de rápida marcha se descubrieron las fértiles llanuras de Telde, donde algunos nobles conquistadores habían fijado su residencia, seducidos por la fertilidad del suelo y la abundancia y pureza de las aguas. En este naciente pueblo, cuyos terrenos se estaban desmontando, se veían ya algunas propiedades plantadas de caña de azúcar, preciosa planta que conducida desde Canaria a la isla de Santo Domingo, constituye hoy la principal riqueza de las Antillas. Allí hizo alto la comitiva, separándose para volver a la ciudad los jóvenes, que, con la esperanza de ver a la hermosa huérfana, habían seguido fielmente la litera.

Después de recibir las felicitaciones y obsequios de los nobles deudos, que la familia de Carvajal tenía entonces en Telde, y de haberse informado el asentista del camino más seguro que podía seguir para dirigirse a Gando, volvió a ordenar su escolta y, tomando un guía que le había eficazmente recomendado uno de sus amigos como conocedor y práctico en el terreno, se emprendió de nuevo la marcha, esperando llegar antes de cerrar la noche a la costa, donde se levantaba y se levanta aún aquella fortaleza.

Al salir de Telde, el país cambiaba súbitamente de aspecto; a la vegetación tropical, que cubría los valles de Tafira y Telde, sucedió una llanura, cortada a trechos por pequeños barrancos de seco cauce en aquella estación y en la que sólo se descubrían raquíticos arbustos y espesos zarzales. A lo lejos, y reflejando los últimos rayos del sol

poniente, brillaba el mar como un océano de llamas, destacándose sobre el puro azul del cielo y a dos leguas escasas el promontorio que forma la célebre rada de Gando.

Según las instrucciones del guía, se había preferido una senda que, alejándose del mar se aproximaba a las montañas y la cual, aunque de difícil acceso, como todos los caminos que entonces y ahora cruzan la isla, presentaba menos dificultades para la conducción de la litera. A veces, sin embargo, era el paso tan estrecho que doña Úrsula y la joven preferían atravesar a pie aquellas profundas hondonadas y empinados cerros, apoyándose en el brazo del asentista, que, con el mayor cuidado, velaba por su pupila, a quien ya profesaba un cariño verdaderamente paternal.

El camino, entretanto, se prolongaba indefinidamente, pues, aunque a cada vuelta parecía que se aproximaba a Gando, las continuas sinuosidades del sendero y la dificultad de algunos pasos retardaban siempre la marcha.

Por fin llegó la noche, oscura y fría como noche de invierno. Ni una estrella brillaba en el cielo, ni una luz alumbraba el áspero camino; la brisa azotaba los arbustos, silbando con furia por entre sus secas ramas, mientras a lo lejos se oía el sordo rugido del mar, estrellándose violento sobre las rocas de la costa.

La comitiva no observaba ya orden alguno en su marcha; los soldados, cansados de tan largo viaje y fatigados con el peso de sus armas, se habían dividido en grupos aislados, que seguían instintivamente la misma senda, sin cuidarse de los peligros que pudieran encontrar en su camino.

Como esta senda era angosta y poco trillada, tenían que marchar de dos en dos, formando una larga fila, que serpenteaba al capricho del terreno, ocupando un espacio considerable.

Ninguna voz de mando se hubiera podido hacer oír en aquel momento, ni menos organizar un buen sistema de defensa, si por desgracia se presentaba el enemigo. La confusión más completa dominaba en la pequeña escolta. Felizmente ningún temor embargaba el ánimo de los soldados. La tranquilidad de que hacía dos años disfrutaba la colonia, la noticia de la muerte de Benartemi, confirmada por el silencio de sus partidarios, y especialmente la proximidad del fuerte de Gando, cuya numerosa guar-

nición tenía siempre a raya las excursiones de los indígenas, contribuían a tranquilizar a todos, haciéndoles desear el término del viaje, no por el temor de una sorpresa, sino por el placer del descanso.

Conducidos siempre por el guía, de cuyos conocimientos topográficos principiaba ya a dudar el asentista, penetraron por último los viajeros en el lóbrego y profundo cauce de un barranco, sembrado de gruesas piedras, entre las que se alzaba alguna vieja higuera, cuyos descarnados brazos sin hojas cruzaban la oscura senda.

En este sitio fue imposible la conducción de la litera; las mulas no podían seguir, uncidas como estaban a aquel pesado vehículo. Necesario era, pues, abandonarla en el fondo del barranco hasta el día siguiente, en que los mozos, dirigidos por el mismo guía, viniesen desde Gando a llevarla. Así lo dispuso brevemente don Gonzalo, resignándose a ver a las damas continuar a pie por aquella peligrosa senda, sin poder prestarles el menor auxilio. Doña Úrsula estaba desesperada, atribuyendo a perfidia o incapacidad del guía el conflicto en que se hallaban, mientras Isabel, silenciosa y meditabunda, daba el brazo a su tutora, contenta tal vez de que así se retardara algunas horas su llegada al castillo.

De pronto, en el silencio y oscuridad de la noche, se oyó a lo lejos un rumor extraño; parecía los gritos ahogados de muchas personas que luchan entre sí y el confuso choque de las armas, que se cruzan en medio del furor de una batalla. Pero todo esto llegaba a los viajeros, que marchaban en el centro de la columna, como un sonido vago, indefinido, mezclado a intervalos con el lejano ruido del mar y el silbido continuo del viento.

Sin embargo, don Gonzalo, justamente alarmado de encontrarse después de tantas horas de marcha perdido en aquel oscuro desfiladero, separado de su escolta y oyendo a lo lejos aquel rumor sospechoso, que podía muy bien atribuirse al estruendo de una batalla, creyó obrar con prudencia haciendo alto en aquel sitio y enviando exploradores que le trajesen al guía y reuniesen sus diseminados ballesteros.

Llevaba consigo en aquel momento seis de los ocho que componían la retaguardia, mandados por el mismo cabo Fernández, que ya hemos conocido en el puerto de La Luz y en cuyo denuedo y bizarría podía tranquilamen-

te confiar.

Hizo, pues, que se sentaran las señoras sobre unas piedras que a la margen izquierda del arroyo se elevaban y que podían protegerlas en caso de ataque; formó a su alrededor a los soldados y, enviando a Nuño de explorador, esperó lleno de zozobra el resultado.

X.—UN PROTECTOR.

El más profundo silencio sucedió a la desaparición de Nuño.

La situación se iba presentando cada vez más crítica y no daba lugar a reflexiones, que, cuando menos, eran en aquel momento inoportunas. Así lo habían comprendido todos, resignándose a esperar con el oído atento a que aquellos extraños rumores, que a intervalos se oían, pudieran darles la clave del secreto, que ocultaba en sus sombras la oscuridad de la noche.

Pero transcurrió un cuarto de hora sin que el ruido cesara, ni el balletero volviese de su excursión. Impaciente don Gonzalo, y alarmado seriamente por los peligros de que veía amenazadas la libertad y la vida de los que lo acompañaban, se resolvió, aunque con repugnancia, a enviar de nuevo otro soldado que procurase averiguar la causa de aquel ruido, que tanto les asustaba, y el destino del resto de la columna. Así se hizo inmediatamente, prometiendo el soldado conducirse con la mayor cautela y volver a los pocos minutos con las noticias deseadas. Mas en vano esperaron su regreso; el soldado no volvió.

Entonces el asentista que, a pesar de sus años y obesidad, no había olvidado su antiguo oficio de las armas, ni era hombre que hubiese conocido jamás el miedo, llevando en la izquierda su puñal y su espada en la derecha, quiso él mismo ir a reconocer la extensión del peligro que los amenazaba. Pero al manifestar este deseo, su esposa y su pupila se lanzaron a sus brazos y, entre lágrimas y sollozos, quisieron disuadirlo de su intento.

Mientras él procuraba desasirse y convencerlas de que este partido era el único que podían tomar en tan apurada situación, los cuatro balleteros, que habían quedado en su compañía y que poseídos ya de un supersticioso terror no se atrevían a dar un paso, se sintieron instantáneamente cogidos por la espalda y, antes de que pudieran hacer la menor resistencia, arrojados por tierra y maniatados.

En este momento se oyó un prolongado silbido y, como por encanto, se iluminó el largo desfiladero con una multitud de antorchas de resinosa tea, conducidas por negras sombras de fantásticas figuras.

Pasó esto con tanta rapidez, y fue el cambio tan im-

previsto y repentino, que, al verlo, cualquiera hubiera creído que asistía a un conciliábulo de brujas.

Isabel y doña Úrsula dieron un agudo grito y, cubriéndose el rostro con las manos, cayeron casi desfallecidas sobre el asiento de piedra, donde estaban apoyadas. Por su parte, don Gonzalo hizo con presteza la señal de la cruz y, con la espada desnuda, se colocó junto a las damas, aunque sin esperanza de poderlas defender.

Entonces, a la luz que derramaban las antorchas, pudo verse en el fondo del barranco un extraño espectáculo. Los veinte soldados que componían la escolta, con los escuderos, criados y esclavos que conducían el equipaje, yacían todos en el suelo, atados fuertemente con largas correas, aunque sin señales visibles de haber sido heridos. Las acémilas con los baúles estaban intactos y se descubrían a cierta distancia custodiados por algunas de aquellas extrañas figuras, que saltaban con increíble velocidad por entre las piedras del barranco.

Don Gonzalo apenas se atrevía a creer a sus ojos y dudaba si aquella fantasmagoría era efecto del sueño o de la realidad. Veía a sus soldados prisioneros antes de combatir y a él mismo, con una espada inútil en la mano, entregado a merced de unos enemigos implacables. Una lágrima de cólera vino entonces a quemar sus tostadas mejillas y, arrojando con desesperación lejos de sí unas armas de que no quería ser despojado ignominiosamente, cruzó sus brazos en una actitud que no carecía de dignidad y esperó con valor las consecuencias de su imprudencia.

Las sombras, entretanto, iban tomando formas más perceptibles. Se descubría ya el pintoresco vestido de los canarios, que se conservaba aún entre aquellos que andaban errantes por las montañas, y se podía fácilmente adivinar en su guerrero y atrevido aspecto que pertenecían a la banda de insurrectos capitaneada por el temido Benartemi.

La duda, sin embargo, si la había, no fue para don Gonzalo y las atribuladas señoras de larga duración, porque a los pocos instantes de haberse descornado el velo de la decoración extraña que acabamos de bosquejar se acercó al grupo, que ellos formaban en medio de aquella escena, un viejo canario de colosal estatura y de atezado y adusto semblante, a quien los demás parecía que respeta-

ban como jefe y, colocándose enfrente del asentista con burlona sonrisa, dijo:

—Al fin, aborrecido español, estás en mi poder; tus crueldades van a recibir su merecida recompensa. Prepárate a morir.

—Nada temo —contestó don Gonzalo con un gesto de desprecio—. Cuando quieras ordena mi suplicio; pero sí te ruego que perdones a estas dos infelices mujeres, dejándolas llegar libremente a Gando. Puedes pedir por su rescate el precio que cuadre a tu ambición.

—Estas mujeres —repitió el viejo con sarcástica risa— van a servir de distracción a mis soldados para vengar en ellas los ultrajes que tú y los tuyos han derramado a manos llenas sobre las cabezas de nuestras hijas y esposas.

—Desventurado, ¿osarías deshonar a la nieta de tus reyes...?

—¡Quién! ¿Esa mujer? —y con feroz sonrisa señalaba el viejo a la inocente niña, que, casi desfallecida, miraba con extraviados ojos las horribles figuras que la rodeaban—. Esa mujer no es ya canaria; ha renegado de sus padres, de su patria y de su religión; hoy es... una española.

—Es la hija de Guayarmina...

—No; es la hija de Hernando de Guzmán; de ese miserable que tiñó su espada en la sangre de mis hermanos.

—Pero...

—Calla y oye. Has caído en poder de Benartemi y nadie podrá rescatar tu vida ni el honor de tu familia. ¿Ves a tus soldados? Rendidos y sin armas están ya a mis pies; a una señal mía rodarán sus cabezas al fondo del arroyo. ¿Ves a tu esposa y a tu hermosa pupila? Son el premio que destino a mis secuaces.

A estas palabras, don Gonzalo, sin ser dueño de contener su indignación y olvidándose de que estaba solo y desarmado, se adelantó hacia el jefe de los canarios con la visible intención de castigar su osadía; pero éste, sin retroceder un paso, hizo una señal a sus soldados y el asentista se vio en el mismo instante atado diestramente con fuertes ligaduras, que no le permitieron dar un sólo paso, ni hacer el más leve movimiento.

—Inútilmente tratas de luchar conmigo; soy el más fuerte y quiero saborear mi venganza. ¡Hola! Que encien-

dan una hoguera. Tu suplicio y el de estas damas va ahora mismo a principiar.

En vano intentaríamos pintar todo el horror que esta escena producía en el ánimo de Isabel y de su tía. Inmóviles y temblando se habían instintivamente abrazado, como buscando cada una un mutuo apoyo en su desgracia. A pesar de sus cincuenta años, doña Úrsula temía los ultrajes de aquella soldadesca desenfrenada y este temor, justo es decirlo, la impresionaba más que su sentencia de muerte. En cuanto a don Gonzalo, brillaba ya en su mirada todo el valor de un noble castellano y, a pesar de su edad avanzada, estaba dispuesto a morir, despreciando a sus verdugos y vitoreando a su rey.

Entretanto, los canarios, fieles ejecutores de las órdenes de su jefe, habían reunido con presteza algunos haces de leña y encendido una hoguera gigantesca. A su rojiza luz aparecían con sus tostados semblantes y extraños vestidos como una legión de diablos celebrando una bacanal.

Concluidos estos preparativos, el viejo señaló con su feroz mirada a don Gonzalo, que al punto fue conducido por los canarios a la hoguera.

—Vas a ser tostado a fuego lento —le dijo, procurando sorprender en el rostro del asentista un signo de debilidad—; te concedo, sin embargo, un momento de espera para que medites si el suplicio que te preparo es proporcionado a tus crímenes.

Y diciendo esto le volvió la espalda y se acercó a Isabel, que permanecía abrazada con doña Úrsula.

—Deja ahora tus lágrimas, linda paloma, y escucha atenta mis palabras. Por tus venas corría en otro tiempo la sangre de nuestros reyes, pero los hombres viles que te han educado han viciado aquella noble fuente y ya no eres la nieta de Guanarteme, sino la hija de un español. Tu suerte, pues, está fijada. ¡Hola! Valientes jefes de mi heroica banda —añadió levantando la voz, mientras algunas de aquellas repugnantes figuras acudían presurosas a su llamamiento—, vais a sortear a esta hermosa doncella, esposa prometida de don Pedro Carvajal y Trejo, castellano de la Torre de Gando. Es un botín digno de vosotros, os lo entrego.

A esta breve arenga sucedieron frenéticos gritos de alegría; los jefes batían palmas ebrios de placer y devoraban ya con sus salvajes miradas la magnífica hermosu-

ra que tenían a su disposición.

—En cuanto a la virtuosa doña Úrsula —añadió el viejo con irónico acento—, nos ocuparemos de ella más tarde; quiero que antes vea arder a su querido esposo.

Después de estas horribles palabras fijó su mirada impregnada de odio sobre las dos mujeres y dirigió lentamente sus pasos a la hoguera.

Entonces Isabel, cuyo terror no conocía ya límites, desasiéndose de los brazos de su tutora y lanzándose a los pies del inexorable canario, prorrumpió en agudos sollozos, que hubieran enternecido un corazón menos cruel.

—Perdón, señor —decía con desgarrador acento—; no nos condenéis a tan horrible suplicio; yo tengo bastante oro para enriqueceros a vos y a vuestros soldados; prometednos respeto y libertad y toda mi fortuna es vuestra.

—Oro, siempre oro; hablas como todos esos malditos europeos, cuyo lenguaje has aprendido; ¿y para qué necesito yo tu oro? Lo desprecio tanto como te desprecio a ti.

—Entonces, en nombre de mi pobre madre; de mi madre a quien debísteis conocer en su niñez. Tal vez, señor, la hayáis amado... Oh, si aún conserváis algún dulce recuerdo de mi desventurada familia, respetad a esta infeliz y perdonad la vida de sus padres adoptivos, que nunca han querido ofenderos.

—¿Nunca? Tú no conoces a esos tigres que te han amamantado, ni al hombre infame a quien pretendes unirte. Déjame; no quiero oír más tus necias palabras... no puedo perdonarte.

En este momento vino a aumentar el horror de esta escena la presencia del afortunado jefe a quien la suerte había favorecido. Era éste un mozo de atléticas formas, de color bronceado y facciones duras y sin expresión. Una estupidez salvaje brillaba en su mirada, luminosa como la de la hiena cuando olfatea un cadáver.

—Es mía, señor —dijo en un dialecto desconocido para la joven, cuyo sentido era fácil adivinar por su expresiva pantomima.

—Sea —le contestó el jefe en el mismo idioma. Y con un signo de cabeza le concedió el permiso apetecido.

No era preciso tanto para que el feroz canario se arrojara sobre su presa; y mientras que dos soldados acercaban a la hoguera al infortunado asentista y doña Úrsula,

helada de espanto, murmuraba en silencio su última oración, el bandido, aproximándose a la joven, la levantó como una pluma en sus robustos brazos y lanzó una alegre exclamación de triunfo.

A este brusco movimiento, Isabel respondió con un grito de desgarradora angustia y, por un violento esfuerzo de que nadie la hubiera creído capaz, consiguió desasirse de aquellos impuros brazos y lanzarse denodadamente al suelo.

Una multitud de canarios, atraídos por la curiosidad, presenciaban esta escena y al ver el asombro de su compañero prorrumpieron en burlonas carcajadas, que aumentaron su enojo.

—¿Huyes? —murmuró con voz cavernosa—. Ahora conocerás quien es tu dueño.

La joven echó una rápida ojeada a su alrededor, como si buscara un semblante que le inspirase la suficiente confianza para implorar en aquel supremo instante su compasión, pero sólo encontró adustas fisonomías, en las que brillaban con feroces rasgos la indiferencia, el odio, la burla o la envidia. Entonces, con el cabello suelto, el vestido en desorden, los hermosos ojos extraviados, crispadas las manos, tendió sus brazos hacia adelante cual si quisiera interponer esta débil barrera a los groseros insultos que le esperaban.

Una innoble lucha iba a principiar, lucha vergonzosa que no inspiraba a aquellos bandidos un sólo movimiento de simpatía.

En este instante, y cuando el jefe canario con la mirada ardiente del tigre extendía sus atléticos brazos para asir de nuevo a su víctima, apareció en medio del círculo que formaban los espectadores un hombre embozado en una ancha capa de color oscuro y con un sombrero de fieltro, adornado con una pluma negra, que le ocultaba enteramente el rostro.

A la rojiza luz de la hoguera, su mirada abrazó en su conjunto aquel cuadro horroroso; adivinó lo que había pasado y lo que iba a suceder y, lanzándose con la rapidez del rayo entre la joven y el bandido, rechazó a éste con una fuerza que parecía sobrenatural, haciéndolo rodar por el suelo.

Un prolongado silencio sucedió a tan imprevisto ataque; el canario, ciego de furor, se había levantado casi en

el mismo instante buscando con la vista a su enemigo, pero cuando se disponía a acometerlo y sus compañeros, sabiendo también de su estupor, se preparaban a auxiliarlo y castigar la osadía de aquel advenedizo, éste, con la mayor tranquilidad, dejó caer su embozo y, tendiendo uno de sus brazos a la joven para sostenerla, levantó arrogante el ala de su sombrero.

Al descubrir sus facciones, en las que Isabel pudo reconocer las de su incógnito protector, todas las bocas enmudecieron, todos los brazos se bajaron con respeto y los ecos del valle repitieron con frenético entusiasmo el grito mil veces repetido de "Viva Benartemi".

XI.—EL PACTO.

Los infelices viajeros, mudos de asombro, apenas se atrevían a dar crédito a sus ojos. ¿Era cierto que tenían en su presencia al terrible jefe canario, cuya fama, atravesando el océano, había llegado hasta las mismas gradas del trono? Y este jefe, en cuyo poder se hallaban y que tan milagrosamente acababa de aparecer entre sus soldados, ¿no era el mismo que bajo el disfraz de marinero los había acompañado en las playas de Santa Catalina dirigiendo la litera con tanto cuidado como habilidad? ¿No era éste también el que, según la relación de Isabel, la había salvado en La Laguna del furor de las llamas, sustrayéndose luego a sus manifestaciones de gratitud?

Estos diversos pensamientos se presentaban simultáneamente a la imaginación del asentista y a la penetrante suspicacia de doña Úrsula, si bien en aquel momento la aparición del verdadero Benartemi y la generosa protección que había concedido a su pupila eran para ellos casi una garantía de que había de salvarles la vida y el honor.

Respecto a Isabel, la reflexión no había podido aún penetrar en su cerebro; las ideas de robo, asesinato y venganza, que a todos recordaba el nombre sólo del célebre bandido, no representaban para ella sino el santo nombre del ángel de la guarda. Él estaba allí y nada temía ya. ¿Qué le importaba que se llamase Fernando o Benartemi? ¿Dejaría de ser por eso el amigo de su madre, el desconocido protector que tan generosamente velaba por su existencia? Dos veces le había salvado la vida; ahora le salvaba el honor. El reconocimiento de Isabel ya no conocía límites; su corazón inocente, entusiasta y puro era de Benartemi. En aquel momento supremo, una revelación súbita había penetrado en su corazón; amaba con todo el entusiasmo y pureza que sólo se encuentra en la primera edad de la vida. El rubor, que en cualquiera otra ocasión hubiera sentido, no enrojecía ahora sus mejillas. Al hacerse ella misma esta confesión, le parecía un deber de gratitud el sentimiento que avasallaba su razón. Tendió, pues, sus brazos al hombre que providencialmente le ofrecía un apoyo y, confiada y tranquila, dejó caer su cabeza sobre el pecho de Benartemi, derramando en silencio un torrente de lágrimas.

Todo esto que acabamos de contar pasó con la mayor rapidez, sorprendiendo a doña Úrsula en medio de su oración, a don Gonzalo en el acto de ser conducido a la hoguera y a los canarios en el momento de disponerse a gozar del espectáculo que tan gratuitamente se les ofrecía.

El asombro fue general. En efecto, los viajeros no esperaban la llegada de aquel jefe y los bandidos no creían que su valiente caudillo se opusiera formalmente al castigo de los prisioneros. Sin embargo, la acción que había acompañado a su llegada y el enojo que revelaba su semblante no dio lugar por mucho tiempo a la duda.

Restablecido el silencio a una señal imperiosa de Benartemi, dijo éste con un acento que no admitía réplica:

—Desapruebo las violencias ejercidas con los prisioneros; no fueron éstas mis órdenes cuando encargué a mi padre adoptivo la empresa que habéis llevado a cabo con tanta felicidad. Otros son mis proyectos: escuchad.

El profundo silencio continuó, sin atreverse nadie a interrumpirlo por no perder una sólo de sus palabras.

—Vais ahora mismo —añadió— a ponerlos en camino hacia las playas de Gando, custodiando siempre a los prisioneros. Cuando lleguéis allí, los dejaréis en libertad, desatando sus ligaduras y devolviéndoles su equipaje, pero conservando las armas que os llevaréis con vosotros. Entretanto, las señoras y este español— añadió señalando a don Gonzalo— permanecerán en mi compañía. Podéis marchar.

Y con un gesto de mando, que revelaba todo su poder, indicó el camino a sus atónitos soldados, que se apresuraron a obedecerlo sin permitirse la menor observación.

Cinco minutos después, el ruido de los pasos del último canario se perdía en las sombrías profundidades del valle, dejando solos a doña Úrsula, don Gonzalo, Isabel y Benartemi.

La posición respectiva de cada uno era la misma que acabamos de describir antes de la marcha de la comitiva. Don Gonzalo, maniatado, permanecía aún junto a la hoguera, doña Úrsula, en pie, se hallaba a poca distancia e Isabel, apoyada en el brazo de su misterioso protector, enjugaba sus últimas lágrimas.

El primer movimiento de Benartemi, luego que estuvieron completamente solos, fue dirigirse a don Gonzalo y romper sus ligaduras. Enseguida se acercó a doña Úr-

sula, cuyo terror principiaba a disiparse, y con tranquilo acento le habló de esta manera:

—Señora, nada tenéis que temer; desde ahora podéis consideraros como enteramente libre. Si he consentido en deteneros una hora más en este sitio, es porque así marcharemos con más descanso a Gando. Permitidme, pues, ofreceros mis excusas por las escenas de que involuntariamente he sido cómplice y rogaros las borréis para siempre de la memoria.

A tan respetuosas palabras, dichas con la más exquisita cortesía, doña Úrsula acabó de serenarse y, recobrando su carácter habitual, fijó en el joven su astuta y penetrante mirada, procurando al contestarle dulcificar un poco la aspereza de su voz.

—Señor marino —dijo—, agradecemos en lo que vale el servicio que nos habéis prestado y espero poder algún día recompensarlo dignamente; entretanto, fijad a nuestra libertad el precio que os parezca conveniente; nuestros bienes están a vuestra disposición.

Una sonrisa de desprecio se dibujó en los labios del joven al oír estas palabras, que procuró al punto reprimir y, sin perder un momento su acento respetuoso, le respondió:

—Señora, las condiciones que impongo a vuestra libertad y a la de este caballero son de otra naturaleza; espero, pues, que nos llegaremos a entender sin tener que apelar a vuestros bienes.

Y, volviéndose al asentista que escuchaba con atención el diálogo, añadió:

—Tened la bondad, don Gonzalo, de acompañar por algunos minutos a vuestra esposa, mientras hablo a solas con esta joven. Seré breve y pronto estaremos reunidos para reanudar esta conversación en el punto que ahora la hemos interrumpido.

—Pero —se aventuró a decir el asentista, que con todas estas peripecias había llegado a perder su envidiable buen humor— mi pupila tal vez no consienta en esa entrevista.

—Vano temor, caballero. Isabel tiene en mí una confianza ilimitada. Necesito hablarle esta noche sin testigos y, aunque consiento en que podáis vernos desde aquí, no puedo permitir que oigáis nuestra conversación.

—¿Seréis bastante amable para dejarme interrogarla?

—replicó en este momento doña Úrsula, con cierta impertinencia burlona que no se escapó a Benartemi.

—Podéis hacerlo desde luego, señora.

—Vamos, Isabel, —dijo entonces la vieja acercándose a su pupila, que silenciosamente escuchaba las palabras de su tutora—, ¿conocéis a este joven lo bastante para tener en él una confianza ilimitada?

Y acentuó estas últimas palabras de un modo, que dejaba conocer claramente todas las sospechas que principiaban ya a germinar en su alma.

—Creo que olvidáis, señora —contestó Isabel con un acento ligeramente conmovido—, que ese caballero acaba de salvarme hace pocos momentos no sólo la vida sino el honor.

—Sería yo una ingrata si lo olvidara, puesto que acaba de prestarme el mismo inapreciable servicio.

—Por eso, señora, mi gratitud será eterna, así como desde ahora lo es la confianza que en él deposito.

Diciendo esto se volvió hacia Benartemi y, con una sonrisa que iluminó su pálido semblante, añadió:

—Caballero, estoy dispuesta a seguiros.

El joven se inclinó respetuosamente ante la hermosa niña e indicándole el camino se alejaron ambos algunos pasos de aquel sitio, deteniéndose en una pequeña explanada, que dominaba el fondo del oscuro valle. Desde allí podían ser vistos por doña Úrsula y su esposo, pero sin que oyeran su conversación, circunstancia que aumentó el enojo de la vieja, alarmando extraordinariamente su timorata conciencia.

La situación en que se encontraba pudo, sin embargo, contener su indignación, limitándose a devorar con sus ojos los menores movimientos de los jóvenes, que iluminaban en aquel momento los vivos resplandores de la hoguera.

El asentista, entretanto, se había dejado caer sobre las piedras del arroyo y se ocupaba en maldecir en voz baja a su cuñado, cuyo desacertado casamiento era, según él, la causa y origen de tantas desventuras, como habían perturbado aquella noche su pacífica existencia.

Dejémosle, pues, entregado a estas amargas reflexiones y oigamos el diálogo de su pupila con el atrevido y bizarro aventurero.

Éste fue el que, deteniendo a la joven, le habló en estos términos:

—Isabel, estamos solos, podemos ya explicarnos con entera seguridad.

—Os escucho con todo el respeto que merecéis. Vuestras palabras serán órdenes para mí, porque estoy persuadida de que nada me aconsejaréis que no sea noble, digno y honroso.

—Gracias por vuestra confianza, a la cual sabré siempre corresponder. Ahora bien —añadió con un suspiro—, os he prometido los medios de eludir vuestro compromiso sin faltar a la palabra que tenéis empeñada y héme aquí dispuesto a salvaros de ese nuevo peligro, mucho más terrible que los anteriores.

—¿Lo haréis así? —preguntó ella con cierto acento de candorosa malicia.

—Lo creo, Isabel, porque si os viera unida a ese hombre dudaría de vuestra felicidad.

—En efecto —dijo ella bajando los ojos y como si respondiese a su propio pensamiento—, no sería feliz. Pero, ¿cómo faltar a las órdenes de mi madre? ¿Cómo quebrantar la fe jurada?

—Me parece —dijo Benartemi después de un momento de silencio— que el origen del compromiso que os liga con ese hombre no es otro que el mandato de vuestra madre, en el que os confía a la experiencia de doña Úrsula y os conjura aceptéis el esposo que ella tenga a bien elegir. ¿He acertado?

—Sin duda.

—Pues bien, ¿qué diríais si os probase de una manera indudable que vuestra madre, al morir, os relevó de esa odiosa y aborrecida tutela?

—¡Oh! Entonces rechazaría pura y simplemente a don Pedro... Pero, ¿y esa prueba? Sería preciso tenerla por escrito para que nunca creyesen mis tíos que era un subterfugio inventado sólo para contradecir su elección.

—En efecto, necesario es que reúna todas esas circunstancias.

—¿Y no es eso un imposible?

—No, Isabel, la prueba está aquí.

Y diciendo esto le presentó un papel, cuidadosamente doblado, que la joven recibió con asombro.

—Esa cubierta —añadió él acentuando sus palabras con lentitud— encierra una carta que vuestra madre os escribió pocas horas antes de morir. En ella os dejó una com-

pleta libertad en la elección de esposo y priva a doña Úrsula del privilegio que en su testamento le concedía.

—¡Una carta de mi madre! —exclamó Isabel interrumpiéndolo y llevando la carta con viva emoción a sus labios.

—Podéis reconocer su letra.

—Oh, yo no dudo cuando vos habláis.

Y los ojos de la joven expresaban con tanta elocuencia su inmensa gratitud, que, desde luego, podemos asegurar que Benartemi se consideró recompensado con usura de todos los servicios que había prestado a Isabel.

Ésta, sin embargo, bajó lentamente los ojos y añadió balbuceando:

—Una duda me resta... no respecto a la autenticidad de la carta, sino a la confianza que mi madre tuviera en vos, siendo entonces tan joven y teniendo ella parientes más cercanos.

Se sonrió Benartemi y contestó:

—Ella conocía el apellido de mis padres.

Isabel suspiró y permaneció silenciosa. Aquel suspiro era una pregunta.

Así lo comprendió sin duda Benartemi, porque se apresuró a continuar.

—Prometí revelaros este secreto y ha llegado ya la hora de cumplir mi promesa. Tal vez sea esta nuestra última entrevista. Mañana me alejo para siempre de esta isla.

Isabel se estremeció.

—¿Abandonáis vuestra patria?

—Sí, la abandono. Los españoles son ya dueños de ella. Continuar una lucha imposible, sacrificando a mis hermanos, sería un crimen imperdonable. Dios lo quiere; cúmplase la voluntad de Dios.

Un largo silencio sucedió a estas palabras, que daban desde aquel momento al diálogo una solemnidad inesperada. Isabel, que había permanecido con los ojos en el suelo, los levantó al fin llenos de lágrimas.

—Quisiera —dijo sin tratar de ocultar su turbación— dejaros una prueba de la gratitud que os debo, si encontrara una que fuera digna de vos; pero ya que esto no es posible, recibid la seguridad de una amistad que ni el tiempo ni la distancia podrán alterar jamás.

—Gracias, Isabel. Vuestras palabras hacen menos tristes los instantes que he de pasar todavía en mi patria. Sin embargo, antes de separarnos, preciso es que os revele en

pocas palabras la historia de mi vida; no quiero que al oír pronunciar mi nombre, que será repetido por muchos años en estos lugares y que tal vez sea objeto de horror en los siglos venideros, así como lo es ahora de execración para los españoles, conservéis vos a quien tanto amo y respeto la misma idea de odio y de venganza que anima a mis encarnizados enemigos.

—Nada temáis, yo también os amo y respeto. Vuestro nombre irá siempre unido en todos mis pensamientos al nombre querido de mi madre.

El joven se inclinó ante la hermosa niña. Aquellas nobles palabras, dichas con tanta sencillez, le hicieron olvidar sus desgracias pasadas, sus planes futuros y su inquieta ambición.

—Bendita seáis, Isabel —le contestó con acento conmovido—, por vuestra cariñosa promesa; después de vuestro amor nada me resta que pedir al cielo.

Y enseguida, sin detenerse a observar la turbación que su respuesta había producido, continuó diciendo:

—Soy descendiente de los reyes de esta isla; soy príncipe como vos, Isabel. Vuestra madre tomó en el bautismo el nombre de Margarita, la mía se llamó Catalina: la una era sobrina, la otra hija de don Fernando Guanarteme, de ese bondadoso guerrero a quien el Rey Católico arrancó para siempre la corona de Gran Canaria.

—¿Sois vos entonces aquel joven que mis tíos han creído por tantos años muerto?

—Sí, Isabel, soy el mismo. Prisionero, después de la muerte de mis padres y a la edad de nueve años, por una banda de canarios insurrectos, que me ocultaron en sus bosques y en la aspereza de sus montañas para que luego pudiera servirles de jefe, mis primeros años corrieron en medio de continuos peligros y atrevidas excursiones. Aprendí del salvaje su franca sencillez, su firme amistad, su constante abnegación; adquirí en la soledad de estos oscuros pinares y en los horribles precipicios de la Cumbre, la agilidad del corzo, la astucia del cazador y la fuerza, bravura y ardimiento de los que, en otra época, poblaron estos valles. Ese viejo que habéis visto desplegar en esta noche tanta prudencia como crueldad, mandando en mi ausencia los restos de esa nación valerosa, fue mi preceptor y mi maestro; él procuró inspirarme el odio que profesaba a los europeos; él se afanó por borrar de mi corazón las hue-

llas de esa civilización aborrecida, cuyo recuerdo se oponía tenazmente a todas sus lecciones. Pero un día, la hija de sus reyes, vuestra madre, Isabel, lo llamó junto a su lecho, exigiéndole que me llevara consigo; desde entonces mi vida cambió de objeto; las palabras de Margarita me devolvieron a la sociedad, aunque sin alterar por eso el odio que he jurado a los opresores de mi patria.

Isabel lo escuchaba con sostenida atención; el joven continuó después de un momento de silencio:

—Entonces fue cuando os vi por la primera vez; entonces fue cuando soñé con libertar a mi país del yugo castellano y ceñir vuestra pura frente con la corona de sus antiguos reyes. ¡Vana ilusión! Todos mis proyectos han fracasado; el puñado de valientes que habéis visto esta noche rodear el valle, son los únicos que, a favor de mil disfraces y con inauditos peligros, han podido acudir a la voz de su jefe, que va con ellos desde mañana a buscar bajo otro cielo una tierra libre donde poder levantar sus tiendas. Dichoso yo, si al dar el último adiós a estas playas, os dejo tranquila, contenta y feliz. Sólo así será menos amargo mi destino.

—Mi suerte es ya irrevocable —contestó ella—; volveré a La Laguna y me consagraré a Dios encerrándome en un convento.

Benartemi suspiró, pero no se atrevió a interrumpir a la joven.

—Sólo os suplico —continuó—, en nombre de nuestra amistad y del parentesco que nos une, que si algún día volviéseis a visitar esta isla os acordéis de mí. El día en que os vuelva a ver, aunque sea al través de las rejas del claustro, será uno de los más felices de mi vida.

—¡Oh! ¿No me engaños, Isabel? ¿Será posible que viéndome a mi lado podríais ser feliz?

La joven levantó sus hermosos ojos y le tendió en silencio su mano.

Benartemi se apoderó de ella con loco entusiasmo y la llevó a sus labios y a su corazón.

Al fin se habían comprendido. Sus labios no hablaban, pero hablaban sus ojos. ¿Qué más podían decirse?

Aquel dulce éxtasis vino al fin a ser interrumpido por la voz de doña Úrsula, que, comprendiendo con su instinto de mujer lo que sucedía y arrostrando por su hermano la cólera del temido Benartemi, llamaba a Isabel.

—Preciso es ya separarnos —dijo ésta con aquella dulzura angelical, que iluminaba siempre su semblante—; retardad hasta mañana vuestro viaje.

—Entonces, ¿podré veros mañana?

—Sí, pero con una condición.

—Hablad.

—Que no habéis de penetrar en el castillo, ni exponeros por mi causa a caer en manos de vuestros enemigos.

Benartemi se sonrió.

—Me burlo de sus prisiones —dijo—, tanto como desprecio a sus soldados. Pero al obedeceros, ¿cómo os podré ver en otro sitio?

—Hablaré a don Gonzalo; su corazón es bueno, leal y generoso y le suplicaré me acompañe, sin revelar el lugar a donde le conduzco. No os alejéis mañana de estos sitios y aquí me encontraréis.

—¿Y por qué, ya que estamos juntos, hemos de volver a separarnos? Venid, Isabel, venid conmigo, aún no lo sabéis todo; el apellido de mis padres, puro y sin mancha, borrará muy pronto el nombre de Benartemi, que mis soldados con sus crueldades han hecho aborrecible. ¿Queréis saber mi proyecto? A una legua de este valle se levanta la montaña de Arinaga... miradla allá, sobre el fondo azul del firmamento. A sus faldas se extiende una playa, que baña un mar sereno y bonancible; allí me espera el buque que visteis fondeado en el puerto de Las Isletas; a su bordo estarán desde esta noche todos mis leales canarios, que se condenan conmigo a esta voluntaria expatriación. Armas, víveres y municiones, todo está dispuesto, nada nos falta. Llevamos un piloto que nos conducirá hacia esas regiones desconocidas, que ha descubierto el genio de Colón. Venid, Isabel, venid y os bendeciré de rodillas el resto de mis días.

Y estrechando con pasión entre las suyas las manos de la joven, dio un paso en dirección al sitio que acababa de señalar.

En este momento, la voz de doña Úrsula volvió a romper el encanto que rodeaba a los amantes. Llamaba a Isabel con verdadero terror.

—No, no los puedo dejar así. Dios nos castigaría —exclamó ella con voz temblorosa.

—¿Me abandonáis?

—Os abandono, pero sólo por pocas horas; dejadme tiempo para orar.

Benartemi dejó libres las manos de la joven.

—Idos, pues estoy pronto a obedeceros.

En este instante, un rumor extraño interrumpió el diálogo. El joven canario se detuvo y escuchó. Un minuto después, mirando a Isabel, añadió:

—Siento los pasos de los soldados castellanos que componen la guarnición del fuerte. Don Pedro, inquieto sin duda por vuestra ausencia, viene a buscaros a este sitio, atraído por la llama de la hoguera.

—¡Ah! Huid, huid, pronto —exclamó la joven llena de terror.

—Repetidme primero que no me olvidaréis un sólo instante.

—Os lo juro.

—Adiós, Isabel. Ahora nada temo.

Y diciendo esto quiso alejarse por el fondo del barranco; pero de improviso un círculo de hierro, formado por las bocas de cien arcabuces inclinados hacia ellos, detuvo sus pasos.

Estaban cercados.

Benartemi, sin turbarse, dejó caer su capa; sacó su espada, empuñó en la izquierda una daga toledana y, procurando sostener a la joven próxima a desmayarse, se apoyó en el tronco de una vieja higuera.

Los españoles avanzaban entretanto con lentitud, pero estrechando en círculo sus filas; sin duda sabían ya el valor de la presa que iba a caer en sus manos.

Doña Úrsula había desaparecido.

Cuando las tropas, después de avanzar en silencio, se colocaron de modo que era imposible la evasión, salió de en medio de sus filas el capitán don Pedro y, dirigiéndose a Benartemi con los ojos centelleantes y la voz trémula de cólera, dijo:

—Sabemos quien eres, infame bandido, y toda resistencia es inútil; entrega sin tardanza esa noble doncella que sostienes en tus impuros brazos y no te formes con su cuerpo un escudo a tu villana cobardía.

A tan insolentes palabras, pronunciadas con toda la rabia de los celos, el joven, ciego de furor, abandonó a Isabel y, con la agilidad del tigre, se lanzó sobre su enemigo, cruzando con él la espada.

El choque de los dos aceros detuvo a los soldados, que no se atrevieron a hacer fuego sobre Benartemi por no he-

rir también a su caudillo. Pero el combate fue de poca duración; la espada de don Pedro saltó rodando a los pies de su adversario, arrancada de sus manos por un vigoroso quite. Entonces el viejo capitán, viéndose desarmado:

—Fuego —gritó— fuego, valientes camaradas.

Los soldados, obedientes a la voz de su jefe, bajaron las armas y acercaron la mecha a los arcabuces. En este momento atravesó por en medio de las filas don Gonzalo y, deteniendo con un gesto a los soldados, exclamó:

—Ese hombre me acaba de salvar la vida y no puedo consentir que de ese modo se le asesine. Si queréis obedecer a don Pedro, matadme a mí también.

Y, colocándose con noble arrogancia junto al joven, esperó tranquilo la muerte.

No sabemos si, a pesar de su heroico desprendimiento, hubiera conseguido salvarle la vida, porque el furor de don Pedro ya no conocía límites, si Benartemi, después de reflexionar algunos breves instantes, no hubiera entregado sus armas al asentista, declarándose prisionero.

Don Gonzalo, entonces, tomándolo bajo su protección, se ofreció a conducirlo a las prisiones de Gando, donde debía esperar la sentencia que dictase luego el gobernador de la isla.

Arreglado así este importante asunto y seguro ya don Pedro de que su presa no se le escaparía, dio la orden de marcha y, con las mayores precauciones, se dirigieron todos a las playas de Gando, seguidos de doña Úrsula, que, radiante de gozo, daba el brazo a su pupila, saboreando con anticipación todo el placer de la venganza.

XII.—LA PRISION.

No lejos del sitio donde han pasado los sucesos que acabamos de referir y siguiendo la curvatura de la costa, que ciñe la isla por su banda meridional, se abre una hermosa rada, célebre ya en aquellos tiempos por sus grandes recuerdos históricos.

Esta rada es la misma que en nuestras antiguas crónicas se conoce con el nombre de puerto de Gando.

Se halla este puerto formado por un elevado promontorio, que entra media legua en el mar en dirección sur suroeste. Una playa de arena blanca y amarilla se extiende por todo el fondeadero, viniendo a concluir, como una ancha faja, a poca distancia del sitio donde en continuo movimiento se estrellan las olas. El aspecto del país es por este sitio triste y agreste. La tierra sin cultivo apenas sostiene algunos arbustos, que a trechos interrumpen la monotonía del paisaje. Insensiblemente se eleva luego el terreno y, en ondulaciones sucesivas, va a unirse con la cordillera, que forma la base de la Cumbre y en donde se abren los fértiles valles de Agüimes y Temisas.

En medio de esta playa estéril y desierta, y bañada por el mar, se levanta hoy una torre, en el último sitio que ocupaba entonces la que mandó construir Diego de Herrera, destruida tantas veces y vuelta a levantar, según las vicisitudes de la guerra. Procuremos, pues, dar una idea de aquella antigua fortaleza, tal como la describen algunos historiadores contemporáneos.

El castillo o casa fuerte de Gando se componía en primer lugar de una torre alta, sólida y de ancho diámetro, sobre cuya plataforma brillaban siempre las armas de los soldados españoles. Dentro de sus muros estaba la habitación principal del gobernador, la sala de armas, el depósito de pólvora, los algibes y las mazmorras o prisiones reservadas para los reos de consideración. Unida a esta fortaleza, pero de construcción más reciente, se levantaba también un edificio de almenados torreones y angostas rejjas, que, con los caprichosos ángulos de sus murallas, podía presentar, en caso de ataque, fácil defensa a los sitiados. Allí se hallaban los cuarteles de la numerosa guarnición que entonces residía en el fuerte, los almacenes de víveres y las cuadras de un pequeño escuadrón de caba-

llería, que, desde las últimas excursiones de Benartemi, había pedido don Pedro para batir diariamente la llanura con el objeto de adivinar los planes del enemigo.

Sirviendo de avanzada a estas obras, se descubría luego una muralla de poca elevación, que, en forma de herradura, se unía por sus dos extremos al mar, dejando en el centro la torre y el edificio que acabamos de describir. En el espacio comprendido entre éstos y la muralla había un foso y una empalizada, que constituían una parte muy esencial de las defensas exteriores del castillo; y por último, sobre la misma muralla, se veían algunos pequeños torreones o garitas, que servían para los centinelas que vigilaban día y noche el recinto.

Conocida ya la disposición exterior de la fortaleza donde don Pedro Carvajal y Trejo mandaba como dueño absoluto, vamos a introducir ahora a nuestros lectores en el interior del edificio.

Cinco días han transcurrido desde aquel en que sorprendido Benartemi al despedirse de la huérfana cayera en poder de su implacable enemigo. Cinco días hace que, encerrado en un oscuro calabozo, abierto en el espesor de la muralla, espera la sentencia de muerte, que indudablemente ha de pronunciar contra su proscrita cabeza el gobernador de la isla.

Nadie lo ha visto desde entonces, si se exceptúa el carcelero encargado de suministrarle el grosero alimento que don Pedro le ha señalado. Su incomunicación es completa.

Entretanto, la situación moral de los diversos personajes que conocen ya nuestros lectores ha cambiado mucho en estos días. Isabel, con una firmeza de carácter y una resolución enérgica e inquebrantable, de que nadie la hubiera creído capaz, ha declarado en presencia de sus parientes que no se casará con don Pedro. Novedad es esta que ha exasperado a doña Úrsula, irritado al capitán y producido en don Gonzalo un contento, que no ha procurado disimular. La vieja tutora no desespera, sin embargo, de conseguir el objeto de todos sus deseos y, auxiliada por el amor y los celos de su hermano, activa los preparativos del suplicio de Benartemi, cuya muerte no es dudosa, creyendo de este modo obtener por el terror lo que por otros medios le parece ya imposible.

En efecto, Isabel sigue con ansiedad los fúnebres detalles de la ejecución que se prepara y que, con intención

bien conocida, se afanan por mostrarle a cada instante. Sus ojos se vuelven continuamente hacia el sendero que conduce a la ciudad por donde ha de llegar en breve el soldado portador de la sentencia, que va a decidir de la suerte del prisionero. Por último, al amanecer el sexto día, un rumor extraño despierta a los habitantes de la fortaleza. Suenan los clarines y la guarnición corre a las armas; pero no es un ataque de sus antiguos enemigos lo que les llama a las filas, sino el siniestro grito del pregonero, que, con un pergamino en la mano, publica la sentencia de muerte de Bernartemi, que en la tarde de aquel día ha de ser ejecutada.

Ya no hay esperanza. El joven va a morir víctima de su amor y de su generosidad. Isabel lo sabe, lo ha oído y tal vez la obliguen a presenciar, dentro de breves horas, el sangriento espectáculo que se prepara. Ya no llora; sus lágrimas se han agotado. Ya no suplica; sus ruegos son inútiles. ¿Qué hacer? ¿Dejará que aquella noble cabeza caiga bajo el hacha del verdugo, cuando aún le resta un vislumbre de esperanza? ¿No tentará el último y supremo esfuerzo, aunque luego ella misma tenga que morir? Ya no vacila; su partido está tomado y es irrevocable. Se levanta, pues, con exaltación febril y, sin detenerse un momento, ni consultar con nadie su resolución, se dirige con firme y seguro paso hacia el aposento de don Pedro, ruega al centinela le avise su llegada y espera, fría e inmóvil como una estatua, en el oscuro pasadizo que sirve de antesala a que le concedan algunos momentos de audiencia.

Pocos instantes después se vio aparecer al mismo don Pedro en el umbral y, sin manifestar la menor sorpresa por aquella imprevista visita que esperaba, hizo una seña a la joven y juntos penetraron en el aposento.

El capitán, solícito siempre en complacer a su prometida, acercó un sillón y, procurando dulcificar la feroz expresión de su semblante, la invitó a sentarse.

Un gesto negativo de Isabel fue la respuesta a su cortés invitación, siguiendo luego un silencio penoso.

—¿Podré saber —preguntó al fin don Pedro, sin poder dominar su impaciencia— el motivo que hoy os conduce a mi lado?

—Sin duda —contestó la joven con acento seco y vibrante.

—Hablad, estoy dispuesto a escucharos.

—Seré breve, caballero, porque los momentos son pre-

ciosos. Sé que me habéis amado y que aún me amáis.

Don Pedro se estremeció; una sonrisa imperceptible de triunfo vagó por sus delgados labios. Su plan principiaba a realizarse.

—En efecto —contestó con hipócrita humildad—, os amo y os he amado siempre, pero vos no habéis querido admitir la ofrenda, que, rendido, he depositado a vuestros pies.

—Sí, la he rechazado porque no había creído de mi deber admitirla; mis fuerzas no alcanzaban a hacer vuestra felicidad. Pero...

Aquí se detuvo; el grito del pregonero leyendo de nuevo la sentencia de Benartemi llegaba hasta el aposento, prestándole el valor que le faltaba para consumir su doloroso sacrificio.

Continuó, pues, diciendo:

—Pero, si entonces creí imposible unir mi suerte a la vuestra, hoy las circunstancias han cambiado; si aún me amáis aquí está mi mano; vuestra es.

El capitán se adelantó con precipitación hacia aquella linda mano objeto de todos sus desvelos y que tan gratuitamente se le ofrecía e intentó apoderarse de ella. Mas la joven, retirándola al momento, añadió:

—Nuestro pacto no ha concluido; esperad; yo os ofrezco mi mano, pero pido en cambio una gracia.

—¿Cuál es? Hablad y, si es posible, desde luego os la otorgo.

—No sé si es posible, pero os declaro irrevocablemente que sin ella no podré jamás ser vuestra esposa.

—Entonces nada será difícil. Hablad, Isabel.

—Os pido el perdón de ese canario, que hoy va a morir.

—¿Su perdón? Oh, Isabel, pedís un imposible; el perdón de un reo condenado a muerte es una prerrogativa real y yo no soy más que un caballero.

—Pero vos, que sois aquí omnipotente, tendréis medios para eludir la ley...

—¿Me aconsejáis una villanía?

—Yo no sé lo que os aconsejo; pero esa es la condición de nuestro enlace.

—Ese Benartemi ha sido el terror de la isla; su muerte es sólo una justa expiación de los crímenes que ha cometido.

Isabel dio dos pasos hacia don Pedro y, mirándolo fija-

mente, respondió:

—Y vos, capitán, ¿conocéis a ese Benartemi? ¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis interrogado?

—La identidad es notoria; él mismo la ha declarado al frente de todos sus cómplices.

—Lo sé, caballero; ese joven es el mismo que en esta isla se conoce con el nombre aborrecido de Benartemi, pero no es él el autor de los crímenes que han mancillado la insurrección. Otro mandaba en su nombre.

—Tal vez tengáis razón, pero eso no lo salva; todos esos bandidos están condenados a muerte, desde su criminal caudillo hasta el último de sus soldados.

La joven retrocedió un paso; su postrera esperanza acababa de desvanecerse.

—Dispensad, entonces —le dijo—, si os he molestado inútilmente; nuestro pacto es ya imposible.

Y serena e impassible se dirigió a la puerta.

Don Pedro reflexionó un momento; luego, interponiéndose vivamente entre la puerta y la joven, contestó:

—Esperad, Isabel, no es fácil renunciar así a vuestra mano.

—¿Admitís mis condiciones?

—Tal vez... veamos. Vos queréis el perdón de ese joven y eso es imposible; pero puedo concederle la libertad, facilitando en secreto su evasión.

—El medio me es indiferente.

—Entonces nos hemos entendido; aplazaré la ejecución para mañana y esta noche yo mismo bajaré a su calabozo, romperé sus cadenas y le abriré las puertas del castillo; pero ha de ser con una condición, que espero no os parezca inconveniente.

La joven lo miró con desconfianza y escuchó.

—La condición no es otra sino que me ha de jurar, bajo su palabra de honor, salir inmediatamente de la isla y no volver jamás a ella.

—Aceptado. Ahora me resta advertiros que exijo, además, bajar yo misma al calabozo.

—¿Desconfiáis de mí?

—No, pero desconfío de él.

El capitán reprimió un movimiento de furor, que sus rabiosos celos le inspiraban siempre al recuerdo de su rival, y contestó:

—Bien, seréis obedecida.

—Entonces, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Y la joven desapareció como una sombra, dejando solo al enamorado capitán.

XIII.—LA EVASION.

Son las diez de la noche; un silencio profundo reina en el fuerte, interrumpido sólo por la voz de alerta de los centinelas y el continuo movimiento de sus pasos sobre la elevada plataforma.

Las estrellas brillan en el cielo como lámparas de oro; la brisa duerme sobre las olas, rizando apenas su superficie. Serena, tibia y perfumada está la noche, como una noche de estío.

En medio de este silencio universal, se oyen en los oscuros pasillos que conducen a las prisiones subterráneas los recatados pasos de dos personas, que, a la luz de una linterna, avanzan por aquel intrincado laberinto.

La que va delante, llevando además de la linterna un manojo de llaves y una capa revuelta en su brazo izquierdo, es el capitán, que, completamente armado, se dirige al calabozo de Benartemi. Isabel lo sigue, pálido el semblante, pero tranquila y resuelta. Ya no es la niña tímida y medrosa, que temblaba al verse sola en un oscuro aposento; el amor la ha transfigurado. Nada teme ahora, porque ama y va con abnegación sublime a sacrificarse en aras de este mismo amor.

Después de bajar angostas y húmedas escaleras y de atravesar varias puertas cerradas con gruesos candados llegaron por fin a la del calabozo que encerraba al prisionero; don Pedro la abrió, como las demás, y penetró solo en aquella estrecha cueva. Isabel se había detenido un momento para recoger sus fuerzas, agotadas por tantas emociones, quedando envuelta en la negra sombra que proyectaba el fondo de la escalera.

El capitán se adelantó, llevando en alto la linterna. A su dudosa luz pudo descubrirse al jefe canario, sentado tranquilamente sobre una piedra, con sus hermosos ojos fijos sin admiración sobre el semblante de su rival. Cualquiera hubiera dicho que aquella visita le era de antemano conocida.

El viejo se detuvo y, colocando la linterna en el suelo, lo contempló con celosa envidia.

Aquella serenidad, en presencia de una muerte ignominiosa, le parecía demasiado heroica para tan despreciable bandido. Reconocía, sin embargo, aunque sin confe-

sarlo, que aquel semblante revelaba una nobleza de sentimientos, una elevación de ideas, que no era fácil encontrar sino en seres privilegiados. La raza a que pertenecía aquel hombre era sin duda una raza de héroes.

Después de esa muda contemplación, don Pedro le habló de esta manera:

—Conocidos son tus crímenes, Benartemi, y ha llegado ya la hora en que debes expiarlos. Sobre tu cabeza se halla suspendida el hacha del verdugo. Al fin has caído en poder de la justicia y ésta ha dictado sin vacilar tu sentencia. Te hallas condenado a muerte.

El joven no hizo el menor movimiento; con desdeñosa sonrisa oía las palabras de su carcelero sin manifestar impaciencia, recelo ni temor.

El capitán siguió diciendo:

—Las órdenes que he recibido me obligaban a ejecutar tu sentencia hoy mismo, antes de ponerse el sol, pero varias circunstancias me han impedido el cumplimiento de este deber. Tu muerte se halla, pues, aplazada para mañana a las ocho; es decir, que te restan nueve horas de vida.

Un movimiento de hombros, perceptible sólo por el ruido de las cadenas que oprimían el talle, las manos y los pies del prisionero, fue su única respuesta.

Era evidente que no quería contestar.

—¿Pretendes representar el papel de héroe? Sea en buena hora. No me opongo; pero ya comprenderás que cuando me he tomado la molestia de bajar no ha sido sólo por el placer de verte. ¿Estás dispuesto a escucharme? Tengo que comunicarte noticias de la mayor importancia... Una persona, que no necesito nombrarte, ha intercedido por ti y sus ruegos han conseguido, no tu perdón, pero sí una libertad condicional, si te obligas a cumplir ciertos deberes que voy a imponerte.

Mientras esto decía, el viejo expiaba con el mayor cuidado en el semblante del reo algún signo de emoción; pero éste permanecía impassible, oyendo con la mayor indiferencia las palabras del capitán.

—Las condiciones son las siguientes: primera, que salgas esta noche del castillo, suponiendo que tú mismo has conseguido la evasión, sin mezclar mi nombre para nada en este asunto; segunda, que mañana sin tardanza dejes esta isla; y tercera, que jamás vuelvas a ella bajo ningún pretexto... ¿Estás dispuesto a prometerlo así bajo tu pala-

bra de honor?

El joven se sonrió desdeñosamente y, rompiendo al fin su tenaz silencio, le preguntó con acento despreciativo.

—¿En cuánto has vendido mi libertad?

Don Pedro comprendió el sentido de la frase y, queriendo herirlo con sus mismas armas, respondió con voz tranquila:

—Me ofrecen en cambio la mano de Isabel y he aceptado.

—Mientes.

El capitán, gozoso de haber encontrado el medio de herir aquel corazón de roca, no se conmovió con este insulto.

—Había previsto esa incredulidad —añadió— y he traído conmigo una persona que desvanecerá tus dudas... Venid, Isabel y convenced a este incrédulo.

La aparición de la joven era para Benartemi un suceso tan inesperado que, a pesar del poderoso dominio que sobre sí mismo ejercía, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿Dudas ahora? —continuó el implacable viejo con una sonrisa de satisfacción.

—¿Es cierto? —dijo entonces Benartemi sin dignarse contestar a don Pedro y dirigiéndose a Isabel—. ¿Es cierto que habéis consentido en uniros a ese hombre?

—Sí, Benartemi —contestó ella con un acento de dignidad que conmovió profundamente a sus dos interlocutores—, se trataba de tu vida y yo no he vacilado un momento en sacrificar por ella mi felicidad.

El capitán dio un paso hacia la joven y alargó el brazo como para obligarla a retirarse, pero reflexionó que iba a perder el fruto de todas sus combinaciones y reservó para otra ocasión la explosión de su cólera.

—Gracias, Isabel, —dijo entretanto Benartemi—; nunca creí merecer esa prueba tan inmensa de cariño; pero no puedo aceptarla; vuestra felicidad me es infinitamente más cara que la vida.

—¿Despreciáis mi sacrificio?

—No; pero lo creo inútil.

—¿Inútil cuando os van a asesinar mañana?

—La muerte no me intimida.

—Pero yo quiero que viváis; lo quiero y vais a ceder a mis ruegos.

—Nunca a ese precio.

—Es el único que ponen a vuestra libertad.

—La muerte mil veces antes que veros esposa de ese hombre. Esa es mi resolución irrevocable.

Isabel cayó llorando a los pies del prisionero.

—Oh, no digáis eso y escuchad por última vez mis súplicas. Benartemi, os lo ruego por vuestra madre, por vuestra patria, por vuestros desgraciados compañeros para quienes debéis conservar la vida y, si es preciso, también os lo ruego por el amor que habéis tenido a esta infeliz y por el que ella misma os tiene.

Don Pedro escuchaba este diálogo con los brazos cruzados, los labios convulsos y los ojos chispeantes de furor.

—Levantaos, Isabel, y enjugad vuestras lágrimas —le respondió el joven con radiante sonrisa—; esas palabras me hacen el más feliz de los hombres.

—¿Consentís al fin?

—Sí, viveré, puesto que así lo queréis, pero no al precio de vuestra felicidad.

Isabel lo miró en silencio sin comprender el sentido oculto de sus palabras.

—Vais a saber mis proyectos y espero que merezcan vuestra aprobación.

Y al decir esto, se puso bruscamente en pie, sacudió con un rápido movimiento las cadenas, que cayeron rotas al suelo, y se lanzó con la rapidez del rayo sobre el capitán sin darle tiempo para volver de su estupor.

Extraordinario era en efecto lo que sucedía y sólo por un milagro podía explicarse la libertad del reo; así que don Pedro se vio sujeto por los puños de acero del canario sin habersele ocurrido dar un grito, ni llevar la mano a la espada.

La lucha duró cortos instantes; el viejo cedió ante la fuerza prodigiosa de su adversario y se vio obligado a caer de rodillas sobre el húmedo pavimento.

En el mismo instante, Benartemi, sin soltar al viejo, silbó de una manera particular y la reja de hierro abierta sobre la rada, que encuadraba la abertura por donde llegaba la luz al calabozo, se vino al suelo sin ruido, impulsada por una fuerza extraordinaria. Quedó, pues, descubierta una ancha boca, que dejó penetrar sin obstáculos el sordo rumor de las olas y la fresca brisa de la noche.

Por esta misma abertura aparecieron pocos momentos después dos robustos mocetones, que, sucesivamente, en-

traron en el calabozo, inclinándose con respeto ante el prisionero.

—Sujetadme a ese hombre —dijo éste enseguida, sin cuidarse de los convulsivos movimientos de su enfurecido rival.

Y los mozos obedecieron.

—Despojadle ahora de sus armas.

E instantáneamente desaparecieron la coraza, la daga y la espada.

Hecho esto, el jefe canario, tomando las cadenas de que él mismo se había despojado con tanta facilidad, se las fue ciñendo al cuerpo del capitán, que no podía oponer otra resistencia que sus furiosos gritos, perdidos en la profundidad de la mazmorra.

Encadenado ya de esta manera y seguro Benartemi de que no podía escaparse, cerró cuidadosamente la puerta del calabozo y dijo a Isabel, que atónita había contemplado aquel cambio de decoración:

—Nuestra es la victoria; sepamos aprovecharla, antes que se advierta en el fuerte la ausencia de don Pedro. ¿Tendréis valor para seguirme, Isabel?

La joven miró avergonzada en torno suyo y sus ojos se encontraron con los del feroz viejo, que expresaban, en medio de su rabiosa impotencia, todo el furor de los celos.

—¿Titubeáis aún? —añadió Benartemi con acento de cariñosa reconvención—. ¿Titubeáis después de la prueba de cariño que esta noche me habéis dado...?

—Íbais a morir —murmuró Isabel con voz apenas inteligible.

—¡Ah! ¿Y creéis que lejos de vuestra presencia podría yo vivir? No conocéis entonces toda la extensión de mi amor. Sabedlo, Isabel, sin vos jamás saldré de aquí. Yo mismo desligaré a ese hombre de las cadenas que lo oprimen y volveré a ceñírmelas sin murmurar. Con vos la libertad y el porvenir; sin vos la muerte y la infamia.

—¡Cobarde! —gritaba el viejo, agitándose en su asiento con furiosos movimientos. Deja esa inocente víctima de tu diabólica fascinación, cuya noble sangre nunca podrá mezclarse con la tuya. Déjala y huye de este castillo. Sólo con esa condición te perdonaré la vida.

Pero Benartemi, sin escucharlo, continuó diciendo a Isabel:

—Los instantes son preciosos. Apenas nos queda tiem-

po suficiente para ponernos en salvo. ¿Dudáis aún?

La joven bajó la cabeza sin atreverse a responder; la lucha entre sus deberes y su amor era tan violenta, que no encontraba en sí misma el valor necesario para tomar una resolución definitiva.

El prisionero, abandonando entonces todo proyecto de evasión, se acercó a don Pedro y principió a desatarle las cadenas, decidido a entregarse de nuevo en manos de sus verdugos.

Este movimiento de desesperación arrancó a la joven de su cavilosa duda y levantándose pálida y temblorosa:

—Vamos —dijo—, estoy dispuesta a seguiros.

—Al fin...

—En nombre de mi madre —añadió ella con solemnidad—, me pongo hoy bajo vuestra protección; si falto a mis deberes, resignada espero mi castigo.

—Nada temáis, Isabel, ella bendice desde el cielo nuestra unión.

—Oh, no lo creáis —gritaba don Pedro, que oía este diálogo con indecible furor, agitando sus hierros con bruscos y convulsivos sacudimientos.

—Ella me cree y confío algún día llegar a probaros de que modo he sabido cumplir mi juramento.

Y hablando así, el joven, sin más dilaciones, recogió del suelo la capa que había llevado don Pedro y, envolviéndolo en ella a su prometida, la tomó en sus brazos y desapareció, precedido de los dos canarios, por la ancha abertura abierta en la muralla.

Don Pedro, al verlos salir, se agitó de nuevo en su asiento con espantosa violencia, pero las cadenas resistieron a su desesperado empuje.

Un rugido salvaje fue su grito de despedida.

XIV.—LA ROCA DE BENARTEMI.

Ningún obstáculo de importancia encontró el prisionero en su atrevida evasión al atravesar con su preciosa carga el espesor de la muralla. El valor, destreza y sagacidad de los canarios habían ensanchado, a favor de la oscuridad, la tronera que daba luz al calabozo, arrancando la reja y limando las cadenas que aprisionaban a su caudillo. Con espías en el fuerte sabían no sólo lo que en él pasaba y hasta las órdenes más secretas que se comunicaban a la guarnición, sino también los sitios, que por considerarlos inexpugnables, se hallaban mal guardados. Entre éstos se contaba el calabozo de Benartemi, abierto, como ya hemos dicho, sobre el mar.

De este modo supo el prisionero que se había aplazado la ejecución de su sentencia y adivinó, por la entrevista de Isabel con su rival, que también le fue conocida, las condiciones que aquella noche habían de imponérsele, si quería recobrar su libertad.

Ya sabemos de que manera sus planes obtuvieron un éxito completo, al menos hasta el momento en que, dejando el calabozo, descendía de la muralla ayudado por sus soldados y favorecido por la bajamar, que apenas bañaba con dos pies de agua aquella parte del castillo.

No era, sin embargo, esta salida lo más arriesgado de la empresa. El terraplén que circuía las fortificaciones exteriores se prolongaba costeano el mar un centenar de pasos, en la misma dirección que ellos habían de seguir para salir al campo y era muy posible que, al atravesar este peligroso desfiladero, fueran vistos por los centinelas que custodiaban el recinto. No había, empero, otro camino que elegir, llevando consigo una mujer, pues de otro modo hubieran burlado la vigilancia de sus enemigos, atravesando a nado y con entera seguridad el espacio comprendido entre el castillo y la playa. Resolvieron por consiguiente seguir adelante, mostrando el camino los dos canarios, yendo en pos de ellos Isabel y cerrando el joven la marcha, después de haber encargado a todos el más absoluto silencio.

Por fortuna, los centinelas, ensordecidos con el ruido del oleaje, nada oyeron desde sus garitas, pudiendo los jóvenes verificar su arriesgada fuga sin ninguna interrupción.

Pero al llegar al llano que se extendía al pie de las murallas, un balletero, que se paseaba tranquilamente sobre el terraplén contemplando sin duda las estrellas, dirigió casualmente su vista hacia la playa. Fiel a su consigna, el soldado dio a los fugitivos la voz de alto, no sin temer que aquellos bultos, que confusamente se movían junto a la orilla, pertenecieran a algún conciliábulo de brujas y huyeran volando al escuchar su voz.

Los bultos, sin embargo, continuaron su marcha con doble velocidad y bien pronto pudo convencerse de que procuraban con empeño alejarse del fuerte.

—Cabo Fernández —gritó entonces el balletero, que no era otro que Nuño, nuestro antiguo conocido—, aquí pasa algo extraordinario. Venid acá.

El viejo soldado, despertado bruscamente de su tranquilo sueño, se acercó lentamente y del mal humor a la muralla.

—¿Qué hay perillán? —preguntó con acento amenazador, mientras procuraba abrir los ojos aún cerrados por el sueño.

—Hay —contestó el balletero— que esas cuatro personas que siguen la dirección de la costa me parecen sospechosas.

—¡Hum! En efecto... ¿Quiénes podrán ser?

—Les di la voz de alto cuando pasaban junto a las murallas y su contestación ha sido acelerar el paso. ¿No veis? Parece que huyen.

—Sí... No hay duda, huyen; son espías.

—Y como mañana será ahorcado ese bandido tan terrible como poderoso, no es difícil que intenten sus secuaces atacar esta noche el castillo.

—Bah; no se atreverán.

—Todo es posible.

—En fin —dijo el cabo después de un momento de reflexión—, avisaré a mi comandante y se les perseguirá. Esto es lo más acertado.

Cinco minutos después la guarnición del fuerte estaba sobre las armas.

No se había ocultado a la penetrante mirada de Benartemi las observaciones de los balleteros y las consecuencias probables de su corto diálogo; por eso, y suponiendo acertadamente que iban a ser en breve perseguidos, se detuvo y, auxiliado de sus dos compañeros, formó apresura-

damente con las ramas de algunos arbustos un sillón portátil y, obligando a la joven a ocupar aquel asiento improvisado, emprendieron de nuevo la marcha con doble velocidad, siguiendo siempre la dirección de la costa.

De vez en cuando se detenía Benartemi y, a la diáfana claridad de las estrellas, escudriñaba con su mirada de águila las playas que acababan de atravesar, escuchando con profunda atención el sordo murmullo de las olas para observar si con este ruido se confundía otro de origen más peligroso.

Concluido este examen volvía de nuevo al lado de la joven, a quien tranquilizaba con una sólo mirada; y, dando luego la señal de marcha, continuaban los mozos su camino, avanzando siempre rápidamente con la destreza y agilidad de verdaderos montañeses.

Una hora transcurrió de este modo sin que el menor indicio viniese a revelarles que fueran perseguidos; cuando de repente, uno de los dos canarios que conducían el sillón, deteniéndose de improviso, dijo en voz baja y mirando con inquietud a su jefe:

—Oigo a lo lejos el galope de un caballo.

A esta alarmante noticia, la comitiva hizo alto y Benartemi, como hombre que sabía apreciar la inminencia del peligro, se arrojó inmediatamente al suelo, aplicó el oído a tierra y permaneció así inmóvil algunos segundos. De pronto se levantó y, llevando con un gesto imperioso su índice a los labios en señal de absoluto silencio, arrancó bruscamente a Isabel del sillón y, tomándola en sus brazos, descendió con increíble rapidez, seguido siempre de sus dos fieles compañeros, por en medio de unos peligrosos arrecifes, que ceñían por aquel lado la costa. En breve se halló a la orilla del mar y allí, sin titubear un momento, se lanzó atrevidamente al agua, resistiendo con denuedo el empuje violento de las olas.

Después de andar de este modo algunos pasos, tranquilizando con sus palabras a la joven, llegó sin obstáculo a la entrada de una profunda gruta que, oculta a todas las miradas, se abría en la escarpada pendiente de una muralla de rocas.

Libres allí del peligro que los amenazaba y sin temor a ser descubiertos, penetraron todos en la cueva, extendiendo Benartemi su capa sobre un banco de piedra, donde encontró Isabel un asiento más cómodo y seguro de lo que

podía esperar en aquellas tristes circunstancias.

Aunque era casi imposible que sus palabras pudiesen ser oídas desde lo alto del camino, siguieron sin embargo guardando un completo silencio hasta que sintieron pasar sobre sus cabezas, con la rapidez del torbellino, un numeroso escuadrón de caballería, que, conducido sin duda por don Pedro, batía el campo en todas direcciones.

Benartemi entonces se acercó a los dos canarios y, después de hablarles un largo rato dándoles instrucciones, los despidió con un gesto amistoso, quedando desde este momento a solas con Isabel.

—Nada debemos ya temer —le dijo a la joven, que, inquieta todavía, creía escuchar el lejano galope de los caballos—, nos encontramos en seguridad y muy cerca del término de nuestro viaje.

—Nada temo por mí —contestó ella con su dulce voz—, el poder de don Pedro no alcanza a intimidarme, pero temo por vos, cuyo perdón ya no volveríamos a obtener, si fuérais de nuevo su prisionero.

—Disipad estos temores; conozco perfectamente estos sitios y sé los medios de burlar su vigilancia. No lejos de esta gruta se alza al pie de una montaña la rada de Arinaga, en cuyas aguas nos espera un buque. Dentro de una hora sabrán sus tripulantes el sitio a donde nos han de enviar el bote, que, a su bordo, debe conducirnos. Una hora antes de amanecer nos pondremos en camino, por sendas ocultas e intransitables a la caballería, y estaremos en el lugar de la cita cuando el sol principie a iluminar el Nublo y el Saucillo.

—Sin embargo, estaré más tranquila si me prometéis acceder a mi última súplica.

—Hablad y seréis obedecida.

—Deseo que, si por desgracia nos vemos de nuevo perseguidos, me abandonéis y os pongáis en salvo.

—¿Abandonaros yo?

—Sí; porque mi vida y mi libertad no corren peligro alguno. Nunca se atreverán a disponer de mi mano sin mi consentimiento y ese consentimiento no lo obtendrán jamás. Estando vos en libertad podremos en ocasión más propicia volver a reunirnos. ¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo.

—Ahora nada temo.

Después de un momento de silencio, acercándose Be-

nartemi a la joven le suplicó que descansara hasta el amanecer, pero ella contestó sonriéndose:

—No, no podría dormir. Esperemos juntos la llegada de la aurora.

Y, poniéndose en pie y apoyándose en el hombro de su amante, dejó vagar su mirada sobre el puro azul del cielo, donde las estrellas brillaban como lejanos faros perdidos en la inmensidad del espacio.

Entretanto, don Pedro, a quien sus soldados habían encontrado en la bochornosa situación que ya conocen nuestros lectores, suponiendo que los fugitivos se habían internado en la montaña, había dirigido sus principales fuerzas en dirección a Agüimes y Tirajana y él mismo, a la cabeza de toda su caballería, después de recorrer inútilmente las playas vecinas, se había detenido sobre una eminencia, desde la cual se dominaba una extensión considerable de terreno. Implacable en su odio y sediento de venganza, no se resignaba a renunciar tan pronto a sus pesquisas. Así, mientras sus soldados descansaban, teniendo de la brida los caballos, él, sin dejar el suyo, procuraba con ahinco mirar en todas direcciones con la esperanza de descubrir algún indicio que le revelase el sitio donde se ocultaban los fugitivos.

Al fin empezó a amanecer. Una débil claridad, extendiéndose por el horizonte, anunció la proximidad del día. A su dudosa luz, don Pedro tendió de nuevo su mirada por la árida llanura, que, desde el sitio donde se hallaba colocado, se prolongaba hasta el mar. Esta llanura, después de recorrer en suaves ondulaciones una extensión de media milla, se interrumpía bruscamente al sur, formando un espantoso precipicio que presentaba por aquella parte una costa inabordable.

A la izquierda de este precipicio, y sobre la misma línea que trazaba la elevada costa en el fondo oscuro del firmamento, aparecieron de improviso dos personas, que avanzaban cautelosamente siguiendo las sinuosidades del terreno y cuyas formas se dibujaban claras y distintas a la luz siempre creciente del nuevo día.

Don Pedro, al verlas, lanzó un grito de júbilo y, poniendo su caballo a escape, corrió como un loco en aquella dirección.

Entretanto, las dos personas, a causa de este extraño movimiento, se habían detenido al borde mismo del preci-

picio y parecían entregadas a una penosa incertidumbre. Don Pedro se acercaba con toda la velocidad de su caballo, seguido a galope por sus soldados. Cualquiera hubiera entonces podido distinguir la varonil fisonomía de Benartemi y las encantadoras facciones de Isabel.

A cien varas de distancia, el capitán desenvainó su espada y, blandiéndola con salvaje ferocidad, espoleó de nuevo su caballo, que, casi desbocado, volaba sobre el escarpado arrecife.

En este supremo instante, el canario, como inspirado por una revelación súbita, trepó con la joven a una roca, que, dominando enteramente el precipicio, se avanzaba aislada sobre el mar; se detuvo allí un momento, la levantó en alto en sus robustos brazos y luego, sin vacilar, se lanzó con ella al abismo, desapareciendo en medio del oscuro oleaje, que, en incesante vaivén, se engolfaba con temeroso ruido por entre unas ocultas y negras cavernas que a lo largo de la costa se abrían.

El capitán lanzó un rugido de angustiosa desesperación y, deteniéndose en medio de su furiosa carrera, saltó del caballo, abandonándolo y corrió frenético hacia el borde del precipicio.

El mar se revolvía espumoso a muchas brazas de profundidad, viéndose flotar entre sus turbias olas el sombrero y la capa de Benartemi.

A lo lejos se descubría un buque, que, a toda vela, se acercaba al lugar de la catástrofe.

Don Pedro permaneció inmóvil y anonadado, contemplando silenciosamente el sitio donde los dos jóvenes habían encontrado una muerte tan cruel como prematura, y es fama que, al acercarse sus soldados, vieron con admiración rodar por sus tostadas mejillas dos gruesas lágrimas, que, a pesar de la aspereza de su carácter, no trató de ocultar.

Desde entonces aquella roca se conoce en el país con el patético nombre de Roca de Benartemi.

XV.—UNA SORPRESA.

Han trascurrido diez años desde los acontecimientos que acabamos de referir.

Durante este período, la ciudad de Las Palmas ha continuado su progresivo desarrollo, fomentando en sus feraces valles el cultivo de la caña de azúcar, en sus tranquilos mares la industria pesquera y en sus abiertas radas el comercio con las Indias, nombre que todavía se daba a las regiones descubiertas por Colón.

Las numerosas expediciones de atrevidos aventureros, que corrían en busca de oro desde las costas españolas al Pacífico, tocaban siempre en los puertos canarios, reforzando su tripulación con los isleños y llevándose plantas, animales y frutas raras, entre las que podemos citar los plátanos, cuya fruta tanto admiró el historiador Oviedo, cuando descansó, de paso para las Américas, en el convento de San Francisco de Las Palmas.

Estamos en 1516. Lope de Sosa es gobernador de la Gran Canaria y don Fernando Vázquez de Arce ocupa la silla episcopal.

Reina en toda la isla una tranquilidad inalterable. Los esclavos indígenas, en libertad desde 1511 por orden expresa de los Reyes Católicos, se van confundiendo ya con los conquistadores. Ambas razas se han fundido en una.

El recuerdo de la insurrección canaria, perdido ya en la memoria de los más ancianos, sólo sirve para formar con sus heroicos hechos una leyenda popular. Todos han olvidado los gloriosos nombres de aquellos que defendieron hasta el último momento la libertad e independencia de la patria.

En una mañana del mes de abril del mismo año de 1516, se hallaban sentados en dos grandes y cómodos sillones de cuero, colocados sobre la explanada de la torre de Gando, dos viejos señores, cuya fisonomía, si la contemplamos con atención, nos será fácil reconocer a la primera ojeada.

Frisa el uno en los setenta y cinco y es su rostro anguloso y frío y su tez biliosa y apergaminada. Encorvado ya por los años, se adivina, empero, que debió ser fuerte, ágil y de elevada estatura. Este es don Pedro de Carvajal y Trejo.

Su compañero, anciano también, pero de rubicunda

tez, inflamados carrillos y extraordinaria obesidad, es don Gonzalo de Segovia, viudo ya de doña Úrsula y que, fiel a sus antiguos recuerdos de amistad, no quiere abandonar en su retiro al que fue en su juventud su constante compañero de armas.

La mañana está hermosa, el sol entoldado por blancas nubes y la brisa suave, fresca y cariñosa, como el aliento de una mujer querida.

El castillo se halla solitario y sus fortificaciones arruinadas; una escasa guarnición lo custodia, llenando descuidadamente un servicio, que, después de la pacificación de la isla, ha perdido ya su importancia.

Sin embargo, aún conserva don Pedro el título de castellano, si bien se asegura que será abolido tan pronto como el viejo capitán deje de existir.

Entretanto, oigamos el diálogo que entre los dos sostienen y que nos ilustrará sobre la suerte de algunos de los personajes, de que nos hemos ocupado en esta nuestra verídica narración.

—Hermosa mañana —dijo el asentista riéndose—, si la pudiéramos utilizar para dar un paseo a caballo.

Don Pedro suspiró con tristeza y contestó, después de mirar el azulado mar:

—Si quieres, daremos un paseo en bote.

—No, no; aborrezco el mar, me trae a la memoria ideas muy tristes.

—Tienes razón; las montañas son más hermosas con sus matorrales, sus quebradas y su salvaje soledad.

—Quedémonos, pues, en el castillo, ya que otra cosa no es posible y hagamos que nos sirvan aquí el almuerzo.

—Aprobado.

—Haremos subir, si te parece, una de las viejas botellas de 1483. Esto nos rejuvenecerá.

—Excelente idea.

—¿Nuño?

Al pronunciar en voz alta este nombre, apareció nuestro antiguo ballestero, fuerte y ágil todavía, a pesar de sus cincuenta años.

—Harás servir inmediatamente el almuerzo —le dijo don Gonzalo, cuyos instintos gastronómicos no habían podido amortiguar la edad— y subirás una de las botellas que están en mi cuarto. Ya las conoces.

Nuño se sonrió con malicia inclinándose y desapare-

ció de la explanada para llevar a efecto las agradables órdenes que acababa de recibir.

—Este Nuño es un criado fiel. Siempre recuerdo con amarga satisfacción que él fue el encargado de llevar a La Laguna los regalos de boda de Isabel.

—Pobre joven —dijo entonces don Gonzalo suspirando tristemente—, tus ridículos amores segaron en flor su lozana existencia.

—Ya que es inútil el arrepentimiento, no hablemos más de este asunto.

—Sí, sí, olvidemos a esa desgraciada y a su infeliz amante, cuyo verdadero nombre hemos sabido después.

A estas palabras sucedió un triste silencio que don Gonzalo fue el primero en romper, procurando con un asunto extraño distraer la melancolía de su amigo.

—Ya habrás sabido la llegada a la ciudad de una expedición, que se dirige a las Indias mandada por uno de los más valientes capitanes del Rey nuestro señor.

—Sí, he oído hablar vagamente de eso.

—Dicen que la escuadra es numerosa y las tropas agueridas y disciplinadas. El jefe que las manda, cuyo nombre repiten todos con respeto, es el Marqués de Costa Rica, título con que ha sido recientemente agraciado por su Alteza en premio de sus muchos e importantes servicios en las islas de occidente.

—Desearía conocerlo.

—No es fácil, porque un personaje de tanta importancia habrá permanecido a bordo. Su crédito en la corte dicen que es inmenso y fabulosas sus riquezas. ¿Cómo quieres que se ocupe de nosotros?

—Es verdad. ¿Quién se acuerda de estos pobres hidalgos? Ni un pariente, ni un amigo nos resta que alegre nuestra vejez.

Don Gonzalo levantó al cielo sus ojos con ademán resignado y después, bajándolos sobre la llanura, se detuvo a contemplar con admiración una espesa polvareda, que, por el camino de Telde, se levantaba.

Los dos viejos amigos, poco acostumbrados a esta novedad, miraban con creciente asombro aquel extraño espectáculo, hasta que, disipándose el polvo, brillaron a los rayos del sol las armas y bruñidas corazas de un lucido escuadrón de caballería, que, a rienda suelta, se dirigía al castillo.

Entonces se apresuraron ambos a bajar al patio de honor con el objeto de saber el motivo que conducía a aquella soledad tan lujosa comitiva.

Su incertidumbre fue de corta duración, porque a los pocos instantes se apeó un escudero junto al puente levadizo y, conducido a la presencia del capitán, le anunció la llegada del noble y poderoso Marqués de Costa Rica.

En efecto, el marqués, acompañado del gobernador de la isla y de varios jefes de la escuadra, espléndidamente vestidos, llegaron poco después a la antigua fortaleza, siendo recibidos con la mayor urbanidad y respeto por los dos viejos hidalgos.

Era el marqués un elegante caballero de marcial continente y modales llenos de nobleza y gracia; todos sus subordinados lo adoraban, lo querían sus amigos y lo apreciaba el Rey.

Habló a los dos hidalgos con cariño y manifestó deseo de que le enseñasen la fortaleza, célebre por sus recuerdos históricos.

Don Pedro se apresuró a complacerlo, a pesar de que la voz del marqués le causaba una turbación inexplicable. Abrió, pues, todas las puertas y recorrieron en poco tiempo el recinto fortificado, seguidos de toda la comitiva. Cuando llegaron a la entrada de los subterráneos, quiso ver también las prisiones, citando en particular un oscuro calabozo, donde era fama había estado preso un temible bandido, terror de la comarca.

El capitán suspiró y, maldiciendo en silencio la curiosidad de su huésped, lo condujo al sitio que ya conocen nuestros lectores y el cual no había vuelto a ver desde aquella triste noche.

Dentro ya del calabozo, y no habiendo allí otro asiento que la piedra donde en otro tiempo estuvo sentado Benartemi, obligó el marqués al viejo capitán que, ya por sus años, ya por la emoción que lo dominaba parecía muy agitado, a que descansara un momento antes de subir de nuevo las escaleras.

Don Pedro obedeció, porque en efecto apenas podía sostenerse. Mas no bien estuvo sentado, cuando colocándose el marqués bajo el pálido rayo de sol que penetraba por la tronera y echando sobre sus hombros una oscura capa de abrigo que llevaba un paje, le dijo con afectuosa expresión:

—Hace diez años, don Pedro de Carvajal y Trejo, que

en este mismo sitio os hice un día un solemne juramento.
¿Lo recordáis?

—¿Yo? ¿En este sitio?

—Sí.

—¿Es posible!

—Era una noche del mes de septiembre de 1506. A mi lado lloraba una mujer, a quien los dos amábamos con pasión; yo os prometí hacer su felicidad y hoy vengo a recordaros que he sabido cumplir mi juramento y ahorrar a vuestro arrepentido corazón el remordimiento de haber contribuido a un suicidio, que no llegó a consumarse.

—Dios mío... seréis...

—Benartemi —contestó, sonriéndose el marqués— o mejor dicho, vuestro sobrino Fernando de Carvajal y Trejo, que os ama y respeta.

Al oír estas palabras, el viejo se levantó y, con los ojos extraviados, miró a su alrededor. Luego, no pudiendo resistir la emoción que lo ahogaba, murmuró convulsivamente:

—¿Y ella?

—Aquí, a vuestros pies, implorando un perdón que no merece —gritó una dama, joven y hermosa, que, oculta en la escalera, había presenciado esta escena.

El capitán, con los ojos llenos de lágrimas, extendió sus trémulos brazos hacia ella y dijo sollozando al estrechar a los jóvenes contra su corazón:

—¡Hijos míos... benditos seáis!

Al día siguiente el noble marqués y su esposa volvían a la ciudad de Las Palmas con los dos viejos hidalgos y recibían de nuevo su bendición al dejar por segunda vez la hermosa isla donde habían nacido.



PATRONATO
"JOSE MARIA QUADRADO"